

Faculté de philosophie, arts et lettres

La plantation denunciada: cuerpos, tierra y ética en *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai*

Una lectura decolonial y ecocrítica de la narrativa bananera
costarricense

Autrice : Ophélie Martin
Promotrice : Dra. Geneviève Fabry
Année académique 2025-2026-session de septembre
Master en langues et lettres modernes, orientation générale
Finalité spécialisée : didactique

Declaration of honour

Dissertation/Individual Final Project

Faculty of Philosophy, Arts and Letters, UCLouvain

I hereby declare that this is an original and personal work, that all referenced sources have been fully cited, regardless of their origin, and that the use of artificial intelligence tools complies with the general instructions published by UCLouvain and available at the following address : <https://cdn.uclouvain.be/groups/cms-editors-p1/portail/reglement/Consignes-ChatGPT-version-etudiante.pdf?itok=SebXXm87> (French version)

I am aware that failure to cite a source, to cite it clearly and fully, to announce in a specific section at the beginning of the dissertation the use I have made of artificial intelligence tools, or to use them in a manner contrary to the guidelines set forth in the institutional note, constitutes serious irregularities in accordance with the Academic regulations and procedures (Chapter 4, section 7, articles 107 to 114) within the University. In particular, I am aware of the risks of academic and disciplinary sanctions.

In light of the above, I declare on my honour that I have not committed plagiarism or any other form of fraud and that I have not used artificial intelligence tools beyond what is permitted by UCLouvain.

Last name, First name: Martin Ophélie

Date: 06.07.2026

Student's signature:



Agradecimientos

En primer lugar, quisiera agradecer a mi asesora de tesis, la profesora Geneviève Fabry, por haberme acompañado a lo largo de todo este proceso de investigación y redacción. Le agradezco especialmente el tiempo dedicado a su lectura atenta, así como sus comentarios y consejos, los cuales fueron clave para guiarme y enriquecer este trabajo.

También quiero dar las gracias a mi familia, a mis seres queridos y a mis compañeros de piso, quienes siempre encontraron las palabras precisas para motivarme y apoyarme durante mis estudios.

Finalmente, agradezco sinceramente a mis profesores de Costa Rica por haberme enseñado tanto en tan poco tiempo y por haber sido una fuente de inspiración para la realización de este proyecto. Dedico también un sincero agradecimiento a los compañeros y compañeras de ahí que me facilitaron el acceso a diversas obras literarias y académicas costarricenses para profundizar mi investigación.

Índice

Declaration of honour	2
Agradecimientos.....	3
Introducción.....	6
Capítulo I. Contexto sociohistórico y literario.....	13
1.1. El enclave bananero en Centroamérica	13
1.2. El caso de Costa Rica	15
1.2.1. Definición del sistema de plantación.....	15
1.2.2. Desarrollo histórico del enclave bananero.....	16
1.2.3. Crisis económica y conflictos sociales (1930-1950)	17
1.2.4. El Plan de Fomento Bananero y la reorganización del territorio (1970-2010).....	18
1.3. Construcción de la identidad nacional.....	19
1.4. Contexto sociopolítico.....	21
1.5. Contexto literario.....	21
1.5.1. Configuración del corpus literario nacional	21
1.5.2. Corrientes literarias	24
1.5.3. Auge de la literatura bananera en América Latina	25
1.5.4. Obras clave del corpus bananero	27
Capítulo II. Marco teórico.....	29
2.1. Modernidad y colonialidad.....	29
2.2. El Mito de la Modernidad y la construcción de la Otredad.....	32
2.3. Otredad, jerarquización social y racialización.....	33
2.4. Colonialidad: ética y naturaleza	35
2.4.1. Capitaloceno, Plantacionoceno y Negroceno	35
2.4.2. Biopolítica, necropolítica y dominación.....	37
2.4.3. La Contraplantación como sistema de resistencia	39
Capítulo III. Dos narraciones en tensión: <i>Bananos y hombres</i> y <i>Mamita Yunai</i>.....	41
3.1. Introducción a los autores.....	41
3.1.1 Carmen Lyra: activismo multifacético y trayectoria literaria.....	41
3.1.2. Carlos Luis Fallas: escritura, política y denuncia social.....	43
3.2 Presentación de las obras.....	46
3.3. El yo narrativo: dos funciones divergentes	46
3.3.1 <i>Bananos y hombres</i> : ironía, polifonía y heterogeneidad narrativa	47
3.3.2 <i>Mamita Yunai</i> : narrativa testimonial y realismo fáctico.....	53
Capítulo IV. Los sujetos subalternos del enclave	62
4.1 Construcción de los sujetos: estética de la denuncia	62
4.1.1. El sujeto afrodescendiente: explotación y racialización.....	63

4.1.2. La figura indígena en Fallas: jerarquización socio-étnica	67
4.1.3. La subjetividad proletaria en Lyra.....	71
4.1.4. Género y subalternidad: marginación y cosificación de la mujer.....	73
4.2. Formas de resistencia y agencia	79
Capítulo V. El espacio narrativo.....	83
5.1 Las vertientes de la geografía literaria: entre geocrítica y geopoética.....	83
5.2 Carmen Lyra: el <i>locus horribilis</i> bananero.....	85
5.2.1 Estructura narrativa y espacial.....	85
5.2.2 El <i>locus horribilis</i> : deshumanización y marginación	87
5.2.3 Geografías en contraste: entre el <i>locus horribilis</i> y el <i>locus</i> privilegiado	90
5.3 Carlos Luis Fallas: el descenso al infierno bananero	94
5.3.1 Estructura narrativa y espacial.....	94
5.3.2 Geopoética y geocrítica del viaje ferroviario	96
5.3.3 Geopoética y geocrítica del espacio fluvial y marítimo	101
5.3.4 El <i>locus horribilis</i> en Fallas: el infierno verde	104
Conclusión.....	108
Bibliografía	113

Introducción

A modo de introducción, las reflexiones teórico-críticas de Eagleton (1983) constituyen el fundamento teórico sobre el cual se articula la presente investigación literaria: “literature, in the meaning of the word we have inherited, is an ideology. It has the most intimate relations to questions of social power” (19-20). Al ser un arte que propone infinitas formas de pensar el mundo, la literatura no puede ser neutra. Las ideologías que subyacen a la creación literaria trascienden los límites de la estética pura, convirtiéndola en una institución social. Las obras a partir de las cuales se fundamenta esta tesis, *Bananos y hombres* (1931), de Carmen Lyra, y *Mamita Yunai* (1941), de Carlos Luis Fallas, son ejemplos paradigmáticos del rol de las letras como instrumento político. A través de sus relatos alternativos, estos autores comprometidos buscaron producir un discurso que desafiaba los sistemas de poder de la época: un objetivo que lograron con éxito.

Ciertamente, *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai* son dos pilares de la literatura costarricense del siglo XX que destacan por su crítica a la dominación neocolonial ejercida en las tierras bananeras del Caribe. Dentro del contexto histórico de ambos relatos, la expansión de la *United Fruit Company* (UFCo) es un fenómeno preponderante que vertebra la literatura de denuncia. En virtud de ello, y debido a su temática controversial, estos relatos han sido ampliamente referenciados en estudios históricos, literarios, sociológicos y antropológicos. Este es, especialmente, el caso de *Mamita Yunai*: las razones de esta distinción se desarrollarán en las siguientes secciones.

Las obras de Fallas y Lyra no solo deben su éxito a su dimensión crítica y al carácter controvertido de sus temas, sino también a su inscripción dentro de la literatura bananera: un subgénero latinoamericano —especialmente centroamericano— que surgió a principios del siglo XX. El periodo que abarca desde los años veinte hasta los años cincuenta de este siglo estuvo marcado por “el auge y evolución de la novelística que se ocupa de las condiciones y las luchas de la (nueva) clase obrera en los procesos de (agro)industrialización y urbanización [...], es decir, como parte de la llamada literatura o narrativa de compromiso social” (Grinberg Pla y Mackenbach, 2009: 176). Es en este contexto cuando la novela bananera —reconocida como literatura de denuncia y de realismo social— comenzó a distinguirse de las demás corrientes literarias de la época. Las dinámicas referidas por Grinberg Pla y Mackenbach están presentes en *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai*: ambos autores denuncian la explotación, las injusticias y las miserables condiciones de vida que afectan principalmente a la clase proletaria y obrera,

las mujeres e incluso a los niños desfavorecidos¹. Mientras que *Bananos y hombres* se distingue por su representación de la explotación y las precarias condiciones de vida de la clase proletaria en las bananeras caribeñas de Costa Rica, *Mamita Yunai* —a pesar de su publicación posterior— es considerada la obra nacional más exitosa de este subgénero. Además de evidenciar las tácticas de control de la *United Fruit Company*, constituye un testimonio crítico articulado desde la perspectiva del trabajador bananero costarricense, representada por la propia experiencia del autor.

A pesar de su presencia en el canon literario nacional, se observa un vacío de investigación en el análisis de ambas obras desde una perspectiva que articule sus dimensiones éticas, ecológicas y decoloniales. Aunque la crítica ha examinado su estética y sus problemáticas centrales, estos ejes no han sido suficientemente profundizados. Por lo tanto, este trabajo analítico propone una perspectiva multidimensional que articule estas dimensiones a través de sus recursos estéticos y estilísticos. El presente estado de la cuestión compila los estudios realizados previamente en torno a la literatura bananera, específicamente *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai*.

Ambas obras conforman el corpus bananero del istmo, por lo cual abundan los análisis comparativos entre las novelas bananeras producidas en naciones como Guatemala, Panamá, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Este último país centroamericano sirve aquí como eje geográfico central, puesto que ambos relatos bananeros fueron redactados en su territorio, así como los acontecimientos reales y ficticios denunciados en ellos.

Posteriormente, dicho subgénero regional atrajo la atención de investigadores costarricenses como Quince Duncan (1987), Claudio Bogantes-Zamora² (1983), Omar Hernández Cruz (1998), Iván Molina Jiménez (2012) y Vanessa Pietras (2016), así como del académico estadounidense Russell Leigh Sharman (2005). Este grupo de académicos interdisciplinario se ha interesado en la cuestión de la literatura bananera desde sus diversas áreas del conocimiento.

¹ La representación de la condición infantil es una constante en las obras de Carmen Lyra. Si bien la representación de la niñez desfavorecida se manifiesta en *Bananos y hombres*, esta temática destaca de forma más amplia en su obra “En una silla de ruedas” (2012).

² Aunque la investigación fue realizada en coautoría con Ursula Kuhlmann, en este subapartado se menciona únicamente a Bogantes-Zamora para priorizar el origen nacional de los investigadores en esta sección.

En primer lugar, el autor de ficción Duncan³ ofrece un amplio panorama de la narrativa costarricense y un análisis detallado de su desarrollo a través de diversas corrientes literarias. Este estudio permite situar ambas obras en el tiempo y dentro de los diversos movimientos narrativos nacionales. Para continuar en el ámbito literario, Bogantes-Zamora (1983) examina el surgimiento del realismo social en el siglo XX en Centroamérica —específicamente en Costa Rica—, desde enfoques socioeconómicos y culturales. En su conjunto, investigadores como Molina Jiménez y Leigh Sharman, junto con la intelectual Pietras, también examinan la corriente del realismo social. Sus trabajos completan la identidad de la literatura costarricense de la primera mitad del siglo XX al incorporar factores políticos —como el desarrollo del comunismo y su inscripción en la vanguardia— y sociales, tales como la articulación entre el sujeto migrante, el trabajador, el racismo y el imperialismo. Por último, Hernández Cruz aborda la literatura histórica, geográfica y oficial de Costa Rica al centrarse en las dinámicas culturales y regionales del Caribe costarricense. En su totalidad, estos exámenes históricos, literarios, sociopolíticos y antropológicos constituyen aportes fundamentales para comprender el contexto costarricense en el cual se inscribe la literatura nacional.

A estos textos se añaden las contribuciones exhaustivas de Guillermo Carvajal e Israel Driori (1987), Erika Gólcher (1993), Dan Koeppel (2008), Daniel Pacheco Hernández (2013), Lara Putnam (2013), Philippe Bourgois (2016), José J. Llaguno Thomas (2016) y Andrea Montero Mora (2024). Este amplio corpus permite comprender cómo las dinámicas étnico-culturales, socioeconómicas, éticas y territoriales configuraron el Caribe costarricense, foco central de dichas investigaciones —con la excepción de Gólcher, quien analizó principalmente la construcción de la identidad nacional—. No obstante, su enfoque sirve como punto de partida para los demás estudios, pues permite comprender cómo los símbolos y los ideales de la época forjaron la sociedad costarricense. La autora parte de la época colonial; el punto neurálgico común de estos textos multidisciplinarios. A partir de este giro histórico, el desarrollo del enclave bananero y la identidad nacional se revelan como procesos interrelacionados. Esta relación facilita la comprensión de la expansión del enclave bananero como una estructura neocolonial: un foco recurrente en estos estudios.

³ Duncan es un autor afrocaribeño que ha luchado para los derechos humanos y contra el racismo que él mismo experimentó, visibilizándolo a través de sus textos. Estos “intimately convey the challenges of Afro–West Indian contract laborers and the struggles of their descendants to be recognized as citizens of the nation they helped bring into modernity”. A través de sus producciones literarias, Duncan “has become an important literary and cultural presence in a country that forged its national identity around the leyenda blanca (white legend) of a rural democracy established by a homogeneous group of white, Catholic, and Spanish peasants” (Mosby, 2014).

Asimismo, se considera la plantación bananera no solo como un producto de “comoditización” (Mora), sino también como un espacio de lucha social y “apartheid de facto” (Bourgois), los cuales generaron disputas territoriales y agrarias (Llaguno Thomas). Si bien estas investigaciones divergen en sus enfoques —los cuales varían entre la identidad y la diversidad cultural (Carvajal, Gólcher, Hernández)— y sus características —como el género y las estructuras de poder (Putnam)—, todas favorecen la comprensión de la desigualdad socioeconómica del país derivada de la jerarquización laboral y étnica. Adicionalmente, Koeppel aporta una dimensión científica y global al relatar la historia del banano desde su génesis hasta el auge de las corporaciones imperialistas; una expansión que transformó definitivamente la producción de esta fruta a nivel mundial.

Este conjunto documental constituye un referente clave, puesto que proporciona datos esenciales para examinar el desarrollo socioeconómico y territorial del Caribe costarricense en el contexto de la expansión bananera. Asimismo, estos textos analizan tanto el poder neocolonial ejercido por la UFCo como los diversos modos de control que esta impuso. Tales prácticas consolidaron un modelo agroexportador basado en la explotación de la tierra y del cuerpo humano, eje que pone de relieve la cuestión ética de la presente investigación. Las fuentes citadas permiten, por tanto, vincular la creación literaria con procesos históricos de la compañía estadounidense. Es esencial abordar dichas dimensiones para interpretar las obras de Fallas y Lyra, analizando cómo estas obras articulan las complejas dinámicas entre poder, territorio y subjetividad.

En cuanto al corpus analítico de la literatura bananera costarricense, *Mamita Yunai* constituye el núcleo de análisis en los estudios de Rodrigo Solera (1970), Valeria Grinberg Pla y Werner Mackenbach (2006), Víctor Hugo Acuña Ortega (2009) y Johana Pérez Weisenberg (2019). Estos textos se basan en elementos estéticos para poner de manifiesto la dimensión testimonial de la novela, así como su carácter antiimperialista y su representación de las clases marginadas por las élites; elementos que contribuyeron a la construcción de la identidad nacional.

Más específicamente, los artículos de Grinberg Pla y Weisenberg dialogan entre sí al abordar la presencia hegemónica de la UFCo frente al universo bananero desolador; para ello, interpretan la agencia del espacio y la dimensión étnico-racial en la novela. Por su parte, Acuña Ortega alcanza este propósito al vincular el marco temporal con la configuración del espacio, elementos fundamentales que Rodrigo Solera también analiza. No obstante, este último omite

el racismo y la homofobia del narrador evidenciados por Acuña Ortega, una crítica que se discutirá posteriormente en el presente trabajo. Por su parte, en la tesis de Weisenberg, el espacio constituye el eje central y el elemento de comparación entre *Mamita Yunai*, la famosa trilogía bananera⁴ de Miguel Ángel Asturias y *Prisión verde*, de Ramón Amaya Amador. En cuanto al estudio de Grinberg Pla y Mackenbach, su enfoque en la etnia, el género y el espacio que caracterizan a *Mamita Yunai* constituye un aporte relevante para el estudio de dicha obra.

Torres (2023), en cambio, se centra en *Bananos y hombres* para analizar la figura de su protagonista, Estefanía, quien simboliza la opresión femenina. En su artículo, la autora examina las desventuras de este personaje desde una perspectiva marxista, analizando los procesos de marginación, la cosificación y la explotación de la mujer en el enclave bananero. Bajo esta óptica, su investigación resulta fundamental para estudiar la explotación y las teorías éticas que subyacen a ella. Además, este aporte visibiliza el neocolonialismo capitalista de la época y las tensiones éticas vinculadas a los agentes del relato, lo cual permite enriquecer el análisis de la obra. En la misma línea, la presente tesis se propone profundizar en la configuración de los personajes, estableciendo vínculos intertextuales con los sujetos de *Mamita Yunai*.

En su conjunto, la crítica aborda *Mamita Yunai* y *Bananos y hombres*, integrando elementos clave sobre sus autores, desde su trayectoria personal y artística hasta su estilo literario. Asimismo, este corpus de estudios resulta fundamental para realizar un análisis multifacético de ambas obras, lo cual permite articular el contexto histórico y estético a favor de una comprensión más profunda del fenómeno. No obstante, la producción académica dedicada a *Mamita Yunai* es considerablemente más extensa que la de *Bananos y hombres*, y siguen siendo escasos los trabajos que establecen un paralelismo entre ambas obras.

No obstante, ante el vacío de investigaciones que comparen ambas obras y articulen, simultáneamente, sus dimensiones éticas, ecológicas y decoloniales, la presente investigación busca complementar las producciones existentes al examinar los aspectos estéticos de las obras, tales como el espacio, el registro sociolingüístico, la focalización y la representación de los personajes.

En términos generales, si bien se han examinado las dinámicas históricas, sociopolíticas, económicas y antropológicas en la Costa Rica del siglo XX y, en paralelo, el auge de su

⁴*Viento fuerte* (1950), *El Papa Verde* (1954) y *Los ojos de los enterrados* (1960) son las tres obras que conforman esta trilogía, considerada una creación literaria de gran envergadura sobre el dominio de la UFCO en Centroamérica.

producción literaria, la elaboración de estudios comparativos entre ambas obras sigue siendo escasa. Además, el establecimiento de vínculos entre las características estéticas y los ejes axiológico y ambiental de estos textos resulta aún insuficiente. Las preguntas que se plantean entonces son las siguientes: ¿Cómo se representa la relación intrínseca entre la explotación del ser humano y de la naturaleza en *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai*?; ¿De qué manera se desarrolla la literatura de denuncia a partir de los recursos estéticos y narrativos?; ¿Cuáles son los principales puntos de convergencia y divergencia entre ambos relatos en cuanto a su representación del enclave como espacio, del sujeto subalterno y de las formas de resistencia frente a las hegemonías neocoloniales?

A partir de estas preguntas, se propone como hipótesis que la plantación bananera funciona como un espacio neocolonial donde se articulan distintas formas de poder a diferentes escalas, siendo siempre el cuerpo laboral, femenino e infantil el que padece estos sistemas degradantes. En este sentido, la estética de estos relatos ocupa un papel predominante en la crítica ética y política del dominio neocolonial. Asimismo, se plantea que, si bien ambas obras convergen en su denuncia, utilizan diferentes estrategias estilísticas y narrativas para este fin.

En cuanto al enfoque metodológico de esta investigación, resulta imperativo combinar marcos teóricos contemporáneos de la ecocrítica y la decolonialidad, tales como el Capitaloceno, Plantacionoceno, Negroceno, la biopolítica/necropolítica y la Contraplantación. Dichas nociones permiten concebir la plantación no solo como un espacio colonial y neocolonial, sino también como un sistema de violencia ambiental, racial y económica. Además de estos aportes fundamentales, los estudios anteriormente citados permiten establecer una base teórica sólida para comprender el contexto sociohistórico de Costa Rica, la presencia hegemónica de corporaciones fruteras como la *United Fruit Company* y la materialización de sus estructuras de poder en ambos textos. Dicha óptica transdisciplinaria resulta esencial para articular los procesos históricos con su representación en la literatura de denuncia.

En fin, con respecto a la estructura analítica, esta se divide en varios capítulos. En primer lugar, se presenta el contexto sociohistórico y literario de Costa Rica en relación con la expansión del enclave bananero y el auge de su producción bananera. En la misma línea, se abordan las corrientes en las que se inscribe dicha literatura y, a nivel más amplio, sus características como subgénero dentro del continente latinoamericano.

Seguidamente, se plantea el marco teórico que sirve de fundamento para el análisis literario posterior. En este segundo capítulo, se desarrollan conceptos clave centrados en la colonialidad, la ecocrítica y la ética, así como su vínculo directo con los modelos de explotación de la zona bananera. A continuación, se explora el contexto histórico y sociopolítico del modelo de enclave en el Caribe costarricense desde estos mismos ejes.

Finalmente, se propone un análisis literario comparativo que establece paralelismos y contrastes entre ambas obras, a partir del examen de sus recursos narrativos, estéticos y estilísticos, y su articulación de las problemáticas éticas y ambientales.

Capítulo I. Contexto sociohistórico y literario

1.1. El enclave bananero en Centroamérica

En el siglo XX, la hegemonía de multinacionales extranjeras como la UFCo fue un fenómeno impactante para naciones bananeras como Costa Rica, lo cual se refleja en algunas obras literarias de la región. Como es bien sabido, las obras *Bananos y hombres* (1931) y *Mamita Yunai* (1941) ponen de manifiesto las realidades económicas, sociales, éticas y medioambientales que afectaron las zonas de producción bananera en el Caribe costarricense.

Tales problemáticas se originan con la fundación de la *United Fruit Company* en 1899, la cual alcanzó su apogeo a lo largo del siglo XX y transformó radicalmente la economía y la política de varios países latinoamericanos como Costa Rica. Por esta razón, dicha multinacional se conoce también bajo el nombre despectivo de “El Pulpo”. De hecho, hacia mediados del siglo XX, con “casi un millón de acres de tierra en Cuba, Jamaica, Honduras, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Panamá y Colombia”⁵, la compañía ejerció un control casi total sobre territorios e infraestructuras como puertos, ferrocarriles y líneas telegráficas⁶. Por lo tanto, las estrategias de dominación de la “Yunai” no se limitaron al ámbito económico; sus prácticas de explotación neocoloniales incidieron considerablemente sobre los planos social, demográfico, político y medioambiental de la región.

Primero, tal como lo señala Bourgois (2016), la hegemonía de la “Frutera” causó el despojo de poblaciones indígenas, el desmantelamiento de sus comunidades⁷ y su discriminación étnica. También profundizó los fenómenos de segregación racial⁸, la división del trabajo y la clasificación étnica consecuente, así como la llamada “opresión conjugada”⁹. En paralelo, el dominio del monocultivo bananero provocó cambios profundos, no sólo a nivel

⁵ En su investigación (2007), Dan Koeppel afirma que, en 1946, “United Fruit owns nearly a million acres of land in Cuba, Jamaica, Honduras, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Panama, and Colombia” (253).

⁶ En el mismo estudio, Koeppel asevera que la compañía “had strung 3,500 miles of telegraph and telephone lines, including a system of ship-to-shore transmission it invented specifically for the purpose of making sure banana loaders were ready, at the docks, when cargo vessels came in” (75).

⁷ Principalmente los pueblos bribis —habitantes de la Cordillera de Talamanca—, cuyo territorio es compartido entre Costa Rica y Panamá. La UFCo también despojó a otras comunidades autóctonas como los Ngäbe (guaymies) y los Kunas (o Gunas), más presentes en territorios panameños o colombianos (en el caso de los Kunas).

⁸ Entre negros y blancos, por ejemplo. Tal como lo menciona Bourgois, la segregación era una estrategia de la compañía: “La compañía para vivir a salvo de posibles rebeliones serias, azuzaba el odio de blancos contra negros y de negros contra blancos. Y tuvo éxito” (102).

⁹ La “opresión conjugada” acuñada por Bourgois se refiere a la combinación de distintas formas de opresión y de violencia —como la explotación económica y la discriminación étnica— que afectan a trabajadores racializados y comunidades indígenas.

social y económico, sino también demográfico. Efectivamente, la transformación progresiva de regiones bananeras costarricenses como Limón y Sixaola se debe en gran medida a las migraciones, tanto de habitantes nacionales (guanacastecos y pobladores del Valle Central) como de poblaciones externas (indígenas, nicaragüenses, hondureñas y guatemaltecas). Estas migraciones participaron en el fenómeno de “campesinización periférica”¹⁰ referido por Bourgois.

Por otra parte, no se puede mencionar la hegemonía de la “Yunai”¹¹ sin abordar su implicación en la política costarricense. Mediante su liderazgo económico, la UFCo logró efectivamente tener poder de decisión, influyendo así sobre las medidas estatales. Uno de los ejemplos es la represión de huelgas mediante la Guardia Rural¹². Adicionalmente, la “Frutera” utilizó estrategias de control y discriminación para convertir el mito de la democracia costarricense en una ideología conservadora y a favor de los EE. UU.

Aparte de la corrupción política que fomentó, esta multinacional contribuyó, además, a la destrucción del medioambiente, transformando así el modo de vida de las comunidades locales y autóctonas. De hecho, en áreas de la costa caribeña o del Pacífico Sur, los pueblos nativos tuvieron que abandonar sus costumbres tradicionales de subsistencia, tales como la pesca y la agricultura local, reemplazadas por el monocultivo agroexportador. En consecuencia, el paisaje de dichas áreas cambió drásticamente debido a las técnicas de apropiación de las tierras de la UFCo, que las transformó en plantaciones bananeras. Por supuesto, la producción intensiva de bananos ocasionó la contaminación de los nuevos terrenos agrícolas debido al uso excesivo de productos nocivos como los plaguicidas o fungicidas, entre otros¹³. Además, las prácticas de agricultura intensiva del imperio bananero no sólo afectaron profundamente el

¹⁰ El proceso de “campesinización periférica” acuñado por Bourgois designa el establecimiento de poblaciones proletarias que viven a los márgenes de las plantaciones y dependen totalmente de la empresa.

¹¹ Como se puede leer en el trabajo de Ming Yang (2015: 122), “el término *Yunai* remite a la pronunciación de la palabra inglesa *United*, con que se refiere a la transnacional *United Fruit Company*, en la provincia de Limón, del Caribe costarricense”.

¹² Estas estrategias de control ejercidas por la “Yunai” se pueden leer en este fragmento de Bourgois: “Significativamente, incluso el superintendente de agricultura y el jefe de relaciones laborales de la bananera admitieron que la Guardia Rural “metió mano dura” contra los huelguistas. La UFCo tenía un arreglo especial con el Ministerio de Seguridad Pública de Costa Rica, según el cual las subsidiarias locales pagaban la manutención y el transporte de las fuerzas de seguridad cuando eran enviadas a proteger a los rompehuelgas. Más aún: el superintendente del distrito de Sixaola me confió que cada mañana, él y el coronel de la Guardia Rural discutían la estrategia del día” (269).

¹³ En efecto, Koeppel denuncia dicho fenómeno en su investigación (2007): “Should efforts be focused on building better bananas, or finding more and more potent substances —pesticides, fungicides, and other chemicals— to stop pests before they damage crops? Nearly all the time, the banana companies choose the environmentally devastating latter alternative” (249).

medioambiente, sino la vida de los trabajadores en las plantaciones, debido a sus duras condiciones de trabajo¹⁴.

En resumen, el poder económico, político y territorial de la UFCo transformó profundamente la vida de los trabajadores, las comunidades locales y el medioambiente tropical del país, lo cual se analizará posteriormente en los relatos de Carlos Luis Fallas y Carmen Lyra.

1.2. El caso de Costa Rica

El análisis del enclave bananero en Costa Rica constituye un eje clave para comprender las tensiones sociales, económicas y políticas que atraviesan la literatura bananera nacional. Estas problemáticas se reflejan tanto en las obras de Fallas y Lyra como en los estudios ecocríticos y poscoloniales contemporáneos, los cuales han profundizado en el vínculo entre el sistema de plantación y la explotación socioambiental.

Durante siglos, el Caribe costarricense se configuró como un espacio marcado por el modelo de plantación bananero y por una población mayoritariamente afrocaribeña, indígena y migrante. Esta región multiétnica y agroexportadora, al ser excluida del proyecto nacional, fortaleció la posición hegemónica del Valle Central, centro político y cultural del país.

1.2.1. Definición del sistema de plantación

Antes de abordar la literatura bananera costarricense, resulta indispensable analizar el contexto sociopolítico del enclave; un sistema cuyo núcleo central es el concepto de plantación. Este asentamiento neocolonial se define, según W.O. Jones (1968), como “una unidad económica que produce productos agrícolas (cultivos de campo o productos hortícolas, pero no ganado) para la venta y emplea a un número relativamente grande de trabajadores no cualificados cuyas actividades están estrechamente supervisadas” (como se citó en Beckford, 1972). La correlación evidente entre esta definición y los testimonios de Bourgois (2016) y

¹⁴ Como lo menciona Koeppel (2007), “a 1999 study of women in banana-packing facilities, conducted by the National University of Costa Rica, found that their rate of leukemia and birth defects was twice the national average. Twenty percent of male Costa Rican banana workers have been left sterile, according to Jeremy Smith, writing in the April 2002 issue of the Ecologist” (198). Además, en otro fragmento, el investigador afirma que “life expectancies for banana laborers were decreasing, while United Fruit’s control over every facet of life in the region was reaching near-total levels” (69-70).

Fallas (1955) permite cuestionar más profundamente la complejidad del modo de explotación que caracterizó al Caribe costarricense.

Jones señala que este tipo de colonización predominó en las islas del Caribe y lo distingue de otros dos sistemas: el de asentamiento y el de conquista —característico de la América española—. En el caso específico de Costa Rica, Hall (1976, en Viales, 2001), retomado por Llaguno (2016), identifica tres formas de colonización: “la colonización espontánea de los migrantes internos, proceso que se inició a mediados del siglo XIX en el Valle Central; los "enclaves" de plantaciones en las tierras bajas de las zonas tropicales húmedas y las colonias planificadas de fincas familiares” (387). Esta tipología permite considerar el enclave bananero como parte de un proceso neocolonial; es decir, de una ocupación territorial que impactó profundamente la región a nivel político y económico.

Asimismo, el enclave bananero transformó el Caribe costarricense en una región de producción y exportación continua, para propiciar a los Estados Unidos y Europa el consumo de este fruto a través de infraestructuras como el Ferrocarril al Atlántico (1870-1890) y el puerto de Limón (alrededor de 1890). Al construir el ferrocarril, Minor Keith¹⁵ estableció la plataforma que abrió la economía del país a nivel transnacional, lo cual fue el punto de partida de los desastres ecológicos y las profundas desigualdades sociales en las zonas bananeras. Las consecuencias de este fenómeno siguen siendo objeto de análisis crítico en la literatura y otras disciplinas centradas en la realidad sociopolítica nacional.

1.2.2. Desarrollo histórico del enclave bananero

El desarrollo del enclave bananero en Costa Rica atravesó diversas etapas que se extienden desde la expansión impulsada por Minor Keith a finales del siglo XIX hasta las profundas transformaciones territoriales, económicas y políticas que marcaron el siglo XX. Las aspiraciones de lucro del joven estadounidense, quien se benefició de 800.000 hectáreas por parte del Gobierno, permitieron la conversión de amplias zonas agrícolas en plantaciones de banano e impulsaron la importación masiva de trabajadores extranjeros, estableciendo así la base del modelo de enclave (Bourgeois, 88). Esta fase inicial fue decisiva para el establecimiento

¹⁵ Como se puede leer en el artículo de Watt Albuquerque (1964), “Minor Cooper Keith, who built the Costa Rica Railway linking the Meseta Central with the rain-drenched Caribbean coast at the new port of Limón and later was a co-founder of the *United Fruit Company*, is a prime example of the Yankee entrepreneur of the period”.

de la hegemonía de la UFCo, fundada el 30 de marzo de 1899 bajo la dirección de Andrew Preston y el propio Keith (Koeppel, 62).

Durante el siglo XX, las áreas de plantaciones bananeras en el Caribe costarricense y la región panameña de Bocas del Toro, consideradas las “más productivas de América Latina y el Caribe” (Bourgois, 27), abastecieron de esta fruta a millones de consumidores estadounidenses. El éxito económico de la UFCo se consolidó a través de sus prácticas monopolizadoras en la política regional. En 1912, por ejemplo, las intervenciones militares estadounidenses en Honduras abrieron paso a la construcción de vías ferroviarias y la implementación de monocultivos bananeros en el país. Ese mismo año, al poseer un número significativo de mano de obra, tierras e infraestructuras exportadoras, la *United Fruit* derrotó a la *Atlantic Fruit*, su principal competidora costarricense (Koeppel, 74). En 1918, el poder militar estadounidense también intervino para neutralizar huelgas de trabajadores bananeros en Panamá, Colombia y Guatemala, consolidando así el dominio de la compañía en la región. Además del involucramiento político de la multinacional, el apoyo estatal le permitió adueñarse de millones de hectáreas ociosas, lo cual formaba parte de sus estrategias imperiales y anticompetitivas.

1.2.3. Crisis económica y conflictos sociales (1930-1950)

Años más tarde, la década de 1930 estuvo marcada por la crisis económica mundial y sus repercusiones en las actividades agroexportadoras de la UFCo, que decidió trasladar parte de su producción al Pacífico Sur y abandonar las tierras bananeras del Caribe. Este cambio se debió esencialmente a la combinación de plagas, problemas ambientales y dificultades financieras que afectaron la rentabilidad del enclave.

En este contexto, la Gran Huelga Bananera de 1934 fue un acontecimiento decisivo en la lucha antioligárquica y antiimperialista de las clases trabajadoras. Ciertamente, como señala Carlos Luis Fallas, “más del noventa por ciento de las plantaciones bananeras amanecieron paralizadas, ¡y dos o tres días después todas las peonadas del Atlántico se habían sumado a la huelga! ¡Diez mil huelguistas en la provincia de Limón!” (1955, 272). La militancia de Fallas en el Partido Comunista —que posteriormente se convertiría en su afiliación con la Vanguardia Popular— lo llevó a pronunciar este discurso que se ha convertido en un documento fundamental para comprender las tensiones sociopolíticas de la época desde la perspectiva de peones como él. En efecto, Fallas dedicó parte de su vida al trabajo en las plantaciones, contribuyendo así a la fortuna de la compañía bananera.

En el plano social, tal como lo documenta Bourgois, la UFCo instauró un sistema de clasificación jerárquica y racial al separar los grupos étnicos según distintos trabajos, salarios y alojamientos. Esta jerarquización era una estrategia rentable que buscaba imposibilitar la organización sindical. La ordenación del territorio —con casitas insalubres por un lado e instalaciones privadas y propias de la “zona blanca”¹⁶ por el otro— también evidenciaba la segregación entre los trabajadores y los superintendentes. A esto se suma el carácter deshumanizante y explotador que caracteriza a la labor realizada por los peones en las zonas bananeras. Su explotación, ampliamente estudiada por Bourgois, adopta diversas formas que se analizarán más adelante en esta tesis.

Las décadas posteriores continuaron siendo altamente rentables para la corporación, que mantuvo su control territorial y comercial mediante mecanismos como el sistema de arrendamientos, el cual también impulsó la producción de cacao. No obstante, tras la Guerra Civil de 1948, la consolidación de tal sistema provocó graves conflictos sociales debido a la distribución desigual de las tierras por parte de la empresa, junto con la explotación y marginalización de los trabajadores locales. Según Royo (2009), citado en Llaguno (2016), este periodo de profunda transformación agrícola también se debe al “crecimiento demográfico, el agotamiento de la frontera agrícola y la consolidación de un modelo de capitalismo agrario” (390), los cuales causaron grandes olas migratorias internas.

1.2.4. El Plan de Fomento Bananero y la reorganización del territorio (1970-2010)

Aunque a mediados del siglo XX las plantaciones bananeras enfrentaron diversas fases de crisis debido a disputas territoriales y tensiones económicas, fue en las décadas posteriores cuando la creación del Plan de Fomento Bananero (1970-1990) aceleró este proceso conflictivo. Esto se debió a que “la política estatal se ha orientado de forma mayoritaria a favorecer las condiciones productivas de las empresas transnacionales y nacionales, en detrimento de la inversión social y productiva en otros sectores de la zona” (Llaguno, 2016: 389). A pesar de ello, estas políticas no debilitaron el poder hegemónico de la multinacional. Al contrario, la

¹⁶ Este extracto de Bourgois destaca la jerarquía evidente entre los trabajadores y sus superiores: “Los superintendentes, los time-keepers y los supervisores, viven aparte de las barracas de los trabajadores, en casas más amplias. Hacia el centro de la plantación, rodeado por cercas altas y zonas verdes muy cuidadas, está el lujoso complejo habitacional para los más altos jefes de la gerencia, llamada la “zona blanca”. Incluye un complejo deportivo conocido como “el club”, con una cancha de golf de nueve hoyos, piscina, pista de boliche, cancha de tenis, bar, y sala de cine con aire acondicionado” (29).

fundación de PAIS S.A., una empresa nacional que actuó como nexo entre el Estado y la UFCo, permitió que esta última adquiriera el 40 % de las acciones de PAIS y evitara la expropiación de sus 8.000 hectáreas de tierras ociosas (Bourgois, 28). Bajo su nueva denominación, “Chiquita Brands”, la compañía mantuvo su prosperidad económica mediante el establecimiento de nuevas fincas bananeras en el distrito del Sixaola.

Finalmente, el poder de la Chiquita comenzó a debilitarse a causa de las regulaciones más estrictas del Estado. En efecto, como lo menciona Llaguno (396), dichas medidas promovieron la conservación ambiental y la protección de territorios indígenas —mediante la ley indígena de 1977, por ejemplo— en el cantón de Talamanca. Más tarde, en 2010, la fundación del Instituto de Desarrollo Rural (INDER) reformó las políticas de control territorial y contribuyó a reorganizar los espacios que estaban bajo el dominio de grandes corporaciones como la Chiquita Brands.

En suma, el análisis de este periodo marcado por las crisis financieras y las reivindicaciones obreras facilita la comprensión del desarrollo del enclave y de los enfoques literarios que lo problematizan. La *United Fruit Company* mantuvo su poder mediante la empresa extranjera PAIS S.A. y su conversión en Chiquita Brands.

1.3. Construcción de la identidad nacional

En el siglo XIX, la literatura nacional costarricense se consolidó al mismo tiempo que se construyó el Estado y la identidad nacional. Tras la Independencia del 29 de octubre de 1821, se necesitaba unificar la sociedad fragmentada por conflictos de clase, etnia y diferencias regionales.

Como señala Gólcher (1993), a partir del año 1882, el Estado liberal costarricense empezó a forjar una identidad nacional que permitiera legitimar y consolidar el sistema capitalista de las élites. Para realizar este proyecto nacional, el Estado se basó en una serie de símbolos¹⁷ e imaginarios que definieron la identidad costarricense. Esta identidad se sustentaba en dos pilares fundamentales: el trabajo agrícola —ya que el país contaba con una economía

¹⁷ De hecho, como sostiene Gólcher en su trabajo (1993), “se escribió la historia del país [...]; se emularon hechos históricos [...]; se promovieron héroes, que en sí representan lo mejor del pueblo y son fuente de inspiración, en este proceso la figura de Juan Santamaría fue primordial; comenzó un rescate de las costumbres y tradiciones, es el inicio del costumbrismo en las artes y la literatura nacional; se elaboraron los primeros mapas del país, porque el mapa nacional es el signo material que identifica a los pueblos con su territorio” (96).

agroexportadora que ponía al trabajo del campo en el epicentro de las virtudes— y la familia patriarcal, donde la figura paternal estaba en el centro del orden social.

También hay que tener en cuenta otro imaginario determinante de la época: el de la blancura y la Modernidad. Este promovía la idea de Costa Rica como una nación blanca y progresista, lo cual la distingue del resto de Centroamérica. Dicha perspectiva se inscribe en la dicotomía “civilización y barbarie” acuñada por Domingo Faustino Sarmiento, una lógica colonial enmarcada en las estructuras de vida latinoamericanas desde la conquista española de 1492. En este contexto, la identidad nacional se configuró a través de las nociones de “Mismidad” y “Otridad”, que definieron quienes eran reconocidos como “verdaderos costarricenses” (Cruz Rodríguez, 2014).

Entre estos símbolos también destaca el sistema educativo. En efecto, junto con la religión y la familia, la educación constituía “uno de los pilares de la transmisión de la identidad al pueblo costarricense” (Gólcher, 97). Más precisamente, este proceso fue impulsado por la Reforma Educativa de 1884-1889. Por consiguiente, en la primera mitad del siglo XX, la sociedad costarricense empezó a destacarse por su alta tasa de alfabetización¹⁸, la cual aceleró el proceso de producción literaria. Es solo después de la Guerra Civil de 1948 y la subsiguiente abolición del ejército cuando el Estado costarricense comenzó a sustentarse en la democracia y la paz, conceptos que se erigieron como las bases fundamentales de la identidad nacional hasta el día de hoy.

Estos factores permiten explicar el surgimiento de la literatura comprometida que, a partir de los años 30, cuestionó el imperialismo de grandes corporaciones extranjeras —como la UFCo— y sus graves repercusiones sociales y territoriales¹⁹. En ese contexto, la literatura se impuso como un recurso crítico, cuyo objetivo era crear una identidad nacional “desde un nuevo sujeto colectivo: la clase obrera en general y el proletariado rural en particular” (Grinberg Pla y Mackenbach, 162), cuestionando así los principios de paz, igualdad y armonía social.

¹⁸ Efectivamente, según Molina Jiménez (2012), “para 1927, la proporción de personas de nueve años y más que sabían leer y escribir ascendía, en las ciudades principales, al 85.7 por ciento, en las villas o ciudades menores, al 66.8 por ciento, y en el campo, al 56.4 por ciento. El creciente alfabetismo de la sociedad costarricense facilitó que el PCCR pudiera alcanzar a los sectores populares mediante diversos tipos de materiales impresos, importados o producidos localmente.” (66).

¹⁹ Por ejemplo, se pueden mencionar las miserables condiciones de vida de los indígenas, el paso del minifundio al latifundio mencionado por Pietras (2016, 333), y la explotación territorial y humana resultante.

1.4. Contexto sociopolítico

Tal como se analizará a continuación, las transformaciones sociales y políticas del país —especialmente las que repercutieron en el sistema de enclave— están vinculadas al auge de la literatura bananera durante la primera mitad del siglo XX.

Efectivamente, durante este periodo, Costa Rica experimentó el auge del Partido Comunista, la consolidación de sus organizaciones sindicales y una redefinición del proyecto nacional; factores que influyeron claramente en la producción literaria de la época. El año 1931 es una fecha clave, pues coincide simultáneamente con la fundación del Partido Comunista de Costa Rica (PCCR) y la publicación de *Bananos y hombres*. Según Molina Jiménez (2005, citado por Pietras, 2016), la permanencia legal del PCCR (1931-1948) en el país fue facilitada por la crisis financiera global de 1929 y los regímenes dictatoriales que lo rodeaban²⁰. Liderado por Manuel Mora Valverde y la misma Carmen Lyra, el PCCR apoyó y difundió una novela caracterizada como vanguardista, “proletaria” y “antiimperialista”²¹ por su estética crítica, realista y testimonial. Estas características la convirtieron, de un objeto de censura, en una verdadera herramienta de lucha social para la clase obrera y, en particular, para los trabajadores bananeros.

1.5. Contexto literario

1.5.1. Configuración del corpus literario nacional

Para profundizar en la constitución del corpus nacional, también es necesario considerar los aspectos históricos que marcaron el siglo XIX. Hacia finales de dicho siglo, se inició “la configuración de un modelo de literatura nacional inmerso en la etapa de consolidación del Estado” (Sánchez Corrales, 2021). La llamada “Generación del Olimpo”²² jugó un papel fundamental en este proceso, puesto que contribuyó al establecimiento del “nuevo Estado liberal” y “la nueva mitología oficial costarricense” (Quesada, 2002).

Sin embargo, como explica Ugalde Fajardo (2025), este proyecto nacional marginó a las clases populares, a las mujeres y a las comunidades indígenas y afrodescendientes. Es en

²⁰ En efecto, durante el mismo período, países como Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua estaban sometidos a regímenes dictatoriales severos. Entre estos sistemas autoritarios del istmo, Costa Rica constituía una excepción.

²¹ Esta caracterización de la novela bananera se puede observar en la obra de Grinberg Pla y Mackenbach (2006), la cual se basa en los trabajos de María Salvadora Ortiz, Seidy Araya y Flora Ovares (163-164).

²² Se consideraba “la elite letrada de intelectuales, políticos, maestros, historiadores y escritores” (Quesada, 2002: 34-35, citado en Sánchez Corrales, 2021).

este contexto en el que la literatura —sobre todo la testimonial y de denuncia— empezó a desempeñar un papel fundamental al dar voz a los sujetos oprimidos y exponer sus realidades invisibilizadas. En este marco también destacan autores clave como Carlos Gagini, ferviente defensor del regionalismo y del nacionalismo literario costarricense, y figura central para el canon literario del país. Según Gagini, citado por Ugalde Fajardo, “la literatura tiene que ocuparse de temas nacionales, tipos sociales, costumbres, paisajes, [el] reflejo de la lengua costarricense y de la manera en que hablan los costarricenses” (00:17:55). Así, setenta años después de la Independencia, intelectuales costarricenses como él empezaron a cuestionar “la posibilidad de una literatura costarricense como contraparte al canon literario europeo dominante que obviaba tal posibilidad” (Corrales, 2021).

Fue varias décadas más tarde, a partir de 1920, cuando la Generación del Repertorio Americano —la cual debe su nombre a la revista nacional creada por Joaquín García Monge— comenzó a visibilizar a las comunidades silenciadas, reconocida como “una generación que abrió también la conciencia nacional a nuevos planteamientos ideológicos” (Rojas y Ovares, 1995: 63). Como lo afirman Rojas y Ovares, “la literatura costarricense que se escribe a partir de 1900 y durante los treinta primeros años del siglo XX, empieza a perfilar la imagen de una nación en conflicto. Los grupos sociales marginados surgen ya con cierto protagonismo y se habla del dolor y el desamparo de las mujeres, los niños y los pobres” (Ibid.). Es efectivamente durante este periodo cuando las novelas se centraron en el Caribe y sus periferias, evolucionando hacia una estética vanguardista y antiimperialista.

En la década de los años 20, diversos escritores contribuyeron a la constitución de este corpus nacional basado en esta tendencia de compromiso literario. Entre ellos destacan escritores como Hernán Robleto (1930) y Carmen Lyra (1931)²³, quienes transformaron la literatura en una herramienta de denuncia social al articular en sus obras temas como la opresión y la injusticia.

Este proceso se consolidó con la llamada “generación del 40”, la cual agrupa a escritores de varios países —como Argentina, Nicaragua, Guatemala y Costa Rica, entre otros— que profundizaron en esta línea. Dentro del contexto costarricense, cabe destacar Adolfo Herrera

²³ Pionera del relato bananero costarricense con su obra *Bananos y hombres* (1931) —pieza central en la presente tesis—, Lyra es una autora y activista fundamental para el canon literario y educativo de Latinoamérica, especialmente a nivel nacional.

García (1939)²⁴, Carlos Luis Fallas (1941)²⁵, Fabián Dobles (1942)²⁶ y, posteriormente, Joaquín Gutiérrez (1950)²⁷. La filiación de los cinco primeros al PCCR evidencia la fuerza del realismo social entre los años 30 y 50. Este círculo de intelectuales impulsó el auge de una literatura proletaria y vanguardista, caracterizada por el realismo social, el regionalismo y la voluntad de redefinir una identidad nacional frente a las desigualdades y tensiones que marcaban sus propias sociedades.

Asimismo, esta corriente surgió como respuesta crítica y reformista frente al poder de la clase burguesa y las oligarquías cafetaleras, quienes acumularon las tierras del campesinado costarricense durante un siglo (1880-1980). Dicha apropiación territorial, basada en métodos abusivos de la élite sobre la clase trabajadora, pasó a manos de la oligarquía bananera (como la UFCo) a finales del siglo XIX. A partir de este periodo, la expansión del monocultivo bananero superó progresivamente la producción cafetalera, pilar fundamental de la economía nacional, convirtiendo así al banano en un “arma de conquista” (Count Vay de Vaya).

En este contexto, el corpus de la literatura bananera costarricense se expandió y difundió paulatinamente. No obstante, las obras que lo componían eran categorizadas de forma simplista como “literatura de denuncia”, lo que las dejaba al margen de la modernidad literaria eurocéntrica. Además, su posición dentro del campo artístico estuvo condicionada por factores como “el tamaño y capacidad adquisitiva del mercado, características específicas del Estado (democracia, militarismo), niveles de censura, acceso del autor a editoriales, industria productora, crítica literaria y otros” (Duncan, 1987: 81).

Aun así, las relecturas contemporáneas —desde una óptica ecocrítica y poscolonial— han revalorizado este corpus, haciendo hincapié en sus dimensiones ecológicas y éticas. De este modo, la crítica y los estudios contemporáneos sobre las obras bananeras han desarrollado nuevos conceptos que permiten abordar problemáticas que, hasta ahora, no habían sido analizadas de manera exhaustiva. Entre estas nociones —las cuales se analizarán detalladamente en el marco teórico de esta tesis— se encuentran las de Plantacionoceno,

²⁴ El periodista y autor Adolfo Herrera García, miembro de la “Generación del 40”, publicó una sola novela, *Vida y dolores de Juan Varela* (1939), caracterizada por su temática de justicia social agraria.

²⁵ Fallas es una figura clave para esta tesis, puesto que su obra *Mamita Yunai* (1941) es considerada la novela de la narrativa bananera más famosa y traducida de América Latina.

²⁶ En su primera novela *Ese que llaman pueblo* (1942), Dobles expone las injusticias que afectan diariamente a la clase proletaria costarricense, la cual tiene que sobrevivir en el universo urbano.

²⁷ Citado en Sharman (137), según Ian Smart, “Carlos Luis Fallas' *Mamita Yunai* (1941) and Joaquin Gutierrez's *Puerto Limon* (1950) are indeed the pioneering works that put Costa Rican West Indians solidly on the literary map for the first time”.

Negroceno, Otriedad y Contraplantación, así como teorías enmarcadas en el paradigma Modernidad/Colonialidad.

1.5.2. Corrientes literarias

Según Duncan (1987), la novela costarricense se define a partir de diversas corrientes cronológicas estrechamente vinculadas con el contexto histórico del país.

En primer lugar, la corriente reformista —que sigue a la corriente aristocrática (1860-1935) y nacionalista (1899-1937)— emerge a partir de 1939 con Herrera García y Gutiérrez, destacados por su compromiso social y político²⁸. Duncan afirma que hay dos tendencias que rigen esta corriente:

una agrarista, que defiende la pequeña propiedad rural como modelo ideal de desarrollo, y cuyos exponentes más representativos son Herrera García y Dobles, y una segunda tendencia, obrerista, que postula una alianza antiimperialista entre proletariado y sectores oligárquicos ‘progresistas’, cuyos mejores voceros son Carlos Luis Fallas en los años cuarenta y Joaquín Gutiérrez hasta 1973 (p.89).

Asimismo, la corriente reformista se destaca por su:

notoria preocupación por los conflictos relacionados con la posesión de la tierra y sus consecuencias; la presión o influencia de compañías extranjeras; la corrupción político-administrativa; la pobreza; el conflicto ciudad-campo como opción de vida posible para el costarricense; el endeudamiento campesino y su consiguiente ruina (p.88).

En segundo lugar, la corriente naturalista surge con obras centradas en la dualidad hombre/naturaleza, donde esta última prevalece sobre lo humano, como las de José Marín Cañas (*Pedro Arnáez*, 1942) y Carlos Salazar Herrera (*Cuentos de angustias y paisajes*, 1947). Duncan también menciona a José Marín Cañas y Edelmira González, cuyos textos exponen dicotomías como “civilización-barbarie, ciudad-campo, modernidad-tradición, Europa-América, varón-hembra, naturaleza-sociedad” (90). En un periodo de inestabilidad política y económica, esta perspectiva evidencia el poder de la naturaleza frente a la degradación ambiental ocasionada por las oligarquías cafetaleras y bananeras.

A continuación, la corriente testimonial se inicia en 1952 con la publicación de *Marcos Ramírez*, de Fallas. En este contexto de posguerra, el carácter testimonial se revela mediante temas “centrados en las injusticias que afectan al campesino, a las capas bajas ciudadinas, a la

²⁸ Según Duncan (88), esta corriente se distingue por su “notoria preocupación por los conflictos relacionados con la posesión de la tierra y sus consecuencias; la presión o influencia de compañías extranjeras; la corrupción político-administrativa; la pobreza; el conflicto ciudad-campo como opción de vida posible para el costarricense; el endeudamiento campesino y su consiguiente ruina”.

clase oligárquica en ruinas, así como a la clase media ascendente [...], el tema del presidio, el tema del negro de la costa caribeña del país, el tema del judío, los problemas del niño, [y] la cuestión de la mediocracia” (92).

Por último, Duncan menciona a Carmen Naranjo (*Los perros no ladraron*, 1966), quien se inscribe en la corriente existencialista por abordar temas como la deshumanización y la condición humana, la marginalización de las comunidades locales y la explotación del medioambiente, entre otras.

1.5.3. Auge de la literatura bananera en América Latina

La novela bananera es un subgénero de la literatura hispanoamericana que surgió con el auge de “lo social” en la segunda década del siglo XX, y cuya trama se desarrolla en las plantaciones bananeras centroamericanas (Grinberg Pla y Mackenbach, 162). La plantación no solo constituye el escenario geográfico de estas obras, sino que sirve como telón de fondo para la denuncia social. Al igual que en la novela de Fallas y el cuento de Lyra, se relatan, a través de una crítica severa, los “importantes acontecimientos históricos, la lucha del ser humano con su entorno natural, las condiciones de vida injustas de los indígenas, las repercusiones de la intromisión de los grandes capitales extranjeros en los asuntos nacionales (y) el sistema explotador y humillante del latifundismo” (Ibid.). Al distanciarse del esteticismo o del llamado “arte por el arte” —corriente en la cual la belleza prevalece sobre los valores morales y sociales—, este subgénero se acerca, en cambio, a una visión crítica y realista del modelo económico imperialista y de la explotación laboral.

En este sentido, en América Latina, el surgimiento de la literatura bananera se inscribe en un contexto histórico y sociopolítico marcado por regímenes dictatoriales, una inestabilidad política y profundos conflictos sociales que se extendieron desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. En este contexto histórico marcado por el dominio de las compañías fruteras —especialmente la *United Fruit Company*—, la literatura latinoamericana surgió como forma de protesta frente a sus prácticas neocoloniales. Dichas prácticas se basan en diversas formas de explotación ejercidas en las llamadas “repúblicas bananeras”, que incluyen a Colombia y Ecuador en Sudamérica, u Honduras, Guatemala, Costa Rica y Panamá en Centroamérica. Este término, acuñado a principios del siglo XX por el escritor estadounidense

William Sydney Porter²⁹, es una expresión neocolonialista y ofensiva que designa a un país que “presenta escaso desarrollo económico, social y político, principalmente por su sometimiento a intereses extranjeros” (Real Academia Española). En países como Colombia, las condiciones impuestas a la clase trabajadora por corporaciones extranjeras generaron un profundo descontento social y tensiones que fragilizaron el funcionamiento de las plantaciones. La Masacre de las Bananeras de 1928 en Colombia fue un acontecimiento clave, análogo a la Huelga Bananera de 1934 en Costa Rica, marcado por la lucha de los peones por mejorar sus condiciones de vida. Este escenario permitió que la literatura se convirtiera en una herramienta de crítica social, al articular temas como la opresión y la injusticia.

Para lograr este objetivo, los autores de la época incorporaron “elementos vanguardistas y estéticos propios del regionalismo y el criollismo” (Pietras, 2016: 339), movimientos literarios que se inscriben en la continuidad del costumbrismo. Según Quesada, esta última corriente integra componentes que “producen un nuevo discurso -criollo e híbrido-, que expresa una original visión del mundo y que pasa a cumplir, dentro del contexto histórico-cultural costarricense, funciones propiamente literarias” (2002: 159). Este discurso se reproduce a través del criollismo al exponer el tipo humano y sus costumbres (el “criollo”), el habla local, el modelo de la vida rural “en la que sobrevivían los restos coloniales, pero también la ‘esencia’ de lo nacional” y una “polarización universalismo-criollismo, como otra cara del contraste urbano-rural” (Rojas, 2002: 107). De manera similar, el regionalismo se caracteriza por su enfoque en las preocupaciones ideológicas y las brechas socioeconómicas de la región, así como por su lenguaje popular y crudo. Estas dos corrientes, surgidas entre finales del siglo XIX y principios del XX, buscan alejarse de la influencia europea para representar la naturaleza y la identidad regional de forma auténtica, rasgos fundamentales que las inscriben en la literatura de compromiso y el realismo social.

Por otro lado, la literatura del enclave se puede clasificar bajo un enfoque histórico-político como literatura testimonial, antiimperialista y proletaria, integrándose además dentro de la literatura naturalista o de la tierra. Como se evidencia en *Mamita Yunai* y su carácter testimonial central, los escritores adoptan un tono directo y satírico como recurso de crítica. La perspectiva documental de este subgénero lo inscribe en el realismo social, sin por ello apartarse del universo ficticio.

²⁹ Paradójicamente, este hombre de letras norteamericano es reconocido como el autor de la primera novela del ciclo bananero: *Cebollas y reyes* (1904, en Torres, 2014: 148).

Seguidamente, el aspecto histórico-político de la novela bananera se refiere a la forma en que los autores desmitifican la historia de sus patrias y la reinterpretan para dar voz a los oprimidos. La deshumanización y la marginación que sufren las comunidades marginadas se ha convertido en el eje de la crítica literaria de la época. Estos elementos —junto con la crítica al poder imperial, el papel de la naturaleza como protagonista y la explotación de comunidades indígenas y peones— forman parte de las temáticas recurrentes de la novela bananera centroamericana, entre las cuales destacan la enfermedad, el alcoholismo y la prostitución (Ortiz, 46).

1.5.4. Obras clave del corpus bananero

En este contexto se consolidó la literatura bananera latinoamericana a partir de los años 30 del siglo XX, cuando una serie de obras de diversos países comenzó a representar, de forma realista, el modo de vivir propio de los enclaves fruteros y a denunciar a las compañías extranjeras que degradaban las condiciones de vida de las poblaciones de dichas zonas. En Costa Rica, *Bananos y hombres* es considerada la obra pionera del subgénero, mientras que en Nicaragua es *Sangre en el trópico* (1930), de Hernán Robleto, la que se inscribe como precursora. En cuanto al corpus nicaragüense, se compone de otras obras importantes como *Cosmapa* (1944), de José Román, y *Bananos: la vida de los peones en la Yunai* (1942), de Emilio Quintana. Estos textos problematizan la figura del trabajador bananero y las tensiones sociales del enclave.

El corpus hondureño, por su parte, comprende obras fundamentales como *Prisión verde* (1950), de Ramón Amaya Amador, y *Barro* (1951), de Paca Navas de Miralda. Décadas más tarde, se publicó *Flor de banana* (1965), del panameño Joaquín Beleño, y las obras hondureñas *Trópico* (1971), de Marco Carías Reyes, o *Aquel año rojo* (1973), de Argentina Díaz Lozano.

En el resto del continente latinoamericano también se publicaron obras fundamentales, como *Cien años de soledad* (1967), del colombiano Gabriel García Márquez, y la trilogía bananera del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, anteriormente mencionada. Antes de publicar esta colección, el mismo autor redactó *Hombres de maíz* (1949), la cual no pertenece como tal a la literatura bananera, pero también constituye una crítica al imperialismo económico dominante y expone la resistencia indígena frente al sistema colonial. Su título destaca el valor crucial de la naturaleza para estos pueblos, la cual se ve reducida a un mero producto de mercado. Del mismo modo, la novela colombiana se reconoce como un texto clave para la

denuncia del monopolio de corporaciones extranjeras. En efecto, si bien Macondo es un pueblo ficticio, su destrucción refleja el destino trágico de muchos pueblos nativos del Sur Global. En este sentido, la obra se inscribe en el corpus bananero, ya que su alusión a la huelga contra la compañía bananera —liderada por trabajadores como José Arcadio Segundo— es un episodio relevante que expone las formas de resistencia por parte de la clase trabajadora. Este corpus bananero que trasciende las fronteras del istmo centroamericano permite entender los motivos comunes que unen a estos autores, como el deseo de representar a sus países de origen desde nuevas perspectivas; las que visibilizan a las poblaciones marginadas.

Capítulo II. Marco teórico

Tanto en *Bananos y hombres* como en *Mamita Yunai*, el enclave bananero funciona como el espacio neocolonial central de esta investigación. Esta zona, periférica al Valle Central, se representa como un fenómeno histórico abordado mediante diversos recursos estéticos. Aunque sus tramas giran en torno al enclave, los relatos se distinguen por su representación de las dimensiones raciales, sexuales y medioambientales; factores que permiten examinar cómo los autores abordan tales cuestiones. Las teorías poscoloniales y ecocríticas componen el marco teórico de la presente investigación, con el fin de analizar y comparar estas obras desde ejes críticos, articulados en torno a la Modernidad/Colonialidad y sus consecuencias en el contexto bananero.

Por lo tanto, el análisis comparativo se centra en temáticas vinculadas con el problema neocolonial: la violencia racial y ambiental, la jerarquización socio-étnica y laboral, y las distintas formas de explotación. Estos factores permiten identificar los puntos de convergencia y divergencia entre ambas obras; es decir, la manera en que encarnan el modelo de enclave bananero que dio origen a dichas problemáticas. Asimismo, resulta esencial contrastar las obras a partir de conceptos teóricos como “colonialidad”, “Plantacionoceno”, “Negroceno”, “Otridad” y “Contraplantación”, los cuales se desarrollarán en las secciones siguientes.

Finalmente, se examinarán los elementos históricos y sociológicos inherentes al sistema de plantación. Estos datos permitirán profundizar en el modelo colonial y neocolonial, así como en la articulación del poder en *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai*. Esta metodología comparativa constituye el punto de partida para abordar el marco teórico y, posteriormente, proceder al análisis intertextual.

2.1. Modernidad y colonialidad

Ante todo, para analizar las obras bananeras, es fundamental abordar el contexto histórico y epistemológico de la Modernidad/Colonialidad; es decir, la expansión y la implantación del modelo colonial desde el siglo XVI, cuya conquista y explotación del “nuevo mundo” sentó las bases de la modernidad europea. En este sentido, los estudios de Quijano (1993), Mignolo (2000, 2005) y Grosfoguel (2014, 2019) constituyen aportes esenciales para comprender la relación intrínseca entre ambos procesos. Dichas estructuras de poder surgieron

con el inicio de la colonización española, considerada como un “proyecto civilizatorio de destrucción de la vida” (Grosfoguel, 2014), y se perpetuaron posteriormente en las zonas de enclave bananero en América Latina.

En primer lugar, Quijano define el colonialismo como la dominación europea directa — política, social y cultural— sobre todos los continentes. Este fenómeno, ejercido primeramente en América y cuyo sucesor es el imperialismo³⁰, se caracteriza por “la brutal concentración de los recursos del mundo, bajo el control y en beneficio de la reducida minoría europea de la especie y, ante todo, de sus clases dominantes”, donde “los explotados y dominados de América Latina y de África, son las principales víctimas” (11).

Al distinguir el colonialismo de la colonialidad, Quijano define esta última como una forma de dominación sobre el resto del mundo, caracterizada por una jerarquización social, racial y cultural sistemática de las poblaciones. Asimismo, Quijano destaca la dimensión epistémica que subyace a tal sistema; es decir, la imposición de un conocimiento eurocéntrico sobre las regiones que subordina. Señala cómo el genocidio masivo llevó a la conversión de las previas altas culturas del continente en “subculturas campesinas iletradas, condenadas a la oralidad” (Ibid.), excluyéndolas así del modelo cultural dominante. Este proceso de racionalidad/modernidad europea contribuyó a la “emergencia de las relaciones sociales urbanas y capitalistas [...], (las cuales) no podrían ser plenamente explicadas al margen del colonialismo, sobre América Latina en particular” (14). Dichas dinámicas se perpetuaron a lo largo de los siglos, como fue el caso en los enclaves bananeros. Empresas extranjeras como la UFCo impulsaron modelos capitalistas y neocolonialistas en tales espacios, fomentando nuevas formas de organización social.

De manera análoga, Mignolo (2005) retoma el concepto de “colonialidad del poder” y profundiza en la correlación indisoluble entre Modernidad y Colonialidad, vigente desde el siglo XVI. Según él, “las perspectivas de la colonialidad [...] surgen de la “herida colonial”, el sentimiento de inferioridad impuesto en los seres humanos que no encajan en el modelo predeterminado por los relatos euroamericanos” (17), y tal lógica “sigue vigente en la “idea” del mundo que se ha construido a través de la modernidad/colonialidad” (20). En una entrevista realizada por Fernández (s.f.: 9), el intelectual asevera que dicho patrón colonial se fundamenta

³⁰ Según Quijano, el imperialismo se define como “una asociación de intereses sociales entre los grupos dominantes (clases sociales y/o "etnias") de países desigualmente colocados en una articulación de poder, más que una imposición desde el exterior” (11).

en la economía, una esfera que controla la autoridad, subjetividad, género, sexualidad y conocimiento.

Dicha dimensión económica también es criticada en los planteamientos de Grosfoguel, quien considera la “economía-mundo” como un componente esencial del proyecto civilizatorio de la modernidad occidental (2019). Según su enfoque transmoderno, el sistema capitalista eurocéntrico se funda en este patrón colonial del poder, al cual caracteriza como una estructura hegemónica impuesta por el Occidente que jerarquiza al resto del mundo mediante enfoques raciales, sexuales, religiosos y epistémicos. Esta estructura se organiza en torno a cuatro lógicas civilizatorias: el capitalismo genocida/racista, ecologicida, feminicida y comunitariocida. Asimismo, el sociólogo enfatiza que el racismo y el sexismo epistemológicos son inherentes a las “dos caras de la misma moneda”.

A través de su reflexión decolonial, Grosfoguel también denuncia la invisibilización de intelectuales del Sur Global, incluyendo a las mujeres. De hecho, sostiene que las élites intelectuales occidentales han dominado la epistemología global, centrándola exclusivamente en el conocimiento de los hombres procedentes de cinco países: Italia, Francia, Estados Unidos, Alemania e Inglaterra. El autor identifica dos estructuras a partir de las cuales se desarrolla la epistemología de dichas naciones: una racista-colonial y otra sexista-patriarcal. Para oponerse a estas perspectivas, la descolonización epistémica busca visibilizar los saberes del Sur Global y de las mujeres y rechazar el poder del hombre occidental. Esta postura remite a la llamada “desobediencia epistémica” postulada por Mignolo, la cual propone cuestionar y confrontar las formas de pensar de la Modernidad.

En conjunto, dichas perspectivas decoloniales permiten comprender los cambios profundos que se produjeron a nivel global a partir de la expansión europea y, específicamente, la española. Quijano, Mignolo y Grosfoguel coinciden en su definición de la colonialidad como un fenómeno intrínseco a la modernidad. Postulan que esta última aniquiló y reorganizó las esferas económica, política, social y epistémica de las sociedades originarias, consolidando un modelo hegemónico inscrito en la historia y en su continuidad, como es el caso en los enclaves bananeros. En este sentido, la correlación Modernidad/Colonialidad subyace a una visión eurocéntrica que remite a la noción de “Otredad”, la cual se analizará en la sección siguiente.

2.2. El mito de la Modernidad y la construcción de la Otredad

Prosiguiendo con el análisis crítico de la Modernidad/Colonialidad, las reflexiones de filósofos como Enrique Dussel (2012, 2013), Rubén Dri (2020) y Lepe-Carrión (2012) aportan nuevas dimensiones a estos conceptos, sobre todo en el plano socioético.

En primer lugar, el “Mito de la Modernidad” postulado por Dussel constituye una ideología que sirvió para justificar los aspectos violentos de las conquistas y su proyecto civilizatorio, tal como se plasma en el discurso de Juan Ginés de Sepúlveda. Dicho pensamiento está vinculado a su noción de “encubrimiento del otro” (1992): un proceso mediante el cual el sujeto dominante niega, invisibiliza o rechaza el sujeto colonizado y su carácter racional. Los aportes de Dussel se centran en la “Otredad”, una noción esencial originada en el periodo colonial que remite a la exclusión del “otro”, no solo como ser humano, sino también como entidad integrante de la naturaleza. Se entiende, así, como la división entre el “nosotros” y el “otro”, una dicotomía que impulsó el proyecto moderno de “civilizar al otro”.

De manera complementaria, Lepe-Carrión reinterpreta la noción del “encubrimiento” para criticar la postura de Las Casas en el famoso Debate de Valladolid (1550-1551). En su opinión, aunque Bartolomé de Las Casas es considerado como una figura clave para la emancipación de las poblaciones nativas —al contrario de Sepúlveda—, sus argumentos consolidaron el sistema de poder colonial, puesto que justificó la dominación colonial occidental como solución necesaria ante el supuesto atraso cultural de los pueblos no europeos. En su tesis (2012), Lepe-Carrión argumenta que:

este *encubrimiento* de la *diferencia colonial* como una *diferencia cultural* [...] no sólo servirá como estrategia o mecanismo de justificación y legitimación de la Conquista, y su consecuente dominación y explotación indígena; sino también como una plataforma sobre la que se inscribirá la noción de “civilizar al otro” —o la idea de “progreso”— durante el pensamiento ilustrado de los siglos XVII y XVIII (p. 63).

Este planteamiento coincide con la aserción de Walter D. Mignolo (2000), según la cual “la diferencia colonial o las diferencias coloniales fueron enmascaradas y vendidas como “diferencias culturales” para ocultar el diferencial de poder; esto es, la colonialidad del poder” (27). La investigadora Donoso-Miranda (2014), quien se basa en Mignolo (2007), asevera que:

el sistema-mundo moderno/colonial tiene dos caras —una de ellas y la más visible— la Modernidad, la cual representa la cristianización, la civilización, el progreso, la modernización, el desarrollo, etc., y la otra, cara oculta, lado oscuro, la colonialidad, la cual refiere a la violencia, la barbarie, el atraso, la tradición, el subdesarrollo, entre otros” (p.48).

Autores como Samir Amin e Immanuel Wallerstein profundizan en esta perspectiva para desarrollar su noción del “Sistema-Mundo”, un modelo cimentado en el capitalismo que estructura desigualmente el mundo moderno entre el “Centro”, la “Semiperiferia” y la “Periferia”. Estos términos destacan la nítida separación entre los países ‘desarrollados’, ‘intermedios’ y ‘subdesarrollados’; estos últimos son indispensables para el funcionamiento de la economía capitalista del “Centro”. Del mismo modo, ambos teóricos sostienen que la economía central empobrece las naciones periféricas mediante mecanismos de explotación y procesos desiguales como el “intercambio desigual” o la “acumulación extravertida” descritos por Amin (Sica, 1978: 730-736). En consecuencia, dichas naciones no logran desarrollarse de manera autónoma, pues su dependencia, marginación y subordinación resultan de los diversos procesos de colonización que han atravesado, así como de su asimilación histórica al sistema capitalista global.

La teoría desarrollada por Grosfoguel sobre el “sistema mundo capitalista/patriarcal occidentalocéntrico/cristianocéntrico moderno/colonial” (2020) apoya estos planteamientos al subrayar que el capitalismo existente tiene características propias de su constitución como sistema colonial. Estas lógicas civilizatorias de la modernidad occidental organizan, desde adentro, la manera en que el capitalismo ha funcionado históricamente.

En definitiva, resulta fundamental incorporar estos pensamientos decoloniales para comprender las estructuras profundas que la colonización española impuso en las naciones latinoamericanas, redefiniendo por completo sus esferas económicas, políticas, epistémicas, sociales y territoriales. La hegemonía euro-norteamericana consolidó una estructura de dominación que excluye al “otro” —a quien define como sujeto extranjero, marginalizado y racializado— mediante su proyecto supuestamente civilizatorio que oculta la violencia estructural bajo ideas de progreso y evangelización. La dimensión de la “Otridad” también requiere una profundización, puesto que las jerarquías étnico-raciales forman parte tanto del colonialismo como del neocolonialismo, tal como se plasma en la narrativa de la plantación.

2.3. Otridad, jerarquización social y racialización

La dimensión étnico-racial se analiza a partir de la colonialidad del poder y las problemáticas que esta articula. En esta línea, las investigaciones de Aníbal Quijano (2014) y Catherine Walsh (2010, 2012) constituyen aportes clave para este marco teórico. Según

Quijano, la raza es “el más eficaz instrumento de dominación que, asociado a la explotación, sirve como el clasificador universal en el actual patrón mundial de poder capitalista” (826).

En sus investigaciones, Walsh retoma las ideas de Quijano, afirmando que la raza, el racismo y la racialización constituyen el núcleo de la matriz de la colonialidad (2012: 68). Para comprender cómo se utilizó esta categoría de clasificación, resulta imprescindible considerar su evolución histórica desde hace más de quinientos años hasta el presente. Se trata de una clasificación de carácter social y político, erróneamente naturalizada en la epistemología occidental. En efecto, a partir de 1492, las concepciones sobre la raza eran diversas, pero se uniformaron progresivamente a medida que avanzaba el colonialismo³¹. En este sentido, la esclavitud moderna se volvió racial. El racismo, tanto como ideología como concepto, surgió en este contexto. Esta idea se evidencia en el trabajo de Mignolo (2000), quien sostiene que la “raza” consiste en una clasificación y, por lo tanto, en una “operación epistémica de los seres humanos en escala de inferior a superior” (49).

El modelo de Estado-nación, impulsado por la monarquía española, consistía en imponer una lengua, una identidad y una religión únicas sobre los territorios conquistados. Este proceso se originó con los debates promovidos por la Corona, en los que el indígena era percibido como “otro”, “salvaje”, “incivilizado” o incluso como un “monstruo desprovisto de alma”. Asimismo, la dominación colonial y la esclavitud fueron justificadas por Europa mediante la asociación de la “raza” con características morales y físicas, como la supuesta superioridad de la “raza” blanca³². Dichos modelos se consolidaron en las Américas con la esclavitud de los africanos e impulsaron el proyecto moderno de blanqueamiento³³. A lo largo del tiempo, este proceso reforzó y normalizó la segregación de comunidades multiétnicas y grupos obreros considerados como “razas distintas” e “irracionales”.

Además, la racialización sirvió como un mecanismo esencial para el desarrollo del

³¹ De hecho, “raza” es una categoría aplicada por primera vez a los “indios”, no a los “negros”. En este sentido, dicha categoría no estaba vinculada con el color de la piel, sino con la supuesta inferioridad de los sujetos racializados. Además, durante la modernidad, el papel de la religión se hizo más complejo: las diferencias religiosas y los estereotipos se agudizaron con un nuevo énfasis en el color de piel, de modo que el prejuicio racial se entrelazó aún más con el prejuicio religioso.

³² En efecto, se favoreció la superioridad de la piel clara en el sistema colonial, lo cual alimentó y justificó el racismo hacia las personas negras, consideradas entonces como “inferiores”, “de moral baja” o “con una fe equivocada”. Estos argumentos formaron pues la base de la justificación de la conquista española.

³³ Walsh (2012) destaca este fenómeno en su trabajo: “la asociación entre color y raza solo comienza un siglo después con la expansión de la esclavitud de los africanos en las Américas, cuando los dominadores europeos construyeron su identidad como “blancos” contrapuesta a los dominados “negros”. Es desde ahí que las otras identidades (“indios”, “mestizos”) empiezan a ser asociadas también con el color de la piel, haciendo consolidar y naturalizar un sistema de clasificación y superioridad racial enraizado no propiamente en las diferencias fenotípicas, sino en las facultades humanas: ser, saber, razón, humanidad” (413).

capitalismo global. Este sistema, fundamentado en ideales coloniales de blanqueamiento, designa lo que Manuel Zapata Olivella nombra una “nueva relación económica racial” (Walsh, 413). La relación intrínseca entre estos elementos permitió la instauración de sociedades criollo-mestizas, en las que el Estado-nación moderno invisibilizó y marginó a las poblaciones nativas mediante la imposición de una supuesta superioridad racional y racial. Estos ejes son fundamentales para analizar las estructuras sociales y raciales del enclave bananero.

2.4. Colonialidad: ética y naturaleza

2.4.1. Capitaloceno, Plantacionoceno y Negroceno

Pensadores críticos como Jason W. Moore, Malcolm Ferdinand y Donna Haraway son fundamentales para analizar la plantación como espacio cuya construcción histórica articula la explotación ambiental y la dominación racial bajo una lógica capitalista. Estos autores critican al concepto de Antropoceno, rechazando la idea según la cual la humanidad —entendida como un conjunto homogéneo— es la causa directa de la crisis climática. Según ellos, la hegemonía europea y sus mecanismos —como el capitalismo extractivo, el colonialismo y el patriarcado— son los verdaderos responsables³⁴.

Moore (2014, 2015) introduce el concepto de “Capitaloceno” para describir un modelo de control de “Naturaleza Barata”; es decir, que ha “baratizado” el mundo vivo y el trabajo humano —resumido en cuatro elementos: mano de obra, alimentos, energía y materias primas—, y ha relegado así a la gran mayoría de la humanidad al reino natural. De este modo, el capitalismo sigue prosperando mediante la ley de la Naturaleza Barata, fundamentada en la fuerza de trabajo y energía no remuneradas. Esta lógica de explotación y dominación racial se refleja en las áreas de enclave bananero, donde tanto los trabajadores como la naturaleza fueron reducidos a recursos subvalorados.

De manera análoga, en su *Ecología decolonial* (2019), Malcolm Ferdinand aborda la fractura ecológica cimentada en la separación humano/natural. El autor sostiene que los movimientos ecologistas occidentales han denunciado esta división sin, por ello, visibilizar su legado colonial. Por el contrario, el investigador busca visibilizarlo para analizar las

³⁴ De hecho, al culpar a la humanidad como una unidad —incluso a las poblaciones autóctonas que siempre han vivido de manera sostenible—, los actores directos de los sistemas coloniales y capitalistas se desentienden de su responsabilidad en el legado colonial y sus modelos de degradación medioambiental. Según estos críticos, la crisis ecológica no empezó con la Revolución Industrial de 1784, sino con la conquista de América y la imposición de un sistema capitalista global a partir de 1492.

problemáticas ambientales de manera no eurocéntrica y, por tanto, más justa³⁵. Para este fin, Ferdinand examina los procesos históricos, socioéticos y medioambientales que convirtieron los territorios del Caribe en lo que llama el “habitar colonial”: un tipo de asentamiento ecocida y ético-cida que ha sido impuesto en las tierras indígenas desde la era moderna/colonial. El autor vincula dicha destrucción ambiental con la colonial, la cual “coloca al colonizador, su historia y sus deseos en la cima de la jerarquía de valores y subordina las vidas y tierras de los colonizados o anteriormente colonizados bajo él” (20). Esta fractura “presenta a los colonos como un grupo homogéneo y los reduce a la experiencia del hombre blanco, al tiempo que limita la experiencia de los colonizados a la del hombre racializado” (Ibid.), lo cual persiste hoy mediante el fortalecimiento de los mercados libres y el capitalismo.

Asimismo, Malcolm Ferdinand denuncia este proceso de racialización mediante su concepto de “Negroceno”, el cual critica el Antropoceno desde un enfoque racial; es decir, desde la esclavización de las comunidades negras y la expropiación de sus tierras. Según él, es dicha violencia racial la que se establece como la responsable directa del desastre ecológico.

En paralelo con esta perspectiva, los estudios de Jason W. Moore y Ferdinand convergen con el “Plantacionoceno”, un término acuñado en el siglo XXI a raíz de los diálogos analíticos entre las antropólogas Donna Haraway y Anna Tsing. Este concepto denuncia que el extractivismo colonial y la agricultura de monocultivo son el origen de las problemáticas ecológicas y éticas aún vigentes. Según Haraway, el sistema de plantación —anterior al Antropoceno y al Capitaloceno— “makes one pay attention to the historical relocations of the substances of living and dying around the Earth as a necessary prerequisite to their extraction” (Haraway et al., 2015: 24). En este sentido, el Plantacionoceno se entiende como un patrón de poder que reorganiza el orden de la naturaleza y las comunidades humanas. Bajo el contexto hegemónico de la “Yunai” en las tierras costarricenses, el concepto de *historical relocations* se refiere al desplazamiento de terrenos agrícolas y poblaciones enteras para la implantación de plantaciones bananeras. Estos cambios violentos, orientados al lucro y la producción intensiva, contribuyeron a la instauración de un *ethos* que subordina la vida humana y el entorno natural.

³⁵Malcolm Ferdinand denuncia dicha invisibilización al señalar que, hoy en día, “se quiere reconocer estas destrucciones ambientales sin reconocer las dominaciones de estos pueblos indígenas del mundo” (trad. propia, 2019).

2.4.2. Biopolítica, necropolítica y dominación

Al igual que los críticos del Antropoceno, autores como Frantz Fanon (1961), Michel Foucault (1976), Giorgio Agamben (1998), Achille Mbembe (2019) y Rubén Dri (2020) constituyen aportes clave para denunciar la colonialidad del poder, la jerarquización del cuerpo y la naturaleza como espacios de dominio. El análisis de estos autores permite profundizar en la dimensión ética y biopolítica de dicho control. Este último término es esencial para comprender cómo los asentamientos coloniales, como la plantación, se convirtieron en espacios de regulación y control por parte del Estado moderno.

En sus estudios pioneros³⁶, Foucault introduce el concepto de biopolítica, entendido como un “fenómeno regulador [...], efecto *masificador* dado que sus controles recaen en los procesos biológicos tales como las natalidades, las defunciones, la longevidad, el nivel de salud poblacional, la calidad reproductiva, etc.” (De Oto y Quintana, 2013: 53). Esta organización del poder sobre la vida —o “biopoder”— se entiende como un proceso de regularización que consiste en “hacer vivir” y “dejar morir”, a diferencia del antiguo poder soberano que hacía morir y dejaba vivir (2002: 223). Tal fenómeno permite al Estado administrar la vida de los grupos racializados y supuestamente “inferiores” en beneficio de una parte de la población. Esta lógica se consolidó mediante el liberalismo y neoliberalismo —específicamente el ordoliberalismo alemán y el anarcoliberalismo norteamericano (2006: 443)—, entendiendo el liberalismo como “la forma de racionalidad propia de los dispositivos de regulación biopolítica” (440) o un “arte de gobernar” (436).

En este sentido, esta “gubernamentalidad” no existe sin el racismo; un factor clave para la regulación de la muerte, puesto que la “raza” permite “fragmentar, hacer cesuras en el continuo de lo biológico, de la especie” (De Oto y Quintana: 56). Como señalan De Oto y Quintana, el biopoder no puede entenderse sin una mirada hacia las prácticas extra-territoriales del Estado moderno europeo desde el siglo XVI, el cual ya elegía, según criterios racistas biológicos, quién podía o no vivir (57). Del mismo modo, al postular que “el lugar por excelencia de la biopolítica moderna es el espacio colonial” (52), es necesario examinar la plantación bananera desde dicha perspectiva de gestión ontológica para profundizar en el análisis socioético de las obras bananeras.

³⁶ Michel Foucault aborda el concepto de “biopolítica” y “biopoder” en sus obras tituladas: “Defender la sociedad: curso en el Collège de France 1975-1976” (2002); “Historia de la sexualidad. I-La voluntad de saber” (2002); “Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France 1977-1978 (2006) y “Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France 1978-1979” (2007).

En la misma línea, Fanon denuncia la alienación colonial, el racismo moderno y biológico inherente a tal sistema y, consecuentemente, la destrucción psicológica y corporal del sujeto colonizado. Esto se plasma en su estudio (1961), donde sostiene que “se hacen todos los esfuerzos para llevar al colonizado a confesar la inferioridad de su cultura —transformada en conductas instintivas—, a reconocer la irrealdad de su nación y, en el extremo, el carácter desorganizado y no acabado de su propia estructura biológica” (225).

Agamben (1998) vincula dicho postulado con su concepto del “*homo sacer*”: un individuo cuya vida es “desnuda” en el sentido que, al estar subordinado al poder soberano, carece de todo derecho político y autonomía sobre su propia existencia. Según el intelectual, lo que refuerza este sistema de dominación es la impunidad total ante las prácticas deshumanizadoras; lo cual permite al poder soberano ejercer lo que Foucault define como el derecho de “dejar morir” o “hacer vivir”.

Este “dejar morir”, retomado por Achille Mbembe (2019), se comprende mediante su concepto de “necropolítica”. Es una forma extrema de abolición que potencia la capacidad de “hacer morir” (*making die*), facilitada por la creación de “mundos de la muerte” —como las plantaciones— destinados a tal fin. La necropolítica se entiende como un patrón de poder destructivo que establece una relación de alienación entre el ser colonizado y el ser colonizador, tal como afirma Fanon: “el colonialismo no se ha limitado a despersonalizar al colonizado. Esta despersonalización se siente igualmente en el plano colectivo, al nivel de las estructuras sociales. El pueblo colonizado se ve entonces reducido a un conjunto de individuos que solo encuentran su fundamento en la presencia del colonizador” (1961: 283). Los planteamientos de Agamben y Mbembe, junto con las teorías de Fanon, exponen la violencia ontológica y el racismo estructural que han permeado los espacios de colonización de las sociedades latinoamericanas desde el auge del mundo moderno/colonial. Estos ejes constituyen el hilo conductor de la crítica social presente en los relatos de Carlos Luis Fallas y Carmen Lyra.

De manera complementaria, el estudio socioético de Rubén Dri (2020) permite comprender cómo el mundo occidental moderno impuso un *ethos* dominante en las sociedades nacionales latinoamericanas. Según el filósofo, la época moderna/colonial estableció una frontera entre el *ethos* burgués y opresivo, y uno obediente y sumiso. En su definición del *ethos* dominante, Dri hace hincapié en el dualismo cartesiano (naturaleza/ser humano) y la consecuente destrucción de la vida natural, lo cual se plasma en su capítulo sobre el *ethos* burgués: “[...] la naturaleza, convertida en “capital”, se transforma en enemiga del hombre”

(262). En tal caso, “el trabajo [...] se convierte en el principal instrumento de su propia esclavitud” (235). En oposición a esta dicotomía, Dri promueve la búsqueda de una visión más auténtica de la realidad y la superación de las estructuras opresivas a través de su “dialéctica del sujeto-objeto”, recuperando elementos de las cosmovisiones nativas antes de su dominación por un *ethos* extractivo.

A continuación, pensadores como Enrique Dussel (2013) y Catherine Walsh (2012) también sugieren una respuesta emancipadora frente a estas diversas formas de dominación. Específicamente, la “filosofía de la liberación” planteada por Dussel es un proceso socioético que permite reformular el *ethos* deconstruido y trascender el dominante. Este proyecto se fundamenta en métodos decoloniales como el “Buen Vivir” (Dussel, 2018), la restauración identitaria, el reconocimiento del “otro”. En paralelo, Walsh destaca la “interculturalidad crítica”, la cual define como “un llamamiento de y desde la gente que ha sufrido un histórico sometimiento y subalternización, de sus aliados, y de los sectores que luchan, conjunto con ellos, por la refundación social y descolonización, por la construcción de mundos otros” (65).

En conjunto, estos enfoques permiten analizar la plantación como un espacio de control biopolítico que dirige tanto la vida humana como la naturaleza. El propósito común de tales autores es establecer otras formas de poder, saber, ser y vivir externas a la esfera capitalista, instrumental e irracional. Dicha óptica es fundamental para identificar las estrategias decoloniales que, en ambas narrativas, buscan descentralizar el *ethos* dominante.

2.4.3. La Contraplantación como sistema de resistencia

Por su parte, González García (2021) trasciende la idea de la plantación como un simple espacio de dominio laboral y la concibe como un sistema histórico transnacional que evidencia la ruptura entre lo humano y lo no humano; pero, sobre todo, la supremacía de ciertos seres sobre otros.

En su investigación, la autora retoma la noción de “Contraplantación” —acuñada por el sociólogo Jean Casimir (1992)— junto a las ideas de Moore, Haraway, Tsing, Fanon y Foucault, entre otros, para denunciar la “violencia interespecie impuesta y legada por la plantación” (242). Casimir define la “Contraplantación” como una “variety of techniques invented by the workers (enslaved, freedmen and indentured labourers) to oppose the owners and their metropolitan countries” (79, citado en Gonzalez García: 246).

Para la pensadora, no existe un pensamiento decolonial sin un espacio que lo concrete y que funcione como una forma de resistencia a la deshumanización del “sujeto-esclavo”. En su tesis, las figuras que se oponen a tal lógica alienadora —ya sean el cimarrón solitario o el colectivo del quilombo— necesitan construir un *ethos* propio, un espacio a contrapelo que no sea invisibilizado ni negado por la plantación (252). La Contraplantación es un eje teórico fundamental dentro de este corpus crítico, ya que sienta las bases para analizar el marco socioético y las estrategias de denuncia en *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai*.

Estas categorías —Capitaloceno, Plantacionoceno, Negroceno y Contraplantación— permiten vincular las problemáticas estéticas y éticas de las obras bananeras de Lyra y Fallas, por lo que son esenciales para comprender los desafíos del sistema neocolonial denunciado en sus textos. Por tanto, se retomarán a lo largo de los capítulos III, IV y V con el fin de analizar las formas concretas de explotación y, en contraste, de resistencia, a través del discurso narrativo, el sujeto subalterno y la configuración del espacio de la plantación. Con respecto al Capitaloceno y el Plantacionoceno, se examinará cómo *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai* representan la reducción del ser vivo —humano y no humano— a un mero recurso explotable. El segundo de estos conceptos permitirá enfatizar cómo el régimen de la plantación alimenta dicha lógica capitalista. Mientras que la noción del Negroceno se recuperará con el fin de visibilizar la deshumanización y explotación del sujeto afrodescendiente en el enclave, por su parte, la Contraplantación ayudará a identificar los mecanismos de oposición que confrontan la lógica neocolonial del espacio bananero.

Capítulo III. Dos narraciones en tensión: *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai*

Como se ha observado, a principios del siglo XX, la novela bananera fue desarrollada fundamentalmente por intelectuales criollos y militantes comunistas como una herramienta de denuncia frente a la amenaza de corporaciones fruteras como la UFCo. Tal es el caso de *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai*, las cuales relatan la vida de los oprimidos en la plantación, cuya voz encuentra eco en las líneas de esta narrativa.

A modo de introducción, se analizará la vida personal y la carrera literaria de Carlos Luis Fallas y Carmen Lyra, sección fundamental para comprender las motivaciones que los impulsaron a redactar esta literatura de compromiso. En el caso de Fallas, resulta necesario examinar su biografía para vincularla con la dimensión testimonial de su novela. Seguidamente, el análisis comparativo de ambos relatos permitirá establecer paralelismos y contrastes en la representación del enclave bananero como espacio neocolonial, así como en la concepción del entorno natural y de los sujetos dominados.

3.1. Introducción a los autores

3.1.1 Carmen Lyra: activismo multifacético y trayectoria literaria

Una de las figuras más emblemáticas de la cultura costarricense, Carmen Lyra (1887-1949), cuyo verdadero nombre es María Isabel Carvajal Quesada, ha dejado huellas en muchos ámbitos de la sociedad costarricense; tanto a nivel político y social como literario.

Apasionada por las letras desde temprana edad, su trayectoria académica —desde su graduación en el Colegio Superior de Señoritas en 1904 hasta su admisión en La Sorbona en 1920—, junto con los acontecimientos sociopolíticos de la época, constituyó la piedra angular de su compromiso con la educación y de su activismo social y político. Esto se refleja en sus incansables esfuerzos para innovar en el sistema educativo costarricense a través de métodos pedagógicos como el Montessori, lo que llevó a la fundación de la primera Escuela Maternal Montessori (Asociación Nacional de Empleados Públicos y Privados [ANEP], s.f.). Años más tarde, la especialista en educación estableció otras instituciones dedicadas a las mujeres y los niños, tales como la Cátedra de Literatura Infantil, el Sindicato Único de Mujeres

Trabajadoras, la Organización de Maestras Costarricenses y el Patronato Nacional de la Infancia (ANEP, s.f.).

En paralelo, Lyra se convirtió en una luchadora por los derechos humanos a medida que crecía su interés por la justicia social. Esto se evidencia en su participación en la fundación del PCCR en 1931, tras la dictadura de los hermanos Tinoco³⁷ (1917-1919), a la cual la autora se opuso. Asimismo, al luchar por los derechos de las mujeres, los niños y los trabajadores, su pluma se convirtió en una herramienta para denunciar las injusticias que afectaban a los grupos marginados.

Un ejemplo significativo de eso es *Bananos y hombres*, considerada

la primera incursión de las letras costarricenses en la problemática social, política y humana de los enclaves bananeros en especial, pues expone y al mismo tiempo denuncia la explotación, las condiciones de vida infrahumanas de los trabajadores de las bananeras en la zona Atlántica, región que hasta entonces no participaba de la geografía o del imaginario literario nacional (Bogantes-Zamora, 1990).

En 1933 se publicó otro texto dentro de la misma temática de explotación en el sector agrícola: *El grano de oro y el peón*, centrado en el sector cafetero. Este mismo año fortaleció la relación de amistad entre Lyra y Fallas, cuando la autora expresó su admiración por el joven escritor en una entrevista realizada por el periódico costarricense *La Tribuna*. Este acontecimiento también impulsó la carrera literaria del futuro autor de *Mamita Yunai* —título propuesto por la propia Lyra.

Asimismo, no es de extrañar que, años más tarde, la autora desempeñara un papel en la Guerra Civil de 1948 —año del desmantelamiento del PCCR—, antes de exiliarse a México en malas condiciones de salud. En un periodo en que muchos ciudadanos costarricenses tuvieron que luchar por una sociedad que reconociera sus derechos, Lyra se vio afectada por la prohibición de regresar a su tierra natal. Debido a esta situación, la activista pasó sus últimos años en el territorio mexicano.

La carrera literaria de Carmen Lyra comenzó durante las primeras décadas del siglo XX, cuando empezó a trabajar para revistas y periódicos clave como *Páginas Ilustradas*,

³⁷ Apoyado por la *United Fruit Company* y la *Sinclair Oil*, el presidente costarricense José Federico Alberto de Jesús Tinoco Granados dio un golpe de Estado en 1917, derrotando así al presidente Alfredo González Flores. Conocido por su régimen represivo y corrupto, el hombre de estado censuró la prensa y contribuyó a la efervescencia de la UFCo (Wikipedia, 2022).

Pandemonium o Ariel y Athenea (ANEP, s.f.). También se le reconoce por la creación de *San Selerín*, la “primera revista para niños en Costa Rica” (People of Costa Rica, s.f.). En 1917³⁸, Lyra publicó su primera novela, *En una silla de ruedas*, un caso ejemplar de su preocupación por las disparidades sociales, manifestada a través de las experiencias de su protagonista: un niño que sufre parálisis. Posteriormente, comenzó a difundirse su obra más famosa, *Los Cuentos de Mi Tía Panchita* (1920). El éxito de esta obra radica en los recursos utilizados por Lyra para cautivar a un público amplio, especialmente infantil: un lenguaje rico pero accesible, un marco espaciotemporal arraigado en la cultura costarricense —sin apartarse de lo universal— y una moral basada en valores humanos esenciales.

El talento de Lyra, sumado a su “contribución a la preservación de las historias folclóricas mediante la literatura”, convirtió su colección de cuentos en una “obra fundamental en la literatura infantil de América Latina” (People of Costa Rica, s.f.). Su evolución literaria se dirigió progresivamente hacia el realismo y la denuncia social, lo que reveló un compromiso profundo con la justicia, la igualdad y los derechos humanos y laborales, dimensión que se encuentra en *Bananos y hombres*.

En definitiva, Carmen Lyra es reconocida por su incansable lucha en favor de un mundo más justo. Su activismo constituye una fuente de inspiración para las generaciones futuras y ha dejado una huella que trasciende las fronteras nacionales. Por estas razones, se le otorgó el título de Benemérita de la Cultura Nacional en 1976 y, cuarenta años más tarde, el de Benemérita de la Patria (Bogantes, 2023). Además de aparecer en la moneda costarricense (Ávalos Rodríguez, 2022), su nombre figura en diversas instituciones culturales y educativas. Así, esta figura clave permanece vigente en la memoria de la región y de América Latina.

3.1.2. Carlos Luis Fallas: escritura, política y denuncia social

Carlos Luis Fallas Sibaja (1909-1966), también conocido bajo el seudónimo de Calufa, es considerado el autor más conocido y traducido de Costa Rica, así como el “primer intelectual latinoamericano en denunciar el *trust United Fruit Company*, empresa que dominó

³⁸ Como se mencionó anteriormente, este año corresponde con la severa dictadura de los Tinoco, lo cual Lyra indica en el prólogo de su primera obra: “Entonces yo no había cumplido mis veinte años y la novela se publicó por ahí de 1917 en una corta edición. El único ejemplar que me queda está sucio y hasta comido por las ratas. Una mano amiga lo rescató de un basurero en la Casa Presidencial que acababan de abandonar los Tinoco cuando dejaron el poder y huyeron al extranjero” (Lyra, 1917: 7).

Centroamérica, el Caribe, México y Colombia e impuso la censura de la obra y la persecución del escritor” (Herrera, 1980). Efectivamente, Molina Jiménez apoya esta idea al sostener que “la *United Fruit Company* compró toda la edición de *Mamita Yunai* para evitar que el libro fuera conocido en Costa Rica” (2011: 92). Objeto de polémica en el ámbito literario costarricense de la época, dicho relato se consolidó como una obra de resistencia regionalista y antiimperialista situada en la frontera entre la ficción y la autobiografía: frontera que solo puede esclarecerse a través de sus elementos biográficos.

A diferencia de Carmen Lyra, el desarrollo académico del joven Fallas no favoreció a su futura carrera literaria. Su verdadero aprendizaje no se afianzó en la escuela, sino a través de sus experiencias diarias como trabajador. Criado en un entorno modesto — entre las paredes de una zapatería dirigida por su padrastro—, abandonó sus estudios y se fue a trabajar en el sector ferroviario. Tenía 16 años cuando comenzó a ejercer diversas labores como cargador, conductor, albañil, peón o artíficiero, entre otras. Estas experiencias fueron reveladoras de las profundas injusticias sociales que él mismo padeció.

El valiente Fallas era zapatero cuando se afilió al Partido Comunista (PCCR) poco después de su fundación. Su posición dentro del partido se consolidó durante la huelga bananera de 1934, la cual dirigió con éxito al movilizar al noventa por ciento de los obreros contra la corporación estadounidense, razón por la cual fue encarcelado temporalmente en San José (Guenne, s.f.). Este acontecimiento, sumado a las condiciones de vida de las cuales fue testigo en el enclave bananero, lo impulsó a redactar sus primeros artículos en 1940 para *Trabajo*, el órgano de prensa del PCCR.

Posteriormente, en la guerra civil de 1948, Fallas lideró milicias obreras a favor del gobierno. No obstante, tras la victoria de los revolucionarios, volvió a perder su libertad (Solera, 1970). Su fervor por luchar contra las injusticias laborales y sociales se refleja en la transcripción de su famoso discurso de 1955, mediante el cual justifica su lucha contra el “horrible infierno” de las zonas monopolizadas por la *United Fruit Company*.

Su producción literaria comenzó a desarrollarse gracias al estímulo del partido recién fundado, que permitía a jóvenes comunistas, intelectuales y obreros expresarse libremente. Esto dio lugar a la publicación de su primera novela de gran prestigio: *Mamita Yunai*, su obra más famosa y la primera de una serie de novelas como *Gentes y gentecillas* (1947), *Marcos Ramírez* (1952), *Mi madrina* (1954) y *Tres Cuentos* (1967). Su fama internacional fue impulsada por el

poeta chileno Pablo Neruda, quien, seducido por la novela, la mencionó en uno de sus poemas³⁹. La popularidad de Fallas se evidencia en el trabajo de Molina Jiménez: “esta obra pronto fue publicada en otros países de América Latina y vertida a 12 idiomas, incluidos el ruso, el alemán, el francés, el italiano y el chino (se convirtió así en uno de los primeros novelistas centroamericanos en ser traducido a esta última lengua) [...]” (79).

Pese a su éxito, la novela fue objeto de diversas críticas, especialmente por el uso del habla popular costarricense, recurso que fue cuestionado por la estética literaria en un periodo de reconstrucción de la identidad nacional y de desafíos sociopolíticos. El título mismo, *Mamita Yunai* —una combinación de “mommy” y “*United Fruit Company*” en el inglés criollo de la zona caribeña (Sharman, 2005)—, ejemplifica la importancia lingüística que Fallas otorgó a su relato. A través de Sibajita —su *alter ego*—, el autor integra una perspectiva multiétnica al mencionar a las realidades de las comunidades afrodescendientes e indígenas, entre otras.

Sin embargo, su tono supuestamente condescendiente e incluso racista ha sido objeto de diversas críticas (Sharman, 2005). Aun así, es evidente que Fallas buscó hacer justicia a la clase trabajadora al criticar y oponerse firmemente a las prácticas segregacionistas y humillantes de la compañía.

En definitiva, el éxito de Fallas radica en un regionalismo y costumbrismo profundamente arraigados. Como afirma Herrera Guillen, “si el escritor está animado por el deseo de una sociedad mejor, lo que domina en él es su realismo social, en virtud del cual todos los elementos (tradición, religión, metafísica, historia) se orientan en función de la comprensión profunda del pueblo costarricense” (trad. propia, 249). Este elogio coincide con el de Solera (1970), quien sostiene que “lo más sólido de sus ambientes es que tienen el sabor de lo genuino; el lector siente que las cosas del país y de su gente están descritas tal y como son, sin adulteración ni artificio (409)”. Por estas razones, entre muchas otras, este brillante espíritu de lucha se convirtió en una figura emblemática para el continente y para su tierra natal. Las batallas que libró antes de convertirse en un hombre de letras de gran renombre se reflejan en el otorgamiento de galardones prestigiosos como el Premio Nacional de Cultura Magón (1965) y el Premio Nacional de Literatura (1966). Como broche de oro, Fallas fue nombrado póstumamente como “Benemérito de las Letras Patrias” en 1977 (Molina Jiménez, 2011: 183).

³⁹ El poema, cuyo título es “Calero, trabajador del banano (Costa Rica, 1940)”, alude a uno de los personajes de Fallas en *Mamita Yunai*. Se puede encontrar en *Canto General* (1950), el décimo libro de poemas de Pablo Neruda.

Así, *Bananos y Hombres* y *Mamita Yunai* son obras notables escritas por autores comprometidos. Ya sea mediante la pluma de una autora activista y feminista o la de un autor que experimentó las condiciones de vida de los peones, ambos textos constituyen una crítica mordaz a las múltiples formas de la violencia neocolonial y visibilizan los modos de corrupción que la “Yunai” intentó ocultar. Para adentrarse en estos universos sojuzgados, conviene presentar brevemente el marco narrativo de ambas obras a fin de contextualizar el análisis.

3.2 Presentación de las obras

Bananos y hombres es uno de los dieciocho relatos publicados entre 1911 y 1936 que integran la *Narrativa de Carmen Lyra*. En dicho cuento, Carmen Lyra pone en escena a Estefanía, una joven que sufre una sucesión de tragedias. Esta figura femenina encarna las luchas y los sacrificios del proletariado campesino de Limón frente a la élite urbana. En este mundo enfermo, patriarcal y profundamente precario, destacan las realidades de las mujeres y la infancia, como sujetos sometidos a la prostitución, al trabajo doméstico y a la violencia sistemática de un entorno masculinizado.

Por su parte, en su novela autobiográfica *Mamita Yunai*, Carlos Luis Fallas se proyecta a través del personaje de Sibaja (o Sibajita). Mediante este narrador protagonista, el lector acompaña al joven trabajador en su viaje de Limón a Talamanca. Allí intenta sobrevivir, conviviendo con otros peones con quienes comparte sus desventuras. El último capítulo se dedica a la Gran Huelga Bananera que dirigió para luchar contra las condiciones inhumanas en las plantaciones de la *United Fruit Company*, así como contra las diversas formas de explotación laboral, la jerarquización étnico-racial y la dominación neocolonial.

Estos relatos no solo convergen en su denuncia del poder hegemónico de la UFCo y de la élite oligárquica, sino también en la configuración del espacio bananero como un lugar de máxima opresión. Es a través de la voz narrativa que este espacio cobra mayor importancia, al articular las problemáticas del enclave y servir de base para la denuncia de ambos autores.

3.3. El yo narrativo: dos funciones divergentes

Para comprender el “yo” narrativo en *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai*, la teoría literaria del crítico Mijaíl Bajtín constituye una herramienta de análisis indispensable. El dialogismo bajtiniano propone alejarse de la conciencia individual del narrador para contemplar

la dimensión intertextual del texto, dado que la voz individual “solo puede hacerse oír integrándose en el coro complejo de las otras voces ya presentes [...]” (Todorov 9; trad. propia). En este sentido, el teórico postula que la voz narrativa no puede ser neutra, ya que está impregnada de múltiples discursos e ideologías sostenidos por distintos tipos sociales. Este concepto contradice la existencia del “yo” monológico, definido por su falso reconocimiento como independiente y autoritario⁴⁰ (Shepherd, 2011). Bajo esta premisa, el “yo” narrativo se entiende como un elemento intratextual que articula un discurso polifónico.

En la literatura bananera latinoamericana, especialmente la de denuncia social, el discurso del progreso o del proyecto civilizatorio —promovido por las corporaciones extranjeras y el sistema neocolonial— funciona como una voz hegemónica que impone sus ideales como una verdad absoluta y que los autores buscan confrontar. El “yo” narrativo de Lyra y Fallas se constituye mediante un discurso heterogéneo que pone de relieve una pluralidad dialógica y una heteroglosia. Esta diversidad de registros evidencia las brechas sociales inherentes al modelo del enclave y estructura un contraste nítido entre el discurso oficial del poder y las voces de los sujetos subalternos.

3.3.1 *Bananos y hombres: ironía, polifonía y heterogeneidad narrativa*

El “yo” narrativo que atraviesa la historia abarca el discurso de los diferentes agentes que componen la trama. Estos personajes pertenecen a esferas sociales incompatibles; por lo tanto, las voces de trabajadores, niños y mujeres —víctimas directas de la *United Fruit Company*— chocan con el discurso propagandista de esta última. El poder religioso tampoco escapa a la mirada crítica de Lyra, quien emplea la ironía para confrontar el discurso oficial de la injusticia.

En su ensayo *El discurso en la novela* (1934-35), Bajtín acuñó el término “heteroglosia”, una traducción derivada de su neologismo *raznorečie* (Tjupa, 2012). El filósofo utiliza este término para referirse al uso simultáneo de “different kinds of speech or other signs, the tension between them, and their conflicting relationship within one text” (Ivanov, 1999: 100). Esta

⁴⁰ Para profundizar en este argumento, Shepherd (2011) evidencia la premisa bajtiniana sobre la esencia del discurso: “The living utterance, having taken meaning and shape at a particular historical moment in a socially specific environment, cannot fail to brush up against thousands of living dialogic threads, woven by socio-ideological consciousness around the given object of the utterance; it cannot fail to become an active participant in social dialogue” (s.p). Si el enunciado nace de un medio social e histórico específico, el narrador no puede escapar a la diversidad ideológica que lo atraviesa. En las obras de Lyra y Fallas, este ocupa una posición central al visibilizar los “hilos dialógicos vivos” de los personajes marginados y oponerse al monólogo hegemónico.

pluralidad de voces es un principio fundamental en *Bananos y hombres*: el discurso conflictivo entre la voz del poder (la compañía, la autoridad religiosa y las élites) y la voz del oprimido (la mujer, el niño y el trabajador) subraya la hipocresía del mundo capitalista, religioso y político.

El capítulo “Niños” empieza con una frase en cursiva para ejemplificar claramente esta contradicción dialógica: “*Dicen unas grandes autoridades médicas a quienes la United Fruit Co. ha consultado, con el fin de hacer propaganda a su artículo, que el banano es un gran alimento para los niños*” (133); “*For growing children bananas and milk are a nourishing luncheon*” (136). Lyra recurre a este estilo tipográfico y al uso del inglés para representar la voz publicitaria de la corporación estadounidense. Este hibridismo lingüístico es característico del enclave y constitutivo del regionalismo, como se ilustra en estos fragmentos: “mil racimos *slight heavy full*” (127) o “como se saben de memoria los *switches*, eso no importa” (129). El uso de estos anglicismos técnicos subraya la dominación de la corporación; los *switches* remiten a los cambios de vía férrea, mientras que *slight heavy full* define las exigencias de la “Frutera” sobre el grosor del banano (delgado, pesado, lleno) según su destino. Por lo tanto, el relato se convierte en un espacio donde la lengua y la ideología se confrontan: el lenguaje de los sujetos subalternos es corporal y funciona en torno a la supervivencia; el de los altos mandos, en cambio, aparece hipócrita, vacuo e impersonal.

Frente a este discurso extranjero y dominante, el lector constata la triste realidad de la niñez del enclave “Los niños pálidos [...] son verdosos, muy morenos, con las pancillas repletas de lombrices, amebas, anquilostomas [...]” (133). Se manifiesta claramente, a través de la heteroglosia, la fractura entre los ideales de rendimiento de la compañía y los cuerpos infantiles escuálidos y enfermos, que padecen indirectamente del sistema de dicha corporación. Para destacar dicha brecha, Lyra hace hablar la compañía a través de un lenguaje médico y propagandístico (“calorías”, “vitaminas”, “nourishing luncheon”), contrastándolo con la voz moralizante del narrador: “¡Qué grupo más triste, Señor!” (134); “¡El hogar en estas regiones que producen banano y estos niños!” (135); “¿Acaso los hombres enfermos cuentan en las fincas de banano?” (139).

Como se observa, Lyra recurre a oraciones exclamativas, interrogativas y puntos suspensivos para subrayar la dimensión ética de la narración. En su *Poética de la ironía* (2001), Schoentjes sostiene que la ironía debe recurrir a los signos de puntuación existentes: el punto de exclamación “vuelve el propósito inaceptable al exagerarlo”, mientras que los puntos suspensivos “introducen la duda en la mente del lector a través del vacío que generan” (164; trad. propia). Así, la neutralidad del narrador-observador se ve imposibilitada por su

representación de las múltiples experiencias de los sujetos marginados, lo cual se refleja en estos marcadores tipográficos.

Este narrador omnisciente y heterodiegético comparte sus observaciones y juicios al mismo tiempo que permite al lector acceder a las emociones y pensamientos de los personajes. Es un relator que describe detalladamente la atmósfera, el entorno y los sujetos mediante una focalización cero y un tono crítico. Este se manifiesta a través de comentarios frecuentemente satíricos:

Lidia, siete años, debilucha, los párpados hinchados, precoz y perfectamente instruida en todo lo que se relaciona con el pecado [...]. Eso sí, ni ella ni la madre, ni ninguna de esas gentes cree que sea pecado. (Yo me pregunto lo que piensan los católicos que hace su Dios con las almas de estas criaturas) (p.134).

Este extracto es, además, un valioso ejemplo de la “doble enunciación” presente en *Bananos y hombres*. Dicho recurso narratológico ocurre cuando “un locutor pone en escena en su discurso dos posiciones enunciativas diferentes: [una] se referirá al "contenido" y la otra caracterizará la actitud modal” (Vion: 220, citado en Bikialo: 140). La última frase entre paréntesis se aparta de la formulación inicial —centrada puramente en el contenido— para exponer lo que el hablante opina y siente respecto a dicho contenido. Este fenómeno estilístico aparece de forma recurrente en dicho texto como un instrumento de denuncia. Además, el tono irónico refuerza la crítica de la autora y constituye uno de los pilares de esta escritura de protesta.

En este cuento, la ironía de Carmen Lyra es particularmente feroz y cumple, justamente, la función de “doble voz”. Cuando el yo narrativo escribe que “en las fincas de banano se le guardan más consideraciones a una mata de banano que a un peón” (127), su intención no consiste solamente en denunciar la injusticia, sino en describir la lógica económica de la empresa para enfatizar sus vicios y su crueldad. Lyra logra criticar estos mecanismos mediante enunciaciones que, a primera vista, parecen objetivas; sin embargo, el corpus textual está orientado hacia la acusación y la desacreditación de las estrategias empresariales. Lo mismo ocurre cuando se refiere a los “yanquis al servicio de la United Fruit Co., versados en dietética” para poner en evidencia su supuesta “pericia” dietética y su deliberada ignorancia ante el lado oscuro de la producción bananera: este fruto es, debido a su sistema deshumanizador, el arma destructora de sus obreros y del proletariado explotado. Este carácter satírico trasciende la simple mofa e invita al lector a reírse de la ridiculez de esta élite social: “Da risa pensar en el

Ministro de Salubridad Pública que anda en un congreso de cuestiones de higiene que se celebra en los Estados Unidos” (128).

En lo que respecta al término “yanqui”, este conlleva una connotación despectiva, similar a otras denominaciones utilizadas sarcásticamente para referirse a la élite o la influencia estadounidense: “los que conocen el valor de los alimentos” (136); “en los Estados Unidos [...] donde casi todo el mundo es pragmatista” (Ibid.); “un costarricense yanquizado de esos que creen que hablar inglés es una gran cosa” (129) o “los altos empleados de la ‘United Banana Co.’” (130). Asimismo, Lyra cambia el orden jerárquico establecido cuando califica al “yanqui” como un “tonto redondo” si no consume el producto de su propia publicidad y explotación (136). Del mismo modo, el “jefe del Resguardo” es descrito como “un joven de San José con cara de comemaíz, criatura inútil que lo único que ha aprendido es a bailar muy bien y a beber” (137). Ambos tipos sociales —que suelen ser presentados o presentarse a sí mismos como figuras de progreso, civilizadas e inteligentes— se convierten en actantes grotescos y risibles.

La “voz doble” (o “discurso bivocal”) propuesta por Bajtín es un recurso discursivo que “pone en juego y relaciona a dos elementos: conectores lógicos y la presencia de un discurso ajeno” (Bikialo: 138; trad. propia). En este sentido, el “yo” narrativo trata de justificar un enunciado que, en realidad, busca denunciar. Por ejemplo, en la oración “Pongo primero BANANOS que HOMBRES porque en las fincas de banano, la fruta ocupa el primer lugar, o más bien el único lugar” (123), el conector “porque” se utiliza para expresar una razón supuestamente lógica y natural y, consecuentemente, presentar la deshumanización como una consecuencia inevitable de la producción bananera, evidenciando así la amoralidad del sistema del enclave.

Este procedimiento narratológico opera mediante el tono cínico del yo narrativo. En dicho relato bananero, la intención de Lyra —expresada a través del narrador— confronta la intención de la voz del poder. Por ejemplo, al enunciar que “al padre y a la madre se les han salido las lágrimas de emoción al contemplar el fruto de su amor encantado con aquellos juguetes comprados con el dinero que la 'United Banana Co.' diera como premio a su venalidad” (131), la voz narrativa se desdobra. Por un lado, las “lágrimas de emoción” y el “fruto de su amor encantado” pertenecen al léxico de la “familia ejemplar”. Por otro lado, la oración concluye con la palabra “venalidad”, incompatible con el discurso de la familia virtuosa. Este término tiende a subvertir la supuesta dignidad y generosidad del padre, cuya riqueza deriva de la corrupción y explotación económica de la “Frutera”, en la que desempeña un alto puesto.

Tal como señala Schoentjes (2001), en la ironía narrativa destacan figuras retóricas recurrentes: la litote, el oxímoron y la hipérbole (175), tres recursos estilísticos que no escapan a la literatura de Lyra. Por una parte, la litote “permite al ironista dar a entender más, diciendo menos” (Ibid.; trad. propia), lo cual se puede observar en *Bananos y hombres* mediante el sustantivo “multitas” (141), utilizado para referirse a las extorsiones que el agente de policía cobraba a los peones. Lyra minimiza este acto corrupto para, en realidad, denunciar este abuso de poder.

Por otra parte, el uso del oxímoron —que “consiste en aproximar dos términos contradictorios y mutuamente excluyentes” (Schoentjes: 176; trad. propia)— se manifiesta mediante la formulación “frutas fantásticas de vidrio” (130) para describir la decoración navideña de la élite. El narrador contrasta la fruta real con la fruta artificial de esta gente para evidenciar su carácter falso y superficial.

En fin, la hipérbole “permite obtener un distanciamiento irónico a partir del principio inverso: decir más para significar menos [...] (y) se sitúa en el campo del exceso” (Schoentjes: 176; trad. propia). Esta cumple una función central al extremar el tono de la crítica, particularmente hacia la alta burguesía. A modo de ejemplo, Mr. Sweentums ofrece un *Rolls Royce* con “orquídeas y no sé cuántas novedades más” a su amante, además de una piel de zorro de “treinta y dos colas” (132), mientras que su cena consiste en comer almendras saladas y “mil golosinas más” (Ibid.). Esta exageración se apoya en calificativos que convierten el lujo en un rasgo grotesco y ridículamente excesivo. El narrador destaca el contraste profundo con la miseria del proletariado mediante la repetición⁴¹ de fórmulas como “noche deliciosa”, “Nochebuena deliciosa” y “cocktails exquisitos”. Finalmente, Lyra utiliza una onomástica satírica al nombrar a sus personajes con apellidos en inglés que, como en el caso de Dolly Darling, resultan particularmente ridículos. De la misma manera, desacredita el origen financiero de Polly Flapper al describirla como “la hija del rey del papel higiénico” (Ibid.).

En el siguiente pasaje, el tono sarcástico de la voz narrativa no solo busca ridiculizar al enemigo, sino también desmitificar la idealización del paisaje tropical de los carteles propagandísticos:

¡Cuán sugestiva la propaganda que esa compañía hace a su artículo! ¡Unos carteles artísticos y unos anuncios irresistibles en las revistas! Si hasta logran interesar a la Pedagogía... En revistas para maestros pintan a los trópicos, las tierras en donde se cultiva el banano, como el paraíso

⁴¹ En su ensayo, Schoentjes (2001) considera el uso de las repeticiones como otra señal de ironía (169).

terrenal, y dedican páginas enteras a los bananos de la United Fruit Co. grabados de niños sonrientes y sanos [...] (p.136).

Dicho “paraíso terrenal” para el turismo tiene todo el aspecto de un infierno bananero para los sujetos instrumentalizados por la economía del enclave. Mientras que los niños de la publicidad estadounidense son presentados como sanos y sonrientes, la voz crítica revela la realidad de esa representación: los niños del enclave, “anémicos, raquíticos, hinchados [...] que no han probado más leche que la materna” (137).

La presencia de múltiples voces subraya la polifonía señalada por Bajtín, la cual se manifiesta en la heterogeneidad del discurso narrativo y la diversidad de tipos sociales representados. En *Bananos y hombres* conviven diversos grupos étnicos (nicaragüenses, negros afrocaribeños, chinos, costarricenses y estadounidenses) cuya ubicación en la escala social varía: desde familias en extrema pobreza y con un precario estado de salud —mujeres prostitutas, niños sin educación y con malnutrición, u obreros alcohólicos y explotados— hasta, en los escalones más altos, la “gente bien de Limón” (130) —los funcionarios estatales, administradores, altos empresarios estadounidenses y las oligarquías. En “Río arriba”, por ejemplo, se reúnen diversos grupos sociales a través del transporte en lancha: “unas mujeres jóvenes con paludismo y sífilis” (139); “un preso custodiado por dos guardas” (Ibid.); “el jefe del Resguardo” (137); “una familia que emigra a otra finca” (Ibid.); “el piloto [...] y el maquinista” (138). Del mismo modo, el tren es un espacio de confluencia entre múltiples pasajeros, desde Estefanía y su hija hasta la población afrocaribeña. El espacio narrativo permite así una pluralidad de voces, como el “raznorečie” descrito por Bajtín.

En su interpretación marxista del capítulo “Estefanía”, Torres (2023) caracteriza la voz narrativa como una “narradora íntima y crítica” (34) que da testimonio del sufrimiento y de la soledad de su protagonista. Esta voz contrasta con el discurso propagandístico de la compañía analizado anteriormente, lo que refuerza la teoría de Bajtín sobre el dialogismo y la polifonía en la novela.

Este discurso plural se evidencia también en el “yo narrativo” que no solo busca confrontar la publicidad hipócrita y el pseudoconocimiento médico-científico de la compañía, sino también el discurso religioso tradicional, señalando la contradicción entre los valores morales católicos y la realidad cruel y opresiva. En “Nochebuena”, el tono irónico de la narradora utiliza la figura de Jesús y el concepto de “salvación del pecado”, poniendo en duda el orden moral establecido, especialmente mediante el uso del verbo “dicen”: “¡Nochebuena!

Nadie se acuerda allí de que en esa noche se celebra el recuerdo de Jesús, quien, dicen, vino a salvar este mundo del pecado” (129). Ese “dicen” deslegitima tanto la autoridad de la élite como la de la religión católica. Mediante este enunciado irónico —exagerado por la exclamación irónica “¡Nochebuena!”—, Lyra logra evidenciar el choque entre el discurso y la praxis: la explotación, el olvido y la enfermedad.

A modo de cierre, el yo narrativo de *Bananos y hombres* es un ejemplo fundamental del dialogismo bajtiniano, cuyas características se reproducen en la obra para contrastar la voz del poder con la de las víctimas del enclave. A través de dicho discurso heterogéneo, la voz del poder contrasta nítidamente con la de los marginados. Asimismo, la polifonía y la heteroglosia son recursos clave para visibilizar una cruda realidad que el discurso dominante intenta ocultar, revelando así su hipocresía e insensibilidad. Finalmente, la autora recurre a una herramienta política poderosa: la ironía. Si bien el profesor Schoentjes asevera que “no hay nada intrínsecamente subversivo en el escepticismo irónico o, con el debido respeto a Bajtín, en cualquier forma de discurso dialógico” (290; trad. propia), la obra de Lyra constituye una excepción. La autora demuestra, al contrario, que este recurso estilístico “logra provocar reacciones emocionales en quienes la comprenden, en aquellos a quienes se les escapa, [...] en sus víctimas” (Ibid.), reforzando así su valor de denuncia social.

3.3.2 *Mamita Yunai*: narrativa testimonial y realismo fáctico

Si en *Bananos y hombres* el narrador carece de una identidad propia y aparece como una voz anónima imbuida de una voluntad crítica, en *Mamita Yunai*, ese “yo” narrativo se revela desde la primera oración de la novela: “El jueves 8 de febrero, a las seis de la mañana, estaba yo acomodándome en el tren local de La Estrella” (11). El narrador conoce la fecha, la hora, el destino y su equipaje; lleva consigo, entre otros objetos, sus credenciales de fiscal, su cédula de identidad y dieciocho colones. Aunque ambos autores buscan criticar el mismo sistema, recurren a estrategias distintas, sobre todo respecto a la focalización, la ficcionalidad y el carácter testimonial.

En primera instancia, Carlos Luis Fallas actúa como narrador protagonista (autodiegético), tal como se revela mediante el personaje central nombrado “Sibaja” (o “Sibajita”), el segundo apellido del propio autor. A través del “yo” narrativo, Fallas atribuye sus propias facetas —la del militante y la del trabajador— a la identidad de su personaje central. Sibaja, quien en la vida real fue miembro del PCCR y líder de la Gran Huelga Bananera de

1934, aparece en la novela bajo dos facetas: la primera parte narra su papel como fiscal electoral en Amubri, mientras que la segunda parte evoca, mediante un flashback, sus recuerdos de la huelga de 1934. En esta sección, el autor-narrador relata episodios de su pasado como joven peón; sin embargo, a pesar de su descripción detallada, no se sabe con exactitud el límite entre lo ficticio y lo fáctico.

En efecto, según Genette (1993: 78-88), citado en Schaeffer (2012), “en la narrativa fáctica el autor y narrador son la misma persona, mientras que en la narrativa ficticia el narrador (que es parte del mundo ficticio) difiere del autor (que es parte del mundo en el que vivimos)”. Al respecto, Carlos Luis Fallas es un autor que experimentó las condiciones de explotación del enclave bananero y las relata mediante la voz de su personaje central, con quien comparte tanto su historia personal como sus ideales políticos. Puesto que el lector tiene acceso a los pensamientos más íntimos del narrador protagonista, y dado que este los articula mediante una voz narrativa estrechamente vinculada a las auténticas experiencias del autor, la frontera entre ambos se vuelve tan difusa que la novela se lee más como un testimonio fáctico que como una obra de ficción. Además, la intención del autor es puramente política y testimonial; este no busca crear un mundo imaginario, sino denunciar y relatar hechos históricos reales.

En cambio, no hay lugar para la duda en el lector que se adentra en el relato de Carmen Lyra: aun cuando la autora despliega su ideología crítica a través de la instancia de su autor implícito⁴², construye a sus personajes de manera enteramente ficcional y se enmarca, sin ambigüedades, en la literatura de ficción. En comparación con *Mamita Yunai*, la denuncia social de Lyra resulta menos cruda, puesto que el lector es consciente del carácter ficticio de los acontecimientos narrados. En la novela de Fallas, en cambio, el autor implícito se confunde con el autor real para generar el efecto fáctico y testimonial.

Esto apunta hacia otra característica que opone ambas obras: la llamada “experiencialidad” de Fludernik (1996). Este concepto aparece en lo que Caracciolo (2013) llama la “narrativa de ‘naturalmente ocurrente’ (es decir, conversacional)”, mediante la cual un narrador “relata una experiencia pasada al transmitir su propia evaluación encarnada y emocional de acciones que se desarrollan temporalmente [...] donde coinciden el experimentador y el narrador” (s.f). Esto se ejemplifica en múltiples pasajes, cuando el autor

⁴² Esta noción literaria fue introducida por Booth (1961) y está descrita por Schmid (2013) como “el autor-imagen evocado por una obra y constituido por las propiedades estilísticas, ideológicas y estéticas para las que se pueden encontrar signos indexados en el texto”.

comparte y describe minuciosamente las duras y miserables condiciones laborales de los peones:

A veces tenía que efectuar la ‘corta’ enfermos y bajo furiosos temporales [...] tenían que terminar el acarreo del banano de noche, bajo la lluvia, alumbrándose con lámparas de canfín, bregando con mulas chúcaras, corriendo por líneas mal construidas, pasando sobre puentes improvisados y peligrosos (p.211).

Aquí, el lector sabe que el propio autor fue víctima de esta situación atroz. El relato transita entre el “yo” subjetivo y el “nosotros” al narrar la vida del grupo obrero en su conjunto. Esta polifonía refuerza la función de denuncia social al pluralizar la voz testimonial de las víctimas: “Y precisamente para evitar desordenadas explosiones de violencia que nada bueno podían reportar a los trabajadores, [...] fue que nosotros iniciamos los trabajos de organización en las bananeras” (212).

A pesar de estos puntos de divergencia, ambos autores coinciden en la heterogeneidad de su discurso y en un dialogismo que se manifiesta a través de la heteroglosia y la polifonía. En primer lugar, el discurso de Fallas también es heterogéneo: el autor pasa de la crítica política y el realismo crudo a la adopción del habla popular regional —un lenguaje que domina perfectamente por formar parte de esa clase marginada—.

Por un lado, el criollismo en esta obra adopta el habla campesina y obrera para representar tipos sociales como el trabajador explotado, denominado en función de su tarea: el liniero (como Herminio, Calero y Sibajita), el cortador, el conchero, el mulero o el carrero. Al igual que Lyra, Fallas también recurre a términos anglófonos para exponer la influencia del “gringo” (o “yanqui”) sobre el dialecto cotidiano de los peones. La adopción de estos anglicismos se evidencia en palabras adaptadas fonéticamente como *crique* (*creek*), *Chéster* (*Chesterfield*), *Espinfler* (*Springfield*), *güisqui* (*whiskey*), *sueta* (*sweater*) o *moto-car*.

Como se ha visto, la novela de Fallas destaca por ilustrar el Caribe costarricense —es decir, la realidad de los inmigrantes afrocaribeños que llegaron a la provincia de Limón—. No obstante, a diferencia de Lyra, Fallas no se limita a esta población: el autor dedica parte de su novela a los indígenas de Talamanca e incorpora su vocabulario⁴³. Además, recupera

⁴³ Carlos Luis Fallas emplea un léxico indígena variado para describir los alimentos, los materiales y la fauna que forman parte de la vida de los bribris de Talamanca. Entre estos términos destacan los siguientes: *cayuco* (embarcación); *maquengue* (palmera útil para la construcción); *pejibaye* (cultivo ancestral); *ñampi* y *ñame* (tubérculos); *guabo* (árbol); *bocaracá*, *terciopelo* y *lora* (serpientes venenosas); *pizote* y *congo* (animales del bosque); *machaca* y *bobo* (peces de río).

expresiones idiomáticas extranjeras, como estos modismos nicaragüenses: “¡Cooche!” y “¡Choocho!”, junto con otros términos léxicos⁴⁴.

Asimismo, *Mamita Yunai* destaca por su hibridismo lingüístico y su representación de la jerga del enclave, lo cual se refleja en el siguiente fragmento: “el autor del asesinato del macho mister Charles Rid, administrador de la finca *Joncrique*” (94). Originalmente, la *United Fruit Company* nombró a la zona como *Hone Creek* (un lugar real de la provincia de Limón), convertido en *Home-Creek* en la obra de Fallas. A partir de este nombre, la palabra *Joncrique* es un ejemplo relevante de adaptación fonológica por parte de los peones y campesinos de la zona. Lo mismo ocurre con el anglicismo *mister*, recurrente en la novela, como se observa en la designación de “mister Clinton”.

El lenguaje popular constituye un rasgo estético fundamental en *Mamita Yunai*, como se observa desde el propio título. El sociolecto y los etnolectos de los sujetos evidencian la diversidad pluriétnica del proletariado, la cual varía según el origen de los individuos; por ello, Fallas incorpora un extenso glosario al final de la novela con el fin de ayudar al lector ajeno a la zona. Así, el carácter realista de la novela no solo se manifiesta en los hechos narrados, sino también en un realismo lingüístico mediante el cual Fallas escribe las palabras tal como suenan en la boca de sus personajes. Por ejemplo, reproduce la fonética particular de un amigo nicaragüense de la siguiente manera: “Nojotroj llevábamoj Ejpinfler; algunoj, Cong-cong. ¡Jodiido!, hajían laj máquinaj [...]” (171). El habla de los sujetos afrocaribeños muestra una influencia inglesa que remonta al periodo colonial británico: “Gur nai, mai fren. Gur nai, mamá” (166); “Guimi fisti sen of sop” (163). Finalmente, el lenguaje de los indígenas de Talamanca refleja la barrera lingüística de estas comunidades frente al español: “Utede con los votos ganar mucho, inditos quedar aquí y no ganar nada. ¡Inditos no volver salir pa’la votación!” (70).

Del mismo modo, Fallas incorpora en su novela un léxico relacionado con la esfera laboral y utilizado únicamente por el sujeto trabajador. Así, la *corta*, la *chapia* y la *voltea* aparecen como tareas distintas: la *fajina* es el trabajo suplementario; *curtir* significa simular que se trabaja y *encandilar* es cazar de noche (235). El peón es el personaje que más materializa el habla regional, como se observa en la siguiente protesta: “¡Es que aquí vivimos

⁴⁴ En la obra, el léxico nicaragüense está compuesto por las siguientes palabras: *cipotes* (muchacho, niños); *culista* (invertido, afeminado); *fachento* (petulante) o *pjiada* (paliza).

comu'animales, Sibajita! Cad'uno aparte, en su rinconada, sampao en su rancho como entre una cueva" (80).

En cuanto al léxico nacional, el autor no solo alude a la alimentación típica (*gallo pinto*, *melcocha*, *atol*, *guaro*, *kola*), sino que utiliza gentilicios —a menudo peyorativos— para destacar el carácter pluriétnico del enclave: *chiricanos* (panameños, originarios de Chiriquí), *españoles* o *castellanos* (tomado de los indígenas para referirse a los blancos), *cartagos* (del centro de Costa Rica), *catrachos* (hondureños), *machos* (estadounidenses), *madamas* (mujeres negras mayores), *tútiles* (italianos), *nicas* (nicaragüenses) y *ticos* (costarricenses). Este conjunto nominativo constituye el sociolecto propio de la zona bananera que reproduce las jerarquías sociales.

Adicionalmente, mientras que *Bananos y hombres* es un relato monológico dominado por la voz central de un narrador omnisciente, *Mamita Yunai* se lee como su antítesis. En este texto polifónico, la perspectiva del autor articula los diálogos auténticos de los sujetos sin predominar sobre ellos. Al respecto, Bajtín señala que el autor puede comunicar sus ideologías a través de dos recursos: la voz de los personajes y los géneros intercalados. Como se ha visto anteriormente, la novela funciona como un entramado de diálogos sociales, sobre todo dentro del grupo laboral. Sin embargo, estas conversaciones diarias se ven interrumpidas por relatos de memoria (testimonios, anécdotas y recuerdos) o por fragmentos líricos que sirven para “construir la imagen del lenguaje” (Ariza, 2015).

En efecto, la primera canción que el autor introduce sirve para exponer una imagen estética de la cultura hondureña. Mientras que Lyra utiliza la cursiva con un fin propagandístico para denunciar la influencia empresarial estadounidense, en Fallas, en cambio, funciona como una transición hacia una voz lírica ajena a la cultura costarricense (170). Antes de introducir otra canción del mismo personaje, Fallas cierra el paréntesis lírico para volver a la prosa y cuestionar el origen de dicha pieza: “¿De qué país lejano traería esa canción?” (Ibid.).

No obstante, el canto del peón también desempeña una función trágica. Tanto Calero como Sibaja expresan su melancolía y nostalgia mediante este arte: “Calero también vivía triste, por eso no se quitaba esa maldita canción de los labios [...] Y entonces cantaba también ahogándome el alma: *Adonde irá veloz y fatigada / la golondrina que de aquí se fue...*” (185).

Más adelante, Fallas vuelve a cuestionar el trasfondo cultural e histórico del canto de Calero: “¿Quién se la habría enseñado? [...] Quizás alguno que cantaba sus penas [...], allá en

Esparta, su pueblo nativo”⁴⁵ (187). Tras esta reflexión, el autor incorpora el poema entero, cantándolo él mismo en memoria de su amigo fallecido. Sin embargo, este canto no solo funciona como un homenaje, sino como una premonición de la muerte del personaje — aplastado por un árbol inmenso— y como una alegoría sociopolítica del enclave. Al hablar de los “desheredados de la tierra” que tripulan la “nave misteriosa y negra”, Fallas representa la deshumanización de los trabajadores de las bananeras. Este sombrío himno sirve como otro recurso para denunciar, una vez más, la miseria de la plantación.

Como en Lyra, la oración interrogativa en Fallas cumple un papel ideológico que sirve para evidenciar una realidad cruda y, en este modo, interpelar al lector. No obstante, al contrario del tono irónico y exterior de Lyra, el autor lo hace desde una mirada interna que está experimentando el horror instantáneo, como se puede leer en las siguientes interrogativas: “¿Cuándo podríamos salir de ese infierno?” (184); “¿Cuánto tiempo estuvimos inmóviles, con la sangre cuajada en las venas?” (186).

Por último, si bien la ironía es el instrumento más poderoso en la narrativa crítica de Lyra, el tono sarcástico y humorístico de Fallas también cumple un papel fundamental para subvertir la voz imperial: “Y mientras en la capital de la República los criollos imbéciles o pillos aplaudían la obra “civilizadora” de la United, en Talamanca corría el guaro y el sudor y la sangre también” (73). El contraste entre el eufemismo “obra civilizadora” y la enumeración “guaro, sudor y sangre” señala el tono directo y despectivo del autor al condenar a los “criollos imbéciles”. Sin embargo, al igual que Lyra, el autor también recurre a múltiples calificativos para exagerar su crítica al poder estatal: “[...] para los conquistadores imperialistas yanquis, secundados por criollos serviles. Y para otros tiempos: para los gloriosos tiempos de la República Democrática y Libérrima.” (72). Los términos “gloriosos”, “democrática” y “libérrima” evidencian la hipocresía del Estado costarricense, dado que anteceden a “la doma, el embrutecimiento del indio, la destrucción de la raza bravía”.

De forma similar, a partir del tono sarcástico presente en su obra, Fallas también deslegitima la voz hegemónica del sistema corporativo. Para lograr este fin, el autor recurre a una tipografía específica que enfatiza una sola palabra. Sin embargo, este término es clave para comprender el mecanismo de control de la *United*, tal como se analizará posteriormente: “esos finqueros particulares quedaban comprometidos a vender su banano exclusivamente a la United

⁴⁵ Aunque Fallas suele integrar en su obra nombres de pueblos con la ortografía parcialmente modificada, en este caso, “Esparta” podría hacer referencia a un municipio real de Honduras o una localidad de El Salvador.

Fruit Company, a un ínfimo precio señalado por racimo recibido (óigase bien: por racimo reci-bi-do), [...]” (208). Fallas procede a la fragmentación de la palabra “recibido” por sílabas, precedida por el paréntesis “óigase bien”. Mediante dicha estrategia estilística, el sarcasmo aparece a través de la ralentización, lo que obliga al lector a prestar particular atención al comentario de Fallas bajo una óptica de denuncia.

A modo de ejemplo adicional, el siguiente pasaje utiliza la expresión “como siempre”, un marco recurrente del sarcasmo: “Nuestra prensa burguesa, como siempre, ensalzaba servilmente a la United para obtener anuncios bien pagados” (210). Asimismo, el uso de enunciados exclamativos permite —al igual que en la narrativa de Lyra— subrayar la ironía: “¡Gloria a los rubios banqueros del Norte! ¡Paso a la Civilización!” (145). A través de este recurso, Fallas expresa todo lo contrario de lo que sostiene en realidad, logrando así articular una sólida denuncia.

Finalmente, por una parte, el tono sarcástico de Fallas aparece bajo un enunciado de apariencia “casual”. Sin embargo, el fragmento “que no lleva turistas” visibiliza la lógica de la *United*, la cual trata a los pasajeros turistas de forma radicalmente distinta a los pasajeros trabajadores: un fenómeno que se evidencia al final del extracto mediante el uso de términos como “puebluchos”, “negros” y “borrachos”:

Nuevas paradas y nuevas arrancadas, brascas, como las de todo tren de la United que no lleva turistas. Avanzábamos rápidamente, y en el aire, sobre la línea, iba quedando la estela negra del humo de la locomotora. Más puebluchos. Negros a la orilla de la línea. Comisariatos de la Compañía atestados de borrachos (p.12).

Por otra parte, el tono humorístico de Fallas es rico y variado. Esta estilística lo distingue de Lyra y le permite romper con el tono serio propio de la novela de denuncia y revelar la camaradería, así como las situaciones cómicas que unen a los peones de la zona bananera. Esto se observa en la escena siguiente, cuando la embriaguez de Escat provoca la risa del propio Fallas y sus compañeros:

—¿Yo borracho? Escat poder beber toda la noche... y no borrachar nunca. —Y el viejillo se enderezó *cómicamente*. —Bueno, a ver, párese así —le dije, parándome sobre un solo pie. Escat quiso imitarme, pero de un furioso trastabillón se fue a estrellar contra un grupo de mirones, que lo enderezaron entre burlas y carcajadas (p.68).

Además, cuando Fallas mezcla el humor con el sarcasmo, este resulta igualmente eficaz para su intención de denuncia social. El absurdo de la situación, en el contexto de un fraude electoral ejercido contra las comunidades indígenas, se revela mediante un humor punzante:

Según las tales listas, la Junta se había estado reuniendo todos los días desde el 5 de febrero, y todos los indios se habían presentado a retirarlas. ¡Ciudadanos ejemplares, dignos del aplauso y de la admiración de todos los costarricenses! ¡Y maravillosa propiedad la de los miembros de la Junta, que sin llegar todavía a Amure ya se podían reunir, repartir cédulas y firmar las listas! (p.49).

Nuevamente, el uso de adjetivos como “maravillosa” y “ejemplar”, así como del sustantivo “admiración”, pone de manifiesto la ironía, la exageración y el humor casi teatral del autor-narrador.

En suma, el análisis comparativo del “yo” narrativo en *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai* revela que, si bien ambos autores convergen en su propósito de denuncia y concientización social, así como en la incorporación de rasgos del regionalismo y el criollismo —reflejados en el registro sociolingüístico popular y, en el caso de Carlos Luis Fallas, en un humor propio del campesinado bananero—, sus estrategias discursivas divergen.

En *Mamita Yunai*, el dialogismo se hace posible mediante la voz del narrador autodiegético, la de la peonada y, a través de la ironía y el sarcasmo, la del poder hegemónico. En esta novela, la voz del autor y del narrador coinciden para producir un efecto testimonial, fáctico y realista. En el cuento de Carmen Lyra, en cambio, el narrador heterodiegético comparte sus observaciones a través de una mirada exterior y mediante una voz irónica, crítica y desprovista de neutralidad. Aunque este último constituye una voz monológica, el dialogismo emerge gracias a la polifonía del texto, la cual permite desacreditar el discurso del poder neocolonial. Así, mientras la heteroglosia y el carácter testimonial del “yo” narrativo en Fallas producen un efecto realista y documentalista que la ficción de Lyra no logra reproducir, la polifonía y la ironía en esta última se erigen como recursos estilísticos fundamentales para subvertir la voz hegemónica y visibilizar a los sujetos sociales que representan al proletariado del enclave bananero.

A modo de conclusión, al cuestionar la voz del poder, estas estrategias discursivas ponen de manifiesto las teorías críticas del Antropoceno permeables en ambos relatos. Estos textos enfatizan la idea central según la cual el responsable directo de la crisis ecológica no es la humanidad, sino el sistema capitalista que “baratiza” tanto el banano como los cuerpos de los peones, los niños y las mujeres. En Lyra, la lógica del Capitaloceno y, en paralelo, la biopolítica —o más bien la necropolítica— se manifiestan mediante la voz médica y propagandística de la *United Fruit Co.*, la cual es contrarrestada por la voz plural irónica. Dicho concepto cobra su mayor sentido en la contradicción entre la fruta exitosa de la propaganda norteamericana y los niños anémicos de las bananeras: la sobreproducción capitalista reduce tanto a la fruta como a

los sujetos explotados a recursos sin valor. En Fallas, la articulación entre la voz sarcástica y testimonial del autor-narrador y de los grupos subalternos contradice la voz hegemónica del modelo corporativo —basado únicamente en la acumulación de capital— al detallar y documentar sus métodos abusivos.

En la misma línea, el concepto del Plantacionoceno, postulado por Haraway y Tsing, permite criticar el modelo extractivista y de monocultivo característico de la UFCo., el cual se manifiesta de forma significativa en la heteroglosia de ambos discursos narrativos. En estas obras, los costarricenses, nicaragüenses, indígenas, afrocaribeños y chinos padecen directamente las transformaciones territoriales y estructurales impuestas por el régimen de plantación. Del mismo modo, las jerarquías sociales que subyacen a este sistema se evidencian en el contraste nítido entre la voz hegemónica y extranjera y la de los personajes subalternos.

En cuanto a la jerarquización racial, ambos textos remiten a la noción del Negroceno —entendida como la “habitación colonial” del Caribe— al criticar las lógicas de dominación racial, de expropiación territorial y de esclavización de las comunidades negras. Este constructo teórico cobra su mayor sentido a través de la onomástica de Fallas (“chiricanos”, “catrachos”, “madamas”, “nicas”, “machos”, “tútiles”) y su reproducción auténtica del hablar indígena, así como del dialecto nacional o extranjero. Si bien en Lyra la heterogeneidad del discurso narrativo permite representar diversos tipos sociales y grupos étnicos, la violencia racial hacia las comunidades afrodescendientes —percibida como el origen del desastre ecológico— aparece de forma más significativa en la polifonía de Fallas.

Finalmente, tanto *Bananos y hombres* como *Mamita Yunai* manifiestan formas discursivas de Contraplantación. En la obra de Fallas, este fenómeno aparece a través de su discurso testimonial y comprometido de 1955, la canción popular de Calero o el habla regional que cumple un papel fundamental en el criollismo, característica central de esta novela. Por su parte, la ironía y el discurso doble de Carmen Lyra permiten desacreditar la voz del poder, convirtiendo su relato en un espacio de resistencia frente a dicha opresión.

A partir de este análisis discursivo y su relación con las teorías ecocríticas contemporáneas, resulta relevante profundizar en la voz del sujeto del enclave y, más específicamente, en su configuración como individuo marginado, explotado y alienado.

Capítulo IV. Los sujetos subalternos del enclave

4.1 Construcción de los sujetos: estética de la denuncia

Como se ha evidenciado en las secciones anteriores, el enclave bananero es un lugar de coexistencia entre pueblos autóctonos, costarricenses del Valle Central —como el propio Carlos Luis Fallas— y de otras regiones del país, además de migrantes fronterizos, extracontinentales y comunidades afrodescendientes. Este entorno, mayoritariamente masculino, relega a la mujer al margen del universo bananero y al nivel más bajo de la pirámide de explotación, junto con la naturaleza.

En ambos textos, estas figuras sumergen al lector en la diversidad étnica del “infierno verde”, donde la discriminación racial y de género constituye un objeto de crítica recurrente. Así, los personajes funcionan como herramientas centrales para articular la protesta social a través de los diálogos —en el caso de *Mamita Yunai*—, la voz narrativa y la focalización. Antes de examinar las estrategias literarias que definen a los sujetos, conviene analizar los rasgos estéticos y sociolingüísticos que permiten aproximarse al mundo de los actantes.

En lo que respecta a la representación del sujeto en el enclave bananero, resulta fundamental esclarecer las críticas que señalan una ambigüedad en la obra de Fallas. Si bien el autor busca representar a las víctimas de la explotación —es decir, a una clase trabajadora pluriétnica— como un sujeto colectivo que contribuya a la construcción nacional “desde abajo”, el carácter ambiguo de su novela emana del discurso colonial y patriarcal del “Nuevo Mundo” presente en la novela. Según la crítica, dicho discurso subraya una contradicción interna en la novela bananera: “es precisamente en su inclusión como obreros, campesinos, explotados y oprimidos que se basa su exclusión como negros, indígenas y mujeres” (Rojas y Ovares: 132, citados en Grinberg Pla y Mackenbach, 2009: 171).

Asimismo, *Mamita Yunai* “oscillates between an intention to integrate Indians and Blacks and the inability to achieve that objective” (Rojas y Ovares: 133, citados en Leigh Sharman: 138). En paralelo, Bourgois afirma que el libro de Fallas es “notablemente sensible al tema de la opresión étnica, en especial en lo que atañe a los bribris, pero también, en mayor grado, en lo que toca a los negros [...]. Sin embargo, obviamente no pudo escapar al racismo profundo de su época, y que todavía impera más o menos sutilmente” (Purcell, 1993 :80). Estas críticas coinciden con las de Acuña Ortega, quien, como se indicó anteriormente, señalaba el supuesto racismo y la homofobia del autor.

Por su parte, Carmen Lyra —contemporánea de Fallas— también racializa a sus personajes, aunque de forma menos recurrente. Al igual que el autor, su posición es ambigua, un rasgo que se examinará a continuación.

Así pues, en la siguiente subsección se analizará si el texto de ambos autores sostiene estas críticas o si, por el contrario, tales aserciones entran en conflicto con el propósito deliberado de sus obras.

4.1.1. El sujeto afrodescendiente: explotación y racialización

En el caso de la negritud —definida como el “Achilles heel of American Capitalism” y el “perfect symbol of capitalist oppression in Marxist ideology” (Leigh Sharman: 142)—, el problema reside en la visión de la población negra como mero símbolo de opresión. Esta perspectiva invisibiliza su realidad social y económica, factor clave que contribuyó al fracaso del Partido Comunista. Tal exclusión se manifiesta bajo diversas formas, tanto en *Bananos y hombres* como en *Mamita Yunai*, aunque, como se analizará, dicha óptica resulta mucho más crítica en esta última.

Efectivamente, en *Mamita Yunai*, la frase “Negros a la orilla de la línea” (16) constituye la primera mención del sujeto negro y se sitúa en el primer capítulo. Esta descripción inicial introduce directamente al lector en la marginación física del sujeto afrodescendiente, la cual se transforma en una jerarquización ontológica a medida que avanza en la lectura. Esta dimensión se acentúa mediante las múltiples designaciones del narrador: “los negritos” (13); “una negraza” (20); “un negrillo” (51); “caras negras” (106); “negro sucio y harapiento” (136). Dichos términos evidencian recursos de bestialización y diabolización que reducen la identidad del sujeto negro a la de un personaje colectivo y deshumanizado.

En cuanto a la animalización y a la representación desindividualizada de los personajes, estos ejes se manifiestan en pasajes donde se habla de “grandes bultos negros [...] un conjunto impresionante y macabro” (22); “deformas siluetas, más negras aún [...]” (65); el “jadeo de bestias fatigadas” (70), el “extravagante desfile de carnaval, del que se alzaba un sordo rumor de fiesta bárbara y salvaje” (16) o la “comitiva de más de ochenta negros (20) que parece “un ejército al asalto de una inexpugnable fortaleza” (21). Asimismo, las figuras negras aparecen diabolizadas: “más que hombres parecían demonios negros y musculosos brillando bajo el sol (16); “un negro bruto y desalmado [...] acusado de haber violado una tumba en busca de huesos

humanos para sus prácticas de hechicería” (83). En su conjunto, el léxico empleado revela una óptica que describe a la población negra como un rebaño de bestias salvajes que sudan, gesticulan y gruñen. Esta óptica cosifica al individuo, reduciéndolo a una mera masa laboral y anulando su subjetividad.

Además, esta jerarquización ha sido interiorizada por los propios sujetos racializados. Fallas ilustra el blanqueamiento como un ideal para los hombres de piel negra; esto se evidencia cuando Herminio, Sibajita y Calero lavan su ropa en el río. Este último, “posiblemente con la esperanza de lograr blanquear así su pellejo achocolatado, se enjabonaba de los pies a la cabeza [...] pasaba las horas” (168). Este comportamiento revela la internalización de un ideal colonial y racial que asocia la piel blanca a la pureza y superioridad y la piel negra a la suciedad y la decadencia.

Asimismo, como documenta Bourgois, las pésimas condiciones laborales e higiénicas del enclave refuerzan esta discriminación: “los negros morían en mayor proporción que los blancos debido a sus condiciones de vida inferiores, lugares peligrosos de trabajo y los sistemas segregados de atención de la salud” (350). Calero es un personaje central para representar al trabajador negro que no sobrevive a las hostiles condiciones de vida en el infierno bananero: “No eran negras las ondas de ese horrible mar. [...] Miles de hermanos se habían hundido en él y sus ondas acababan de tragarse también a Calero” (188).

Sin embargo, en ocasiones, Fallas subraya el carácter supuestamente jovial de la comunidad afrodescendiente. Por un lado, las “guapas negritas” (11) llaman la atención por sus “risas y sus cantos”, sus trajes “de colores fuertes y variados” y sus “floreadas sombrillas abiertas contra el sol” (16). Por otro lado, su bravura inagotable suscita en el narrador un sentimiento de admiración: “negros quebrando cacao a la orilla de la línea, mientras soportaban estoicamente el aguacero” (24). No obstante, al igual que “la paz hipócrita de los campos tropicales” denunciada por Lyra, esta alegría resulta ilusoria. El narrador expresa su desamparo ante las condiciones de vida y el sufrimiento de estas comunidades, describiendo “casuchas miserables”, “casillas de negros [...] construidas con latas viejas, astillones groseros y tablillas de las cajas de pino que de vez en cuando arrojaban del Comisariato” (133) y negros “arrastrando las piernas envueltas en trapos mugrientos” (23-24), vestidos de “harapos sucios” (23). La metáfora de la melancolía como una “terrible enfermedad que va comiéndose la piel como un ácido corrosivo” (137) denuncia esta cruda realidad.

En definitiva, estos extractos ponen de manifiesto la condición del sujeto negro en el enclave, remitiendo a la noción de “Negroceno”. Como se expuso en el marco teórico, se asumía que los campesinos afrodescendientes mostrarían menos resistencia a la explotación por haber sido esclavizados en el pasado. Es aquí donde tiene lugar el pasaje más crítico de la obra: Fallas evidencia la continuidad del poder colonial en el contexto neocolonial de la producción bananera intensiva. Este sistema, que esclavizó a millones de personas negras y permaneció durante varios siglos, reproduce los mismos esquemas de las antiguas plantaciones de azúcar y algodón para convertir la bananera en una zona de deshumanización:

Huyeron en la jungla africana de los cazadores de esclavos; tiñeron con su sangre las argollas en las profundas bodegas de los barcos negreros; gimieron bajo el látigo del capataz en los algodones sin fin y se internaron en la manigua tropical como alzados, perseguidos por los perros del patrón. Pareciera que para los negros se ha detenido la rueda de la Historia [...] Y ahora los pobres negros costarricenses, después de haber enriquecido con su sangre a los potentados del banano, tenían que huir de noche a través de las montañas, arrastrando su prole y sus bártulos. No los perseguía el perro del negrero: los perseguía el fantasma de la miseria. [...] (p.22).

Este fragmento evoca el horror del comercio transatlántico y evidencia cómo la colonialidad opera en el contexto de la plantación. Esta estructura de dominación se manifiesta en que la tortura del capataz ha sido reemplazada por la labor atroz que enriquece a la élite de la “Frutera”. Así, el texto demuestra que el fin de la esclavitud no impidió la persistencia de la colonialidad del poder; al contrario, este modelo de dominación continuó mediante nuevas lógicas.

Con todo, si Fallas utiliza términos despectivos que sitúan al sujeto negro en la “Otridad”, esto responde probablemente a un racismo sistémico de la época, principalmente hacia los negros, chinos, nicaragüenses y judíos (Pietras: 349, citado en Molina). Resulta curioso notar que no se observa ningún comentario racista hacia los chinos y aún menos hacia los nicaragüenses, a quienes llama “amigos nuestros” (169). Cabe recordar que el propio Fallas, como líder de la Gran Huelga de 1934, buscaba la emancipación de la clase obrera en su conjunto, sin distinción entre los diversos grupos étnicos.

En efecto, los primeros compañeros del joven protagonista son personas afrodescendientes del Caribe que migran hacia Panamá en busca de trabajo y mejores condiciones de vida. Fallas denuncia el rechazo de la ciudadanía a la población negra a través la figura de Chico, un “negro criollo” que espera al derecho de ciudadanía en Panamá para encontrar trabajo en el Canal (17). Como ha sido analizado en el marco teórico, la década de

1920 marcó un periodo de crisis que impactó la economía de la “Yunai” y, consecuentemente, la vida de los peones. Esto se evidencia en la primera interacción de Sibaja con un hombre del tren de La Estrella, quien asevera que “todos esos morenos que venían en el tren van pal’otro lao, con el propósito’e cruzar la frontera, atraídos por los trabajos del Canal” (12). Del mismo modo, el diálogo entre Sibajita y Chico revela que “muchas familias de negritas, en Limón, [...] están viviendo a punta de cangrejos y bananos. Se abandonan las fincas y no hay trabajo por ninguna parte [...]” (17). Cuando Sibajita se convierte en un peón de la zona Atlántica, se somete a las pésimas condiciones laborales e higiénicas al igual que la peonada. Al incorporarse como un trabajador más entre esta población heterogénea, el autor-protagonista se sitúa al mismo nivel que los demás.

La solidaridad y confraternidad también se manifiesta cuando Bertolazzi —un ingeniero que trabaja por la *United*— da instrucciones y controla a “todo el mundo, blancos y negros, en inglés, italiano y español” (119) o mediante frases potentes como “huesos de nicas. Huesos de ticos. Huesos de negros. ¡Huesos de hermanos!” (156). La posición de Fallas es, por tanto, ambigua: “aquel clamor salvaje y primitivo, que aquel aullar de tribu africana, era el lazo fraternal que nos unía a través de las sombras y a través de las distancias” (21). Aunque Fallas describe a los afrodescendientes como individuos “salvajes y primitivos” que “aúllan”, también los considera sus hermanos del enclave, con quienes comparte las mismas experiencias y miserias frente a la hegemonía de la UFCO.

A pesar de eso, aunque quisiera establecer verdaderos vínculos de amistad con los trabajadores de piel negra, Sibaja expresa su incapacidad de comunicarse con ellos a menos que sea en español: “Yo era el único blanco que viajaba en el carro, y, como no entiendo inglés, no podía ni siquiera entretenerme orejeando lo que animadamente conversaba un grupo de negritas [...]” (16). La barrera lingüística cimentó la estrategia de jerarquización de la corporación, pues esta, para evitar cualquier relación solidaria entre los trabajadores, fomentaba un sentimiento de odio entre los negros y los blancos del enclave.

En cuanto a *Bananos y hombres*, el relato de Lyra presenta esta ambigüedad. El sujeto negro aparece por primera vez en un “carro lleno de negros que reían a carcajadas, de negras vestidas de colorines [...]” (125). Sin embargo, figuras como Luis —quien representa a los hombres alcohólicos del proletariado— y un niño cuyos ojos están “hinchados, con la esclerótica casi lívida que hace pensar en la muerte” (135), reflejan la miseria intergeneracional de esta clase social. Aunque Lyra suele ser más neutra o positiva en sus descripciones, la

precisión racial que atribuye únicamente al sujeto negro se plasma en la siguiente frase: “El piloto que es un negro y el maquinista hacen juego con este motor viejo [...]” (138). No se explicita la “raza” del maquinista como se hace con el piloto. Este hecho, sumado a las designaciones de los personajes según su origen étnico (“el chino”, “el nica”, “el negro”), valida la tesis de Molina según la cual el racismo hacia estas poblaciones era usual en la época.

Finalmente, Lyra recurre a la denuncia a través del personaje del “Criador”, un sujeto negro utilizado por la policía para provocar conflictos con los peones que están bebiendo y llevan dinero consigo. Así, mediante este individuo perturbador, la autoridad local puede explotar económicamente a los trabajadores y torturarlos con el cepo: instrumento de tortura utilizado en la época colonial que, según el texto, estaba prohibido por la ley salvo en las zonas bananeras. Esta estrategia de segregación racial de la UFCo para mantener el control sobre el cuerpo laboral se evidencia en dicho proceso, donde el provocador negro es utilizado por la compañía para hostigar al trabajador blanco. Al ser un texto más breve y centrado en la mujer y la niñez, *Bananos y hombres* desarrolla un análisis sintético, pero igualmente valioso sobre esta problemática.

4.1.2. La figura indígena en Fallas: jerarquización socio-étnica

De manera análoga al estudio sobre la representación del sujeto negro, conviene dedicar una sección exclusiva al análisis de la configuración de la figura indígena. Resulta necesario precisar que esta aparece mayoritariamente en *Mamita Yunai*. Esto se debe a que, en el relato de Lyra, el “sujeto marginado” es esencialmente el proletario pluriétnico —conformado por trabajadores migrantes nicaragüenses, afrocaribeños, hondureños, chinos y campesinos del Valle Central o Guanacaste—, mientras que en la obra de Fallas el indígena ocupa un lugar central en la estructura de marginación.

Tal como señala Pietras (2016), el narrador de *Mamita Yunai* denomina a los indígenas de forma despreciativa al usar apelativos como “esas gentes” o “esos tipos” (22, 52). La crítica también subraya la victimización de Sibaja a manos de los indígenas mediante los términos “nasigua” y “chiquirina”. Estas palabras se repiten varias veces en el texto como una forma de burla⁴⁶: “El grupito de ‘vivos’ dirigía la maniobra hablándoles en su dialecto. —¡Nasigua!

⁴⁶ Esta repetición se manifiesta a través de otros pasajes: “—¡Nasigua! ¡Chiquirina! —murmuraban los indios entre risas, y volvían a la carga” (53); “la indiada se tornó más agresiva, y volvió a levantarse el rumor que era burla y amenaza: —¡Nasigua, nasigua! ¡Chiquirina! (57).

¡Nasigua! —le decían a la indiada, señalándome. — ¡Nasigua! ¡Chiquirina! —Y la indiada reía burlándose de mí” (51). Tras preguntar la definición de ambos términos, Sibaja descubre que significan “enemigo” y “perro enfermo”. Estos insultos autóctonos hacia el hombre blanco destacan una relación de hostilidad entre ambos grupos; un vínculo que, como se examinará posteriormente, es recíproco para el protagonista.

Efectivamente, en la primera parte del relato, Sibajita narra su viaje a Talamanca y su llegada al pueblo de Amubri. Su primera observación revela el tono de la sección: describe la región como un lugar poblado de indios “analfabetos, que casi no hablan español y que hacen una vida primitiva y miserable. Viven agrupados en rancheríos cerca de las márgenes de los diferentes y caudalosos ríos o en el corazón de la montaña” (14). A lo largo de la novela, abundan las descripciones que subrayan una discriminación basada en los rasgos físicos y el pauperismo: “una india desgredada y sucia” (33) o indios “desnudos, flacos y mechudos, tosían desesperadamente retorciéndose como gusanos” (45) y “friolentos” (50). Sus condiciones de vida se ilustran mediante la precariedad de su vivienda y alimentación: palenques con techos de palma “mal unidos con bejucos” (32) y cocinas en el suelo donde se preparan platos definidos como “un sancocho miserable y maloliente” (39), lo cual se debe probablemente al hecho de que “el azúcar es oro en polvo para el indio; y la sal también” (75).

En segundo lugar, si bien se dice del sujeto negro que habla una “jerga” que “no era ni inglés ni español” (162), el narrador se refiere de forma recurrente al idioma cabécar o bribri como un “dialecto”. Fallas ilustra esta habla mediante la interjección “ejem” y un español rudimentario: “¿Pa’ónde caminar?” (39) o “Tá bien. Traer ropa” (41). Estas construcciones sitúan al indígena en el peldaño más bajo de la jerarquía ontológica del enclave, incluso a un nivel inferior al de la población negra.

Esta dimensión se manifiesta en la animalización de los sujetos, considerados “mulas” (66), que marchan “doblados bajo el peso de la carga” (77), roncan “como cerdos” (71) y saludan con “gruñidos hosclos” (32). Como se ha observado, el cuerpo indígena es descrito como sucio, enfermizo e insalubre. Además, la población autóctona es asociada con la brujería mediante epítetos como: “india horrible” (85), “cara de brujo” (57) o “india fea y mala como una bruja” (79). Incluso su canto ancestral es reducido a una actividad lúgubre: “una serie de gemidos cortos, sin vida ni armonía; era una especie de monótona salmodia [...]” (31).

Bajo esta premisa, la desindividualización es un fenómeno recurrente. El individuo casi nunca tiene nombre propio y aparece como un componente insignificante de la “indiada”. Este

término es clave para comprender la masificación del sujeto, evidente en expresiones como: “largas filas de indios fatigados” (31), “un puñado de indios” (48), “gruesos pelotones de indios” (54), “un centenar de indios” (66), o la afirmación general de que “todos los indios se parecen mucho” (57). No obstante, la supuesta pasividad del indígena se ve cuestionada cuando este muestra diferentes formas de resistencia: “Pasiva, pero tercamente la indiada se oponía a mis indicaciones, simulando todos que no entendían el español” (51). Este pasaje revela la resistencia de esta comunidad al evitar deliberadamente la comunicación. Esta actitud también se manifiesta en su oposición a las autoridades institucionales: “Indios talamancas no quiere maestros pa’los inditos” (68) o “¡Inditos no volver salir pa’la votación!” (70). Asimismo, Fallas pone de relieve la conciencia de la explotación a la que son sometidos: “nos quiten el dólar por’hectaría que tenemos que pague aquí a la Yunai, pa’poder vivir y sembrar... Usté no sabe lo qu’es un dólar pa’los indios” (76). Finalmente, pese a sus formas pasivas de resistencia, el texto evidencia la dominación sistemática ejercida por las figuras de autoridad:

“Leví estaba entrenando a unos treinta indios de los más despiertos, para que no fallaran a la hora de pegar la estampilla. Por más indios que llegaran no los podían poner a votar a todos [...] Lo más seguro era que pusieran a votar varias veces a los indios entrenados, a fin de que la votación resultara tal y como la necesitaba el gobierno (51).

Fallas recurre a la ironía para burlarse de la supuesta ingenuidad de la comunidad, como cuando los llama cínicamente “ciudadanos ejemplares, dignos del aplauso y de la admiración de todos los costarricenses” (49) o “indios disciplinados” (Ibid.) porque tuvieron que bajar de las montañas solo para retirar sus cédulas antes del día las elecciones⁴⁷ (49).

El autor también destaca la noción de “pureza” racial cuando afirma que aquellos que no eran “indios puros” (por su cruce con negros o castellanos) eran los “más listos” y útiles para que Leví⁴⁸ manejara a las “indiadas” (50). A través de este lenguaje crudo, el autor denuncia la corrupción en Talamanca, convirtiendo simultáneamente esta zona en un espacio que excluye

⁴⁷ En efecto, el autor explica este proceso de manera cínica y despectiva: “los analfabetos indios talamancas, como dignos ciudadanos de la República, debían tener sus cédulas de identidad: orden general de presentarse ante la autoridad a llenar las respectivas fórmulas y de pagar dos dólares por la operación. No importaba que los pagaran en cerdos o en gallinas: la finca del Agente tenía campo para todo” (74). En realidad, Fallas consideraba a la mesa electoral de Talamanca como el lugar donde “los fraudes más asquerosos se cometían con toda tranquilidad” (14). Este sistema fraudulento, conocido como el “chorreo de votos” en Costa Rica, consiste en hacer votar a las mismas personas varias veces para falsear los resultados finales. Este proceso se desarrolla a lo largo de la novela mediante un discurso racial que destaca la corrupción sobre la población indígena.

⁴⁸ Al principio de la novela, Fallas introduce el lector a este agente de poder, quien “ejerce un control absoluto sobre las indiadas a través de los pocos indios que saben leer y escribir, que hablan bien el español o son un poco más despiertos que los demás. También se sirve para esto de los escasísimos castellanos (ticos y chiricanos) que habiéndose amancebado con indias se han radicado definitivamente en la región” (14).

al indígena, categorizándolo como el “otro” analfabeto e incivilizado frente a la autoridad local. Esta dinámica de exclusión derivada del proyecto colonial permanece inherente al modelo del enclave.

Sin embargo, aunque el narrador ridiculiza al sujeto indígena, queda impresionado cuando reflexiona sobre su modo de vida, el cual no habría sido el mismo sin la huella destructora de su pasado colonial. Este momento de realización constituye la parte más significativa para la denuncia de la condición indígena y la degradación de su *ethos* ancestral, sobre todo al considerar la dimensión testimonial.

En su denuncia de la continuidad colonial en el territorio indígena y el consecuente despojo del sujeto autóctono, Fallas desvela la cara oscura de la historia. Su pensamiento evidencia procesos violentos que Aníbal Quijano llama la “colonialidad del poder”, como cuando recuerda las “sangrientas sublevaciones de los heroicos talamancas” que abrieron paso a la conquista y pacificación de su tierra natal (72). Este miserable episodio de la colonización cobra relevancia cuando el narrador lo vincula con su continuidad en la época neocolonial, durante la cual “la doma, el embrutecimiento del indio, la destrucción de la raza bravía” se reanudaron con más fuerza a manos de los “imperialistas yanquis” y los “criollos serviles” (Ibid.).

Para criticar dicha dinámica neocolonial, el narrador compara las herramientas de poder en la época de la Conquista (arcabuces y corazas) con las del sistema hegemónico estadounidense (cheques y dólares). Estas ilustran el progreso y el desarrollo económico global de la Modernidad; procesos que, como se ha analizado en el marco espacial, implicaron la destrucción de la Madre Tierra. La “Raza vencida [...] humillada, embrutecida y aniquilada” se convirtió, al igual que las poblaciones negras, en fuerza laboral esclavizada para las nuevas plantaciones de la ‘Frutera’“(73). En el valle de Talamanca, el “silencio de muerte” (Ibid.) y los lamentos de dolor reemplazaron el canto de los indígenas. La descripción de los yanquis de la *United* como seres “ahitos de oro y sangre” y las autoridades criollas como “buitres voraces, dispuestos a saciarse con la carroña de la Raza vencida” (Ibid.), denuncia de forma cruda lo que Achille Mbembe llama la “necropolítica”. Esta forma de poder permanece en la zona del enclave: aunque “el ochenta por ciento no tiene absolutamente nada”⁴⁹, el Estado y la autoridad

⁴⁹ Esta declaración se desarrolla en el siguiente pasaje: “Arañan la montaña para obtener un puñado de café, otro de maíz y unos cuantos bananos, y luego se doblan bajo el peso de la red, como bestias de carga, para arrimar esos productos hasta el rancho” (75).

contribuyen a esta pauperización en vez de intervenir. El Gobierno y la UFCo son cómplices en esta administración de la muerte: con referencia al episodio de Pedro Jiménez, la autoridad no solo deja morir, sino que también decide quién muere.

Bajo esta lógica, las últimas líneas del extracto evidencian este espacio de muerte, donde el indígena fallece “aniquilado por la tos, la diarrea, el paludismo o por una mordedura de serpiente”, como “alimaña inmunda”, puesto que ni siquiera tienen medicinas⁵⁰ (75). La única excepción a su marginación ocurre durante el periodo electoral, cuando estos “olvidados de Dios y del Estado” recobran su “condición de hombres y de ciudadanos” (Ibid.). Esto revela la hipocresía escondida bajo dicha biopolítica de poder: se permite vivir a esta población únicamente cuando se trata de satisfacer las necesidades e intereses de la élite social.

En suma, aunque Fallas condena la miseria y la violencia que sufren los pueblos de Talamanca, su crítica y su representación de la figura indígena se articulan mediante un discurso racial que reproduce los modelos de dominación colonial. La violencia sistémica hacia las comunidades autóctonas constituye un legado que permanece en el enclave y perpetúa la segregación racial, territorial y epistémica. En *Mamita Yunai*, estos mecanismos se consolidan mediante la animalización, la reducción del individuo en una masa (la “indiada”) y la desacreditación de su ethos ancestral —sus costumbres, su lengua y su cultura— y, en consecuencia, la aniquilación de su vida. Estos fenómenos remiten al postulado de Dri según el cual la naturaleza se convierte en “capital” y, así, en un enemigo del hombre. Del mismo modo, los sujetos deshumanizados y oprimidos, al estar subordinados a las autoridades y carecer de derechos políticos y autonomía, hacen eco al “*homo sacer*” de Agamben.

4.1.3. La subjetividad proletaria en Lyra

Tal como se ha mencionado, en *Bananos y hombres*, Lyra se centra exclusivamente en el proletariado del Caribe bananero, un grupo heterogéneo compuesto por personajes de diversos orígenes, tanto migrantes como nacionales. Mientras que Fallas dedica gran parte de su obra a la representación del sujeto negro e indígena, la autora —desde una perspectiva feminista— menciona brevemente su presencia para enfocarse particularmente en la mujer y la

⁵⁰ Esta realidad se plasma en la declaración de un indígena muy enfermo para referirse a él mismo: “Indio pobre no tene medicina” (33).

niñez, dos figuras que aparecen de forma escasa o marginal en *Mamita Yunai*. A partir de este enfoque, es posible observar posteriormente las convergencias y divergencias en la manera en que ambos autores representan a sus personajes.

En primer lugar, al igual que en la narrativa de Fallas, en el texto de Lyra persiste la unificación de los individuos bajo la imagen de un sujeto colectivo: la masa laboral o el proletariado del enclave. Este recurso literario evidencia la negación de la singularidad dentro del sistema de explotación. No obstante, a diferencia de Fallas, la autora no solo representa a los hombres, sino también a las mujeres y los niños: “Se mueven los hombres a la luz de las lámparas y las sombras de sus cuerpos se agitan sobre el espacio iluminado, como jirones arrancados a la oscuridad desolada que los rodea” (127); “Y una fila de siluetas femeninas [...], figuras pálidas, marchitas, tostadas por el sol” (124); “Los niños pálidos y los perrillos flacos y sarnosos deambulan por el caserío, unos diez ranchos lo más” (133).

Del mismo modo, la cosificación o “bestialización” de los personajes es un recurso recurrente. Por ejemplo, al describir a Anselmo, se afirma que es “el mayor de una marimba de cinco criaturas” y que tiene “cara de tonto de bestia de carga”. De forma similar, Juancito Sandino es presentado como un joven “felino” con “unas maneras dulces [...] de las que saca cuando se emborracha, unas garras de tigre” (128). Cuando Pancho Ortega se lesiona la rodilla —comparada con una “cabeza de ternero”—, el hombre “brama del dolor” (130). Además de animalizar a sus personajes, Lyra también relata la violencia ejercida sobre las bestias de carga, como la mula: “el mulero hizo restallar el látigo y la mula comenzó a trotar arrastrando tras sí el vehículo sobre los rieles” (126).

En definitiva, los personajes se transforman en animales mediante el uso de la metáfora, ya sea a causa de la enfermedad, el alcohol o sus pésimas condiciones de vida. Finalmente, los sujetos femeninos son descritos como “amorales e inocentes como los animales” (124) y los niños “se tendrán que quedar animales como ella que no sabe ni una letra; sí, animales entre esas soledades” (135). La comparación de la figura femenina y la infancia con lo animal subraya otras realidades de la clase proletaria: el analfabetismo, la deshumanización y lo “incivilizado”, especialmente en el caso de las mujeres, consideradas amorales por la élite.

Bajo esta misma óptica, Lyra recurre a metáforas que vinculan a los sujetos con elementos naturales del entorno caribeño. La primera descripción que se utiliza para introducir al lector a la hija de Estefanía es la siguiente: “chiquilla en una finca de bananos de la región

del Atlántico” (124), como si el lugar de vivencia funcionara como un mecanismo de determinismo social: en este caso, este espacio materializa la pobreza, la explotación, y todas las miserias que a ellas subyacen. Seguidamente, compara la niña con “esos pedazos de palo que van en la corriente de los ríos” que “la vida depositó con todo” (Ibid.). De igual modo, la vida de su madre la “arrastró hacia estos lados, como la corriente de los ríos arrastra esos palos que uno ve pasar flotando” (139). Además, para ilustrar la dependencia de la chiquilla de su madre, se dice que es “siempre pegada de ella como un hongo de una rama desgajada” (124). En tal caso, si Estefanía es la “rama desgajada”, su hija no es un fruto sano, lo cual subraya el carácter enfermizo y degradante de las figuras.

Sin embargo, cabe considerar que este proceso de desindividualización aparece únicamente de forma parcial, dado que la crítica de Lyra hacia la condición de mujeres y niños requiere, en ocasiones, un enfoque que los reconozca como individuos con identidad propia. Así, cuando se relatan las aventuras de Estefanía, la protagonista, esta aparece como una figura individual con libertad de acción, aunque sus decisiones estén fuertemente condicionadas por el entorno opresivo que la rodea: “Estefanía R...Una de las tantas mujeres que han pasado por las fincas de banano” (126).

Más específicamente, Lyra denuncia el sistema de prostitución que explota —tanto psicológicamente como físicamente— a la mujer. Estefanía está descrita de forma cruda como una mujer de apenas 25 años cuyo físico ha sido degradado por la precariedad. A pesar de haber perdido dientes, sonríe (o más bien, “hace una mueca”) con “la misma indiferencia con que una mano deshoja una margarita” (126). En paralelo, la pequeña Lidia, de siete años, aparece “precoz y perfectamente instruida en todo lo que se relaciona con el pecado [...]” (134) “se empolva y se encoloretea como su madre y se le guinda y pide plata a los hombres con quienes la otra tiene que ver” (Ibid.). Este retrato subraya la gravedad de un sistema que no solo explota el cuerpo femenino, sino que modela el futuro de las niñas, convirtiéndolas, desde temprana edad, en prostitutas. Este marco se profundizará en la sección posterior, la cual se dedica exclusivamente al tratamiento de la mujer en el enclave.

4.1.4. Género y subalternidad: marginación y cosificación de la mujer

Además de la compleja representación racial-étnica que permea estas obras, resulta igualmente pertinente analizar el retrato de la figura femenina y de la niñez en los relatos de

Fallas y Lyra. El realismo social y el regionalismo atraviesan dichas obras bananeras para visibilizar a la mujer, quien aparece sistemáticamente marginalizada en el universo bananero.

En primer lugar, conviene recordar que, a finales del siglo XIX, el entorno bananero era desproporcionalmente masculino⁵¹. Esto se debió a la proporción doble de migrantes masculinos frente a la cantidad de migrantes femeninas en dicho periodo, lo que generó una alta demanda de servicios femeninos (Putnam, 20). En una sociedad profundamente marcada por el patriarcado, la mujer de las plantaciones tenía pocas opciones laborales: estaba relegada al trabajo doméstico o al pequeño comercio. No obstante, muchas mujeres campesinas se vieron forzadas a vender su cuerpo, dado que constituía la actividad más lucrativa⁵².

Este fenómeno se ilustra en el Puerto Limón de principios del siglo XX, marco espaciotemporal de ambas obras. Este entorno desolador se estableció como la zona central de las redes de prostitución del país y sus alrededores. En este ámbito, las tarifas variaban entre uno y cinco colones por encuentro, mientras que una cocinera o lavandera no percibía más de dos colones por día y el sueldo de un peón era de entre 1,50 y 2,15 colones (Putnam, 78).

Por un lado, esta brecha salarial se refleja claramente en *Mamita Yunai* mediante el discurso de Calero: “¿Sabés cuánto se dejaron cobrar esas cochinas? ¡Dos dólares y medio! ... ¡Hora sí que acabé de desajustar la platilla que tenía!” (174). El peón se refiere de forma peyorativa a las trabajadoras sexuales, quienes ganan más en menor tiempo, lo cual es fuente de envidias y tensiones. A este respecto, el prostíbulo aparece como el espacio que mejor ilustra la explotación femenina, siendo además el único lugar donde “latinos, negros e indígenas, interactúan socialmente con regularidad” (Bourgois, 200).

Fallas menciona la frecuentación de estos sitios desoladores: “Y enamorar llamábamos, entonces, salir a Limón [...] a revolcarnos con las prostitutas (119); “—Ya viene el pago, pa’ que dejés de estarte masturbando [...] —¡Mirá! Ya van dos pagos que no entran putas y yo no voy a salir a Limón a botar la pendejada que gano” (122). Aunque el autor es consciente de la

⁵¹ Efectivamente, Montero afirma en su investigación que, según el Censo de 1883, “en la comarca de Limón predominaba el sexo masculino, que representaba el 75% del total de la población (Tabla 5). El 67% de los hombres eran solteros y el 14% casados [...] La alta tasa de masculinidad se asocia indiscutiblemente con la lógica de la agricultura de plantación” (2024: 12). En paralelo, el estudio de Carvajal y Driori demuestra el predominio del sexo masculino sobre el femenino en el mismo periodo, un fenómeno “típico de las áreas de colonización agrícola en sus momentos iniciales” (1987: 34).

⁵² Según Bourgois, todas las prostitutas que entrevistó “expresaron disgusto por su trabajo, pero afirmaron que se veían forzadas a vender su cuerpo para mantener a sus hijos. Efectivamente, la mayoría eran madres solteras” (201).

vulgaridad de este lenguaje “sucio como el de todos los que tienen que estudiar en la escuela cruda de los campamentos” (Ibid.), esto no le impide mantener una postura despreciativa, sexista y patriarcal hacia las mujeres.

Por otro lado, en *Bananos y hombres*, el mundo de la prostitución se menciona de forma indirecta mediante símbolos: el maquillaje (“se empolva y se encoloretea”), los vestidos de “telas brillantes” y los “trajes vistosos”, la mención de enfermedades venéreas, así como la inestabilidad y brevedad de las relaciones amorosas. El cuerpo femenino se convierte en un objeto de descarga para los hombres que rigen el enclave. Por ejemplo, Estefanía se somete al hijo del dueño: “por él se habría dejado matar” y “por él aguantaba que el administrador de la finca en sus borracheras la pateara lo misma que a su hija y a su perrito” (125). Este último pasaje pone de manifiesto una violencia sistémica que no distingue las mujeres y las niñas de los animales.

En cuanto al trabajo doméstico, la cocina es el espacio reservado para la mujer campesina. En *Bananos y hombres*, dado que la historia transcurre principalmente en las fincas de Limón —a diferencia del universo selvático de las plantaciones remotas en *Mamita Yunai*—, la mujer asume naturalmente el rol de cocinera: “las mujeres se han levantado a preparar el desayuno” (127); “en la finca en donde la conocí de cocinera” (124); “la madre de Lidia es cocinera del administrador de la finca” (134).

En contraste, en *Mamita Yunai*, los peones tienen que cumplir esta tarea pues, cuando no conviven con mujeres, simplemente no tienen otra elección: “llegábamos del trabajo a las cinco, bien cansados y mojados, y al que le tocaba tenía que doblarse en la cocina, [...]” (165). La mujer indígena, en cambio, aparece recurrentemente en este espacio precario. Sin embargo, cuando el narrador se refiere a la mujer afrocaribeña de cabo Pancho (un contratista “excepcional”), quien acoge a los peones en su “sala-comedor”, relata que trabaja “como una mula, cocinando para los veinte peones de su hombre” (120). Del mismo modo, el contratista Azuola tiene un “guacho” en su cocina: un “muchachillo” que sirve como ayudante (155).

Asimismo, el tratamiento de la mujer indígena y negra destaca una problemática adicional: la jerarquización étnica. Las mujeres racializadas sufren una triple opresión (de clase, género y etnia) que las relega a la posición más vulnerable y marginal de la estructura social del enclave. Dicha segregación está inscrita en el sistema de poder del enclave a tal punto que se les asignan nombres específicos según su origen (201). Bourgois explica este fenómeno: “el

racismo es tan persistente [...] que los hombres rehúsan tener relaciones sexuales con una mujer que sirve a otros grupos étnicos. Las prostitutas son forzadas a especializarse en clientelas de única etnicidad” (200).

Esta triste realidad se plasma en *Mamita Yunai*:

—Y los indios no celan a sus mujeres? —pregunté. —Luego están todos los borrachos... ¡y como se trata e’ nosotros! [...] Lo que no permiten es que sus cholas se revuelquen con los indios de los otros ríos; es que los del Yorquín no se llevan con los de Sixaola y así por el estilo” (p.64).

A continuación, este dialogo entre Sibaja y Jorge destaca la deslegitimación de la lengua indígena y la violación naturalizada de las mujeres bribbris: “—Nu’hay que perder mucho tiempo hablándoles. Se agarran di’un brazo y se jalan pa’l monte. Si dicen “éjem” es que no quieren salir con uno, y si dicen “ejém” es qu’están di’acuerdo” (Ibid.). Esta violencia también se evidencia mediante la experiencia de Eulogio Ramírez, quien “encontró a la mujer hecha un puño en la tijereta, llorando y con las ropas descompuestas. El gringo, aprovechando su ausencia y embrutecido por el wiskey y el deseo, había tratado de violarla [...] (98).

Además, las mujeres indígenas aparecen como figuras feas y grotescas: “india desgredada y sucia sentada junto a un fogón que humeaba sobre el suelo” (33) e “indias, mansas y desaliñadas” en una cocina llena de “indios friolentos” (50). En las raras ocasiones en que son descritas como guapas, su apariencia permanece repulsiva: “una india joven y guapa, con una arrugada bata de colores chillones y una reseca porquería de la nariz pegada en la mejilla [...] (73).

En contraste, frente al retrato degradante de la mujer autóctona, el estereotipo de la belleza de la “raza imperial” funciona como una “sinécdoque de las fantasías de los linieros criollos”: “la quería con locura y ella también mi’adoraba. Tenía quince años, blanca, rubia de ojos celestes y tranquilos; era buena y sencilla [...]” (141, citado en Grinberg Pla y Mackenbach: 168).

En el caso de la mujer negra, la representación articula sentimientos contradictorios de repulsión y deseo, atracción y distanciamiento (Ibid.):

La vieja de Mr. Clinton, moviendo su cuerpo deforme, monstruosamente hinchado de carne mantecosa y temblante. Pasaba balanceándose; nos sonreía con su carota mofletuda, renegra y sudorosa, y agitando despacio sus manazas nos saludaba [...] —¡Oh, cuerpo’e vieja! ¡Parece una

gran pelota'e mazamorra! —¡Oh, mondongo'e negra pa darle unas palmadas! Calero agregaba, suspirando: —¡Tan horrible qu'es y ya me voy soñando varias noches con ella! (pp.136-137).

Esta mujer también es nombrada como “la negraza'e mister Clinton” o “la negra de mister Clinton”, lo cual subraya su categorización como objeto de posesión del hombre.

Las atrocidades sufridas por dichas mujeres revelan dos problemáticas centrales en zonas bananeras como Limón, donde la explotación de los cuerpos llega a su apogeo: primero, las pésimas condiciones sanitarias y las consecuentes enfermedades y, segundo, el racismo sistémico en el ámbito de la prostitución. En efecto, además de ser violentadas y asesinadas⁵³, las mujeres corrían el riesgo de estar embarazadas o contraer enfermedades venéreas en un entorno ya infectado por la lepra, malaria e infecciones parasitarias (Putnam, 116). Tales condiciones y enfermedades atraviesan ambas tramas.

Por una parte, en *Mamita Yunai*, Fallas utiliza la descripción detallada de cuerpos “monstruosos” como una estrategia para ilustrar cómo “todo lo que la *United Fruit* toca se vuelve enfermo y sucio” (Putnam: 119). El narrador hace alusión al catarro crónico, las úlceras y el paludismo, entre otras patologías que deterioran el cuerpo: “plaga inmundada y pestilente que se ceba con rencor en las carnes martirizadas de las pobres mujeres de la Línea. No había una entre las escasas mujeres de Andrómeda, blanca o negra, que no luciera en las piernas por lo menos cinco o seis cicatrices lívidas” (125). El siguiente fragmento destaca el carácter monstruoso, así como el fuerte olor de los cuerpos infectados:

Esas piernas pasaban [...] infestando el ambiente con su hedor nauseabundo. [...] deformadas por cicatrices profundas y anchas como mordiscos de monstruo [...] hinchadas hasta la exageración, echando sus carnes por fuera de la boca de los zapatos. Los hombres las disimulaban con anchos pantalones, las mujeres las lucían grotescamente (138).

Según Sibaja, dicho estado de salud crítico se debe al suampo del banano y el oro de los gringos (Ibid.); esta realidad denuncia la dimensión biopolítica de la plantación, donde el cuerpo humano tiene menos valor que un banano.

Por otra parte, en *Bananos y hombres*, la condición física de las mujeres y la infancia constituye un eje central. La autora describe a estos personajes desdichados como seres enfermos que padecen paludismo, tuberculosis o sífilis. Sus cuerpos aparecen lesionados, sangrantes y golpeados debido a accidentes laborales. También son anémicos, hinchados,

⁵³ En su investigación, Putnam asegura que, a principios del siglo XX, la tasa de homicidios contra mujeres en Limón era, por mucho, la más alta en la nación (2013: 30).

desnutridos y, en el caso de las mujeres, abusados. En este contexto, Estefanía es un personaje clave para representar la deshumanización y la explotación femenina, así como el ejemplo perfecto de la destrucción mental y corporal impuesta por un sistema corporativo y oligárquico. Esta lectura converge con el trabajo de Torres (2023). Desde una interpretación marxista, la investigadora afirma que la ausencia de apellido de Estefanía refleja la cosificación de la mujer subyugada; esta omisión anula su identidad, de modo que “se convierte en algo desprovisto de rasgos humanos” (35) y en símbolo de las mujeres proletarias explotadas. Bajo esta premisa, Torres sostiene que no hay distinción de clase entre los opresores del sujeto femenino, vinculando así la marginación social con la cosificación de género.

Bajo esta línea, la biopolítica de Michel Foucault y la necropolítica de Achille Mbembe funcionan como paradigmas omnipresentes en el relato de Lyra. Estos modelos de poder se ilustran en el siguiente fragmento:

Varios años sirvió allí, pero cuando se puso muy mal del paludismo, nadie hizo nada por ella [...] el buen mozo hijo del dueño de la finca ni siquiera se acordó en la ciudad de la pobre sirvienta enferma. En cuanto a la señora de los juanetes y su distinguida hija, ignoraban hasta la existencia de aquella mujer que se desvelaba porque de la finca no se les perdiera ni un huevo, ni un cinco, desvelos que contribuían humildemente a pagar el automóvil, los viajes al extranjero y la fina ropa interior de la señorita (p.125).

Mediante su pluma denunciadora, Lyra establece un marcado contraste entre el proletariado enfermo y deshumanizado y la élite que se aprovecha de esta pauperización. Critica el hecho de que, al explotar una población entera, este grupo oligárquico disfruta de sus viajes a Europa y otros lujos, ignorando por completo las condiciones extremas de los sujetos explotados. Adicionalmente, la autora condena los mecanismos de propaganda comercial para la venta de bananos en los Estados Unidos: “for growing children bananas and milk are a nourishing luncheon” (136). Esta imagen contrasta con la realidad de la UFCo, la cual no se preocupa en absoluto por la condición sanitaria de sus trabajadores, cuyos hijos padecen desnutrición o enfermedad.

Sumado a lo anterior, para sobrevivir en estas condiciones deplorables, los únicos remedios son “ron y quinina para los fríos y las calenturas; canfín para las cortadas y azufre para la rasquiña” (*Mamita Yunai*, 147). El consumo de alcohol es abusivo y afecta a todos los grupos étnicos que conforman el cuerpo obrero del enclave, tanto a ricos como a pobres. Los hombres ebrios forman parte del universo opresivo y abusivo de *Mamita Yunai* y *Bananos y hombres*. En la región limonense, la clase obrera está dispuesta a todo para evadir su existencia

melancólica y deplorable; por lo tanto, el alcohol y el sexo pasan a ser sus mejores aliados: “Y se emborrachan con el ron grosero que quema la garganta y destruye el organismo. ¡Hay que embrutecerse para olvidar el horror en que se vive y en el que se tienen que morir!” (*Mamita Yunai*, 136); “El negro de Luis se emborracha y creo que también la Rosa. Dicen que en las parrandas que arman hacen beber también a los chiquillos” (*Bananos y hombres*, 133). Este constituye uno más de los otros fragmentos que ponen de relieve la situación de la niñez. En la zona bananera, la infancia no existe; el único referente de los niños es el de unos padres alcohólicos, enfermos y explotados, cuyo cuerpo —cuando no es animalizado y reducido a una simple máquina de producción— es convertido en objeto de evasión y satisfacción para los miserables peones.

En conclusión, en este universo regido por el alcohol, la prostitución y el trabajo duro, la mujer se ve reducida a un mero objeto que sirve para satisfacer los deseos masculinos, ya sean de campesinos o de funcionarios de la *United Fruit Company*. En la obra de Fallas, la violencia patriarcal y sexista afecta principalmente a las mujeres negras e indígenas, mientras que, en la de Lyra, las mujeres y la niñez proletaria sufren las mismas formas de violencia independientemente de su origen étnico. No obstante, esta opresión terminó por convertirse en resistencia, particularmente desde el cuerpo obrero. Esta evolución de la conciencia colectiva desembocó en la Gran Huelga Bananera, acontecimiento narrado en el capítulo final de la novela de Fallas.

4.2. Formas de resistencia y agencia

El discurso pronunciado por Carlos Luis Fallas en septiembre de 1955 ante la Asamblea de Solidaridad con los Huelguistas de Puerto González Viquez constituye el capítulo documental más significativo de su obra en términos de denuncia y de resistencia contra “El Pulpo” y sus aliados. La explotación de los trabajadores en el enclave, plasmada a lo largo de la novela, culminó en la resistencia colectiva obrera. En esta última sección, dedicada a la huelga bananera del Atlántico, Fallas relata cómo la toma de conciencia de los oprimidos evolucionó hacia acciones concretas.

La transición de la explotación a la resistencia se concretó gracias al rechazo del cuerpo laboral a las condiciones de vida a las que había estado sometido durante décadas. Estas condiciones —que ya han sido analizadas detalladamente en las secciones anteriores— dejan

de ser narradas por el personaje ficticio Sibaja para dar paso a la voz testimonial del propio autor. Fallas ya no se esconde tras su protagonista al relatar hechos reales y criticar los métodos de corrupción de la compañía, así como el apoyo de los gobernantes y de la prensa burguesa nacional.

Los gerentes de la *United*, que confiaban en sus estrategias manipuladoras y racistas para impedir cualquier tipo de unificación entre los obreros blancos y negros, nunca concibieron la posibilidad de un posible levantamiento obrero en las plantaciones del Atlántico. No obstante, Fallas subraya con orgullo su éxito al unificar a ambos grupos e iniciar tácticas de organización; una “dura y paciente tarea” (271). El conjunto de estos sujetos, “exasperados por el maltrato, la explotación y la miseria” (Ibid.), comenzó a considerar una feroz rebelión mediante reuniones nocturnas en remotos campamentos. Pese a que las múltiples peticiones enviadas a la gerencia fueron rechazadas categóricamente, los peones rebeldes paralizaron más del 90 % de las plantaciones bananeras, logrando reunir a 10.000 huelguistas en la provincia de Limón.

Seguidamente, Fallas da testimonio de las duras condiciones de lucha: “con frecuencia teníamos que pasar el día con solo yuca y bananos sancochados, sin sal. Llovía día y noche, la región toda era un inmenso mar de fango” (274); “a los huelguistas más activos, [...] se les destrozaban los zapatos; se quedaban descalzos” (Ibid.); “cada día aumentaba el número de postrados por la fiebre” (Ibid.). Pero estos no fueron los únicos obstáculos en su combate: los policías y los finqueros criollos reclutaban rompehuelgas con la ayuda del Gobierno. El servilismo antipatriótico de casi todos los periódicos burgueses nacionales, sumado a su campaña de difamación en contra de los huelguistas comunistas⁵⁴, desorientó la opinión pública del país. El autor, manteniendo siempre su tono cínico, condena igualmente la inacción de los intelectuales costarricenses que no quisieron “bajar de sus olímpicas alturas para intervenir en cuestiones tan plebeyas como una vulgar huelga bananera” (Ibid.) por miedo a ser considerados comunistas. En cambio, destaca la ayuda brindada por los obreros nacionales, principalmente los de la capital.

Después de más de cuatro extenuantes semanas de lucha y tras la simulación de un acuerdo por parte de la *United* —la cual dio lugar a nuevos actos violentos—, se declaró el fin

⁵⁴ El profundo descontento de Fallas hacia los periodistas nacionales se explica por el hecho de que, según estos, la huelga “no tenía ninguna razón de ser; los trabajadores de las bananeras ganaban bien, vivían bien, estaban muy contentos [...]” y “había sido provocada artificiosamente por un grupo de audaces comunistas [...] interesados en provocar desórdenes y, sobre todo, [...] en perjudicar a las grandes empresas norteamericanas” (273).

de la Gran Huelga Bananera. Este acontecimiento dejó una huella profunda en la historia de Costa Rica, impulsando el desarrollo del movimiento revolucionario y antiimperialista costarricense, así como el sindicalismo en las bananeras. Además, dio esperanza a miles de trabajadores de las plantaciones, a quienes finalmente se les otorgaron mejores condiciones de trabajo. Todo eso fue facilitado por el clima político internacional previo a la Segunda Guerra Mundial, aunque los acontecimientos de la Guerra Civil de 1948 darían lugar a un nuevo punto de inflexión en la historia de la resistencia bananera de Costa Rica.

Finalmente, el autor militante termina su discurso con un llamado a la acción concreta en referencia a la huelga de Puerto González Víquez, la cual llevaba ya 19 días en vigor cuando Fallas se presentó ante la asamblea. Este acontecimiento es, según él, una repetición de la historia. En esta nueva lucha se oponen los mismos agentes: el cuerpo obrero frente a la *United Fruit Co.*, la prensa y el gobierno nacional. Sin embargo, aún queda un resquicio de esperanza: los huelguistas ya han mostrado su capacidad de hacer retroceder al imperialismo norteamericano.

En fin, el análisis de este discurso de resistencia obrera presente en *Mamita Yunai* permite comprender la obra en su totalidad; es decir, desde las formas más ínfimas de explotación y segregación de la “Yunai” sobre la clase trabajadora multiétnica, las mujeres y la infancia del Caribe bananero, hasta la resistencia de estos mismos grupos. La Gran Huelga bananera, dirigida por el autor de *Mamita Yunai*, constituye un acontecimiento histórico clave en la lucha del proletariado del Atlántico. Aunque este no erradicó la violencia estructural permanente en dicha zona, abrió la puerta a una larga serie de huelgas y formas de resistencia en favor del respeto a los derechos humanos y laborales. Es en este marco de protesta donde se inscriben las obras bananeras de Carlos Luis Fallas y Carmen Lyra.

En conclusión, el grupo subalterno del enclave —el cuerpo negro e indígena, la subjetividad proletaria de Lyra y la mujer cosificada— pone en escena lo que la crítica contemporánea ha teorizado bajo los conceptos de Capitaloceno, Plantacionoceno, Negroceno, biopolítica/necropolítica y Contraplantación. En primer lugar, ambos textos exponen mecanismos de jerarquización ontológica que no solo reflejan el racismo de la época, sino una jerarquía de cuerpos baratos (mano de obra sustituible y animalizada, mujer instrumentalizada, niñez deshumanizada) y un entorno natural explotado, los cuales están regidos por el modelo extractivista; esta constituye la lógica central del Capitaloceno. A raíz de esta estructura, el Plantacionoceno se revela explícitamente en *Mamita Yunai* cuando Fallas vincula la condición

del trabajador negro costarricense con la historia colonial y la esclavitud en las plantaciones de algodón y azúcar, o cuando compara la “Raza vencida” indígena con la política esclavista de la “Frutera”. En ambos relatos, la división laboral racializada, la segregación étnica de la prostitución y la dominación de las comunidades indígenas y afrocaribeñas son mecanismos propios del sistema de la plantación perpetuado por las autoridades neocoloniales.

Bajo esta lógica, el análisis realizado es fundamental para entender el concepto del Negroceno y extenderlo más allá del personaje estrictamente afrodescendiente. En efecto, el indígena bribri es utilizado para satisfacer los intereses de las autoridades locales mediante el sistema corrupto de votación, mientras que la mujer indígena o afrocaribeña es reducida a un mero objeto sexual clasificado por etnia. Asimismo, el blanqueamiento de Calero en el río — quien intenta purificarse al fregar su piel negra— es una de las escenas que mejor representa la interiorización del ideal colonial por el sujeto subalterno.

Finalmente, la Contraplantación como modelo de resistencia se visibiliza, principalmente, en *Mamita Yunai*. La Gran Huelga Bananera de 1934 constituye el hito de la intención unificadora de Fallas entre los obreros blancos y negros. A través de esta lucha, el autor logró quebrar las estrategias de segregación lingüística, estructural y racial de la compañía, concebidas con el fin de imposibilitar la solidaridad obrera. Otras formas de Contraplantación aparecen de forma menos explícita, como la resistencia pasiva de la “indiada” que pretende no entender el español, o el rechazo de las mujeres indígenas frente al deseo sexual de los hombres de otras etnias. En Lyra, la Contraplantación se destaca mediante el papel fundamental de mujeres independientes como Estefanía, quienes luchan no solo frente a la violencia masculina y patriarcal del enclave, sino también contra la lógica de la plantación.

Sin embargo, para dar vida a este universo de agitación y protesta social, los autores deben construir primero el espacio que da origen a tales dinámicas conflictivas. En las producciones literarias de Fallas y Lyra, la zona bananera y la plantación se configuran así como un espacio neocolonial de extrema pobreza, dominio y control donde coexisten dos polos opuestos: el proletariado y las oligarquías. Por esta razón, el espacio narrativo de Lyra y Fallas es un eje central para entender las dinámicas del enclave, motivo por el cual el siguiente capítulo se dedicará específicamente a analizar este marco espacial.

Capítulo V. El espacio narrativo

Como se ha visto, *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai* funcionan como narrativas subalternas que revelan la cara más oscura del modelo de plantación en Costa Rica. A nivel espacial, Carlos Luis Fallas y Carmen Lyra ilustran problemáticas como la “invasión a la naturaleza” y la “deshumanización del obrero dentro del espacio del enclave bananero” (Pérez Weisenberg, 2018: 2). Así, dicho espacio se define como un “marco escénico deteriorado por el capitalismo, una naturaleza destruida y una vida laboral exhausta del control” y funciona como un recurso literario para “descifrar los fundamentos ideológicos y estructurales del enclave bananero [...]” (10).

Antes de analizar este marco espacial desde los enfoques geocrítico y geopoético, cabe recordar que el espacio bananero no es solo un escenario narrativo, sino la huella ética y ecológica de los procesos del Capitaloceno, el Plantacionoceno y el Negroceno. El “infierno verde” descrito en ambas obras —donde el banano vale más que el hombre— ilustra la naturaleza como una mercancía propia del Capitaloceno y el territorio como una estructura heredera de la historia colonial esclavista del Plantacionoceno. Este mecanismo, a su vez, recuerda la biopolítica que deshumaniza y racializa los cuerpos en lo que se define como Negroceno. Sin embargo, como se observará a continuación, ese mismo territorio —el río, la montaña, la selva— resiste a la dinámica extractivista como una forma de Contraplantación, ya sea a favor o en contra de la fuerza humana. A partir de esta premisa, si bien ambos relatos se ambientan en las zonas bananeras con el fin de visibilizar los modelos de poder inherentes a dicho espacio, cada uno procede de manera distinta.

5.1 Las vertientes de la geografía literaria: entre geocrítica y geopoética

En primera instancia, antes de profundizar en el análisis espacial de ambas obras, resulta indispensable abordar las tres vertientes que conforman la geografía literaria planteada por teóricos contemporáneos como Michel Collot (2014). Esta articula, en primer lugar, una geografía *de* y *en* la literatura que estudia el contexto espacial en el cual las obras son producidas (el enclave del Caribe costarricense como espacio real y modelo hegemónico); en segundo lugar, la dimensión geocrítica que analiza las representaciones del espacio neocolonial y sus significados en los textos; y, finalmente, una perspectiva geopoética, centrada tanto en las

relaciones entre la creación literaria y el espacio como su puesta en forma (White et. al, 2015: 174-175).

Dentro de este marco, la particularidad de la geocrítica radica en la atención primordial que presta al lugar. Este último se convierte en el *primum mobile* (motor principal) de la investigación (177), la cual requiere puntos de vista plurales y heterogéneos que converjan en el mismo espacio. Por un lado, la geografía *de* la literatura se entiende como un entorno de sobreproducción y capitalismo, donde el Caribe costarricense queda relegado a la periferia del centro político de San José. Esta zona marginada funciona como el centro de gravedad en torno al cual convergen diversas miradas: la de la voz narrativa, de los sujetos subalternos y del poder político y económico de la UFCo. Por otro lado, la geografía *en* la literatura comprende referencias geográficas reales que aparecen mediante la toponimia. La delimitación geográfica de la explotación es un componente fáctico que ambos autores incorporan en sus obras. Sin embargo, como se analizará posteriormente, Fallas no utiliza una toponimia completamente fiel al mapa real de Costa Rica.

La geopoética, por su parte, no se limita a la poesía como tal, sino a la *poiesis*, entendida como una creación literaria y artística, pero también científica y filosófica (Collot, 2014: 106). Esta aproximación —cercana a la geocrítica— fue teorizada por Kenneth White y consiste en estudiar las diferentes miradas humanas sobre su relación con el mundo⁵⁵. Así, permite poner de manifiesto el papel del artista en la salvaguardia de paisajes ancestrales, amenazados por el declive de las prácticas agrícolas, entre otros factores (White et. al: 238; trad. propia). Bajo esta perspectiva, la geopoética “invita a atravesar las culturas con el fin de comprender mejor cómo se teje la relación del ser humano con el mundo exterior” (241; trad. propia). En sus enfoques geopoéticos, Michel Collot define al poeta como el “explorador de un territorio, principalmente rural, del que realiza el «relevamiento» a través de la mirada y la palabra” (107; trad. propia). Según él, la literatura está intrínsecamente vinculada a las estructuras espaciales: estas “informan los temas, [...] la composición y la escritura de una obra” (121; trad. propia). Asimismo, “las elecciones estilísticas están vinculadas a la posición geográfica y el espacio actúa sobre el estilo e incluso sobre el contenido del relato [...]. En la novela moderna, lo que se produce depende estrechamente del lugar en el que ocurre” (Ibid.).

⁵⁵ Tal como se lee en su obra (2015: 3), Kenneth White nunca quiso formular una definición precisa de la geopoética porque “no quería que esta se congelara y se volviera restrictiva, o que fuera malinterpretada”. Por esta razón, algunos aspectos de dicha noción siguen siendo confusos para ciertos lectores, e incluso para algunos miembros del Instituto de Geopoética. Se trata, a la vez, de un concepto no dogmático, un campo de investigación y un enfoque transdisciplinario en constante evolución.

En su obra, Gélinas-Lemaire (2019) aporta su propia definición de la geopoética como una aproximación orientada “hacia el afuera: la llanura, la montaña, la costa, las islas y la inmensidad de alta mar. Abre una ventana al mundo, un mundo a la vez nuevo y ancestral, terrenal y habitado [...] (y) aspira a reunir la palabra del hombre y la de la Tierra en un solo lugar, que pertenece tanto al espíritu como a la geografía” (125; trad. propia). No obstante, el autor precisa que se trata de una relación con la tierra (energías, ritmos, formas) y no de un sometimiento a la naturaleza, ni de un arraigo a un territorio (Ibid.). Así, el análisis comparativo de *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai* articula estos ejes de la geografía literaria y los vincula con la representación del espacio en ambas obras.

5.2 Carmen Lyra: el *locus horribilis* bananero

5.2.1 Estructura narrativa y espacial

Antes de adentrarse en el universo bananero de Carmen Lyra, conviene analizar la estructura de su obra —una recopilación de cuentos— para comprender mejor sus dispositivos. Esta se fragmenta en cinco capítulos definidos: “Estefanía”, “Nochebuena”, “Niños”, “Río arriba” y “El peón que parecía un santo”. Tal como se puede deducir, el primer capítulo está dedicado a la trágica vida de Estefanía, una mujer palúdica que deambula por la zona bananera, violentada por los hombres y el sistema. Dicha figura representa a la mujer de la zona, cuyo cuerpo es explotado y cuya vida no parece importarle a nadie más que a los hijos que dependen de ella para sobrevivir, pegados a su madre “como un hongo de una rama desgajada” (124). Lyra plantea el eje de su crítica desde el principio al recordar que “En realidad el HOMBRE es una entidad que en esas regiones tiene un valor mínimo y no está en el segundo puesto, sino que en la punta de la cola de los valores que allí se cuentan” (123). Aunque dicha introducción parezca menor a primera vista, la autora afirma naturalmente que, en la escala de los valores, el ser humano está en el escalón más bajo.

Lyra insiste en este matiz ontológico a lo largo de la obra; en el capítulo “Nochebuena”, recuerda al lector que “en las fincas de banano se le guardan más consideraciones a una mata de banano que a un peón” (127), mientras que “Río arriba” comienza afirmando que “en las zonas bananeras tiene más valor un racimo de bananos que un hombre” (137). Desde el enfoque geocrítico, esta organización refleja directamente la lógica del enclave y cómo esta prioriza la producción de la fruta frente a la vida humana.

Tras esta impactante introducción que expone directamente al lector a las realidades del enclave bananero, el *incipit* resulta muy revelador sobre el destino de la protagonista:

En la playa interminable y desierta que va desde la barra del Tortuguero a la del Colorado, encontramos la cruz de madera tosca, pintada de negro en alguna ocasión, ya desteñida casi toda. A lo largo de los brazos, un nombre, y tal vez la primera letra del apellido dentro de poco completamente ilegible, Estefanía R. Quizá Rojas, quizá Ramírez o Ramos” [...] De pronto, la cruz negruzca enclavada en la arena, los brazos tendidos frente a la inmensidad azul. El mar la había llevado hasta allí. Estefanía R... ¿Cómo habría sido la mujer que llevó este nombre? (p.123).

La descripción del entorno como un lugar desolador, extenso y desierto introduce el ambiente lúgubre y monótono presente a lo largo de la historia. Efectivamente, la autora describe posteriormente la “despiadada humedad de los bananales” (127), el “fuego del sol o la tenacidad de la lluvia” (138) y una “vegetación negruzca, fibrosa y vaga” (Ibid.); dicha atmósfera, al ser la “forma metonímica por excelencia del espacio en la literatura” (Gélinas-Lemaire: 126; trad. propia), configura el enclave bananero como un lugar asfixiante y envilecedor. Este entorno posee un “aspecto alegórico” —descrito por el mismo autor como aquel que otorga un marco espacial a la representación de un ser, de una idea abstracta o de un objeto (106)— que permite analizar la atmósfera del relato.

En este contexto, el postulado de Gélinas-Lemaire sobre la geopoética entendida como una comunión entre el hombre y la naturaleza se anula. Las representaciones del “*primum mobile*” —la zona del enclave bananero— se asemejan más a las de un lugar inhóspito que pone en riesgo dicha relación. La alegoría de la cruz en la playa sirve como herramienta narrativa para representar esta fractura entre el ser humano y el entorno natural. El apellido ilegible de Estefanía R. da a entender que la identidad del sujeto femenino es borrada por el modelo de la plantación. La voz narrativa parece ser la única en cuestionar la identidad real de este personaje, puesto que el poder deshumaniza y cosifica a los oprimidos: “¿se llamaría Estefanía? El nombre se ha borrado de la memoria” (124-125); “¿Cómo llegó a las fincas de bananos de las vegas del Reventazón y del Parismina?” (Ibid.). Asimismo, la cruz con “los brazos tendidos frente a la inmensidad azul” (123) simboliza la crucifixión y la muerte, erigiéndose como un escenario fúnebre donde la víctima fallece en la soledad y el olvido. Esta idea puede relacionarse con la lectura de Araya y Ovarés (1985, citado en Torres), quienes aseveran que Estefanía es “el prototipo de la mujer de la zona bananera, por eso es ‘silueta’ y por eso la cruz de madera no tiene apellidos. La madera se humaniza y tiende sus brazos para representar los sufrimientos comunes de esas mujeres” (36-37).

De forma irónica, el último capítulo concluye con la detención de Ignacio Parrales, un peón costarricense. Aunque es presentado como el peón “ideal” —es excelente cortador, conchero y mulero, y enseña a leer y a escribir a los niños de los finqueros—, es arrestado por haber degollado al agente de policía de San Alberto, descrito como un hombre corrupto. El trágico final de Estefanía resuena como un eco en el destino de este personaje, respetado y querido por los finqueros de la zona, pero cuya vida ha sido suprimida definitivamente por las autoridades represivas.

5.2.2 El *locus horribilis*: deshumanización y marginación

Tanto *Bananos y hombres* como *Mamita Yunai* responden a la tradición arquetípica de la literatura latinoamericana. Efectivamente, se pueden identificar diversos imagotipos centrales en la novela de la conquista y de denuncia sociopolítica a la cual pertenece la novela bananera: “América como continente de la barbarie, del canibalismo y de la naturaleza perversa, y América como región exótica de una naturaleza extensa, solitaria e indomable (ambos, *locus horribilis*); América como el continente saqueado por los europeos y el capitalismo” (Grinber Pla y Mackenbach: 172). En ambas obras, la naturaleza es, a la vez, una entidad monstruosa que contribuye a la alienación de los hombres y un universo tropical exuberante —inmensamente bello y salvaje— que sirve como un espacio geopoético de evasión.

En el caso de la primera dimensión, la naturaleza se impone sobre el hombre mediante su carácter hostil e invasivo. Su aspecto monstruoso no deriva de lo fantástico, sino de lo enfermo, lo húmedo y lo inhóspito. El ambiente del enclave se caracteriza por la humedad, el calor agobiante y una vegetación indomable donde los cuerpos de los trabajadores —frecuentemente enfermos— sudan, sangran y apestan. Este *locus horribilis* se manifiesta en la deshumanización de los peones y la explotación de la naturaleza. Gélinas-Lemaire sostiene que esta última puede adoptar un sinfín de formas y que “una industria que explota la naturaleza debe imponerse en el paisaje, someterlo a procesos eficaces y a formas racionalizadas que el alma romántica contraponía de buen grado al agradable caos de los orígenes” (211; trad. propia).

Esta óptica se evidencia en Lyra, quien cuenta la manera en que los racimos son recibidos y depositados: “con todo mimo” y “con el mayor cuidado”. Finalmente, el racimo es rechazado bajo el pretexto de que “no tenía el grado pedido” o por “exceso de fruta en los mercados de los Estados Unidos” (129). Esta dinámica ilustra la lógica del Sistema-Mundo capitalista, la cual determina el valor de la producción mediante procesos de “intercambio

desigual” y “acumulación extravertida” que empobrecen a las periferias e impiden su desarrollo autónomo. Mientras tanto, los peones viven en barracas donde el río “corre sobre el piso” (129). Bajo la dimensión geocrítica de la plantación, la naturaleza y el hábitat humano se convierten en un *locus horribilis*. La fauna —serpientes venenosas, mosquitos infecciosos, tiburones y cocodrilos, entre otros— refuerza la peligrosidad del entorno. Para visibilizar la degradación física del ser humano en dicha región, la autora emplea la metáfora: en el caso del peón, “el clima ardiente, el paludismo y el alcohol lo han retorcido como retuerce el fuego una rama verde” (137); por su parte, una niña de la zona está descrita como una “chiquilla cuyos ojos eran duros como guijarros y con una boca seca que hacía pensar en la tierra en donde nunca ha llovido” (125).

Asimismo, la mujer protagonista es “como esos pedazos de palo que van en la corriente de los ríos” (124) y, en paralelo, la vida arrastró al maquinista Pancho Sandino “como la corriente de los ríos arrastra esos palos que uno ve pasar flotando” (138). En este mismo sentido, su sombrero “de fieltro que chorrea agua” (128) encarna la composición física del entorno, asimilando metafóricamente la presencia humana a las hojas del banano y la intemperie caribeña.

Como se constata, Lyra permanece fiel al retrato del paisaje tropical del Caribe: “en las riberas, cañuelas, palmas, maraña insolente, bananales y cacaotales” (Ibid.). Este escenario se presenta, en ocasiones, como un entorno bucólico donde el Parismina corre “sin ruido con su taimada mansedumbre” que el sol dora (133), mientras la vegetación lujuriosa embriaga la vista (138). La poética de los elementos se plasma en dicha atmósfera lírica que sitúa al agua en el centro, articulada con las demás fuerzas naturales indómitas. El agua toma la forma de la lluvia incesante, los ríos, el fango y los charcos —en los que los peones sedientos y animalizados beben—. También aparece bajo distintos colores, entre los cuales domina el verde. Este tinte verdoso alude metafóricamente a la descomposición física y social. Si bien el paisaje suele formar parte de la vida humana, aquí la dinámica se invierte: el sujeto se funde con el entorno como paisaje, animal u objeto; una cosificación característica de la geopoética de Lyra.

En efecto, al igual que el agua, los niños son “verdosos” y “se mueven con lentitud” (133). Al ser analfabetos, son descritos como “animales entre esas soledades” (135), comparados a las especies de la selva bananera. Bajo la misma premisa del *locus horribilis*, Martín, un niño de tan solo un año, aparece infestado de niguas y piojos. El abandono y la degradación del ser humano a costa de la producción bananera es el *leitmotive* de *Bananos* y

hombres: además de mencionarse al inicio de cada capítulo, este deterioro físico se reitera a lo largo de la obra. Dicha deshumanización se produce en un entorno que, como afirma Gélinas-Lemaire, parece “bloquear, canalizar o alterar las informaciones sensoriales que le llegan” (162; trad. propia), confundiendo el cuerpo humano con los elementos del orden natural.

Bajo esta premisa, Paul Rodaway analiza la estructuración espacial a través del tacto, el olfato, el oído y la vista. Lyra utiliza lo que Rodaway llama *soundscape* (paisaje sonoro) y *smellscape* (paisaje olfativo) para destacar la fractura entre la geopoética del entorno y la decadencia provocada por los sonidos y olores desagradables. Por un lado, “el rumor del aguacero sobre los bananales” (127) y “el canto de las chorchas y de los yigüirros” (133) contrastan con “las válvulas del viejo motor de la lancha (que) han cogida a patadas el silencio espeso” (137). Sin embargo, el ambiente paradisíaco nunca permanece en la obra de Lyra; el ladrido de los congos y el alboroto de las oropéndolas rompen con la supuesta paz de estos campos tropicales, personificada como “hipócrita” por la autora (133). Los sonidos de la enfermedad y del dolor oscilan entre “la tos de tuberculoso” y el trabajador lesionado que “brama del dolor”, los cuales contrastan con la melodía agradable de la música, “buena compañera de estas gentes” (129). La guitarra de Sandino y el canto de Zapata se describen como fuerzas naturales: “como el agua, como el viento, como la luz del sol” (130).

Por otro lado, el olfato —al poner de relieve la podredumbre, la enfermedad y las pésimas condiciones humanas del entorno— es fundamental en dicha literatura. El lector puede imaginar el olor a descomposición mediante oraciones como “la despiadada humedad de los bananales” (127), los “charcos en cuya mirada verdosa acecha la fiebre” (133) o las hojas que aparecen como “harapos sucios” (128). La enfermedad no solo se oye, sino que se siente y se ve: “cuando ríe deja ver unas encías pobladas de ruinas negruzcas que deben oler mal” (134). Aunque no se describe explícitamente, se incluye también el olor a “guaro contrabandeado” y a ron, puesto que forma parte de la vida cotidiana del campesino. Lo mismo ocurre con el tabaco —cuando el maquinista Pancho Sandino “fuma y fuma en su pipa negra y tosca” (138)— y la alimentación diaria, que no consiste en mucho más que una “burra de arroz y de frijoles que bajan con café” (127) o, para la cena de Nochebuena, una simple “olla de tamales” (130). Por último, también destaca el fuerte olor de la carne mediante las “cuerdas tendidas con tasajos de carne de chanco de monte que se secan al sol” (138).

En definitiva, tanto el *soundscape* como el *smellscape* funcionan como recursos estéticos para denunciar la violencia ambiental y corporal que deshumaniza al campesino.

Frente a este *locus horribilis* olfativo y sonoro, los espacios privilegiados de la élite huelen a perfume, al olor de las orquídeas, al champán o a “*cocktails* exquisitos”. La música no proviene de los instrumentos de los campesinos, sino de la radio, que también difunde sermones religiosos como “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”. Esta frase contrasta con los ruidos de la selva tropical y de la vida rural, y resuena como un eco crítico al poder religioso de la época, indiferente a la miseria de las clases desfavorecidas. Dicha dicotomía se evidencia a través de la dimensión geocrítica, la cual se analizará en el siguiente subapartado.

5.2.3 Geografías en contraste: entre el *locus horribilis* y el *locus privilegiado*

A pesar de que *Bananos y hombres* remite a múltiples regiones costarricenses como Guanacaste, Tortuguero, Cartago y Siquirres, así como a los distritos de Turrialba, Santa Cruz y el Colorado, los espacios más emblemáticos son el Hospital San Juan de Dios, la barra de Parismina y el río Reventazón, contrapuestos al sofisticado Club Unión de San José. En esta narrativa, el entorno se observa no solo a través de la lente de la geopoética, sino también de la geopolítica. Si bien la primera perspectiva ofrece un panorama del paisaje tropical y costero cuya paz y seguridad son cuestionables, la segunda se aborda desde la geocrítica para examinar cómo el espacio neocolonial es representado en el texto. Como se verá a continuación, la obra ofrece una lectura cartográfica de la zona bananera limonense —caracterizada por campos de cultivo, río y vías de comunicación—, pero fragmentada en dos sectores opuestos: por un lado, las zonas marginadas y pauperizadas y, por otro, los sitios urbanos y lujosos de la clase burguesa (San José, Limón y, más allá de las fronteras nacionales, Nueva York).

Del lado de los desfavorecidos, el hospital se establece como un “desaguadero de toda esa gente palúdica, tuberculosa y sifilítica que sale de las fincas en donde se produce el banano [...]” (139). En efecto, este sitio acoge a peones y habitantes que padecen de paludismo o sífilis —en el caso de la mujer—, entre otras patologías y lesiones originadas por las pésimas condiciones de vida en la plantación. Para denunciar la indiferencia e, incluso, la crueldad de las monjas —quienes gestionaban los hospitales públicos en ese periodo⁵⁶— frente a las infecciones venéreas, Carmen Lyra utiliza la figura de la “Virgen” para personificar de manera

⁵⁶ En efecto, tal como documenta Pietras (2016: 331), en esa época, “la Iglesia católica tenía presencia y autoridad moral en la sociedad costarricense”.

irónica a las religiosas. En efecto, afirma que “la Virgen del Señor les echará en cara su liviandad al ver la mueca de dolor de las míseras [...]”, pero “no las curará los domingos ni días de fiesta religiosa por tratarse de enfermedades relacionadas con el pecado” (Ibid.). En la periferia de la capital también destacan las pésimas condiciones de salud, como se observa en la zona del Parismina y del río Reventazón, lugares húmedos que acogen a los trabajadores bajo el cielo aún oscuro de la noche. Este fenómeno se puede observar en el siguiente extracto: “El nivel del Reventazón sube y sube. La víspera ha llegado a la finca la orden de corta: mil racimos *slight heavy full*. Todavía oscuro se han levantado los peones. En la lejanía el mugido de la barra de Parismina y en torno a los ranchos el rumor del aguacero sobre los bananales” (127).

Para destacar la brecha entre estos entornos desoladores y los lugares exclusivos de la élite —evidenciando así la profunda brecha social entre los habitantes del enclave y la oligarquía mayoritariamente “blanca” y euro-norteamericana—, Lyra alude al Club Unión de San José. La autora marca este contraste al señalar que, “entretanto en la ciudad, las ganancias de la finca servían para que el padre y el hijo fueran socios del Club Unión, [...] para que la hija vistiera muy chic y fuera cada año a Europa y a los Estados Unidos [...]” (125). Mediante esta oración sarcástica, la autora recuerda al lector que el sufrimiento de los oprimidos alimenta la riqueza de la alta burguesía, permitiéndole disfrutar de viajes y bienes de lujo.

Adicionalmente, la voz narrativa retrata al *locus* privilegiado al describir la zona residencial de los altos mandos de la UFCo. Estos habitan “casas confortables” o “deliciosos apartamentos” decoradas con “arbolitos de Navidad con muchas luces y frutas fantásticas de vidrio” y celebran su Nochebuena en el *Amusement Hall*. En este lugar lujoso, la alta burguesía bebe *champagne* y ofrece regalos comprados con el dinero negro de la corporación (131). El contraste es flagrante: mientras el *Assistant Manager* de la empresa regala a su amada un *Rolls Royce* con “carrocería diseñada especialmente, calefacción, luz eléctrica [...]” (132) y diamantes de Tiffany, en las barracas del proletariado, la atmosfera consiste en la lluvia incesante y el alboroto de los trabajadores ebrios, quienes están iluminados por una mera lámpara de petróleo. Para evidenciar la prioridad productiva de la compañía y el contraste entre la Nochebuena de los ricos y la de los pobres, el narrador señala que, aun tratándose del veinticuatro de diciembre, “hay que cargar con todo primor la fruta para que no se maltrate” (128).

La disparidad económica entre estos dos grupos sociales no solo se manifiesta a través de la alimentación, el aspecto físico y el hábitat de los personajes, sino también a través de las

vías de comunicación. Aunque el lector viaja por dos universos opuestos, es a los más desfavorecidos a quienes acompaña a lo largo de la historia. Como se explica en la compilación de las obras de White et al. (2015), “la instalación en un lugar condena al ser a la inmovilidad, a la decadencia, a la muerte, tanto en lo que respecta al suburbio como al campo de refugiados. Por el contrario, el movimiento del agua [...] parece incitar al ser a ponerse también en movimiento [...]” (232). En este caso, el hombre empobrecido vive en “ranchos” o “caseríos” precarios que contribuyen a su alienación. Para hacer frente a la miseria, Lyra recurre también a la poética del movimiento: los niños “deambulan” y “vagabundean”; una familia “emigra a otra finca” (137); Estefanía había recorrido muchas millas (123) antes de llegar a las fincas del banano, donde “siguió rodando” como las demás mujeres y niñas de la zona. Los obreros también “se mueven a la luz de las lámparas” y salen del caserío para ir a trabajar (127), antes de internarse en los bananales (Ibid.). En su faena, tienen que “recorrer kilómetros” (127) y “moverse mucho para dar abasto” (128). Además, el vaivén de los cortadores y los concheros es incesante.

Estos desplazamientos a pie forman parte de la geopoética de Lyra, quien utiliza dicho nomadismo para establecer paralelismos con la biopolítica del cuerpo. En efecto, cuando no hay lancha ni tren, los sujetos subalternos no tienen otra opción que el andar; este acto conecta directamente a los personajes con la naturaleza y evidencia su máxima vulnerabilidad. En efecto, los peones salen del caserío “chapaleando agua y se internan entre la despiadada humedad de los bananales” (127). Si no es por la humedad, sus cuerpos están sumergidos por el agua: “hay partes en donde el agua llega a la rodilla de los más altos” (Ibid.). Asimismo, los carreros, cuyas ropas están empapadas, andan “dando traspiés entre el agua con sus botas llenas de barro” (130), mientras los cortadores aparecen cubiertos de un “atavío de hojas secas de banano” que les da el aspecto de “bailarinas hawaianas” (127). Dicha comparación pone de relieve la forma en que los elementos naturales de la plantación se imponen sobre el cuerpo humano y se funden en él como entes monstruosos para alienarlo.

Cuando no se desplaza a pie, esta población subalterna sigue el curso fluvial o ferroviario. Además de las barcas y los carros-plataformas tirados por mulas, la vieja lancha *El Parismina* contribuye significativamente a la geopolítica del movimiento: esta embarcación motorizada que “anda con las entrañas al aire” (138) “remonta el río en su viaje semanal” (137) y “corre el Parismina” (133) también contribuye a la alienación y a la cosificación del sujeto subalterno, como cuando la voz narrativa afirma, al hablar del maquinista que transporta a los pasajeros, que “se le podría tomar como un utensilio indispensable para la marcha del motor

como la aceitera que se encuentra a su lado” (139). Desde el enfoque geocrítico, el río y la lancha *Parismina* llevan consigo tanto a los pasajeros como a la mercancía, sin hacer distinción entre ambos. Mientras los primeros —tanto el obrero mutilado como la mujer enferma— viajan hacia el hospital de San José para curarse de las numerosas infecciones del enclave, la valiosa fruta, manejada con precaución, tiene un destino distinto: cruzar la frontera nacional para ser exportada en los mercados extranjeros.

De manera análoga, el entorno bananero de *Bananos y hombres* se caracteriza por la omnipresencia del ferrocarril. Lyra remite a “la Línea” y sus caseríos, “los trenes de los ramales que salen de Siquirres” o “el grupo de gente que esperaba la llegada del tren” para señalar la importancia de esta instalación moderna y neocolonial. Como se ha mencionado, la construcción del Ferrocarril al Atlántico se terminó hacia finales del siglo XIX, lo que explica la transformación definitiva de esta región costarricense mediante la red ferroviaria. En este contexto, el tren se entiende como un símbolo de progreso que colonizó las tierras, esencial para el transporte masivo de personas y, sobre todo, para la exportación de la fruta⁵⁷. Aquí, el *leitmotive* ontológico de Lyra vuelve a aparecer mediante el tratamiento cuidadoso del banano, que “hay que cargar con todo primor [...] para que no se maltrate” (128). Una vez más, este prima sobre los trabajadores, quienes “les hacen lechos de hojas en las pequeñas plataformas de madera montadas sobre ruedas” (Ibid.). En contraste, los demás pasajeros —como Estefanía y su hija— se ven obligados a viajar “entre un montón de sacos y cajones” (126).

Geopoéticamente, las vías férreas aparecen como una “red de líneas que surcan las fincas” (126). Esta frase ilustra concretamente la modificación del paisaje de la zona Atlántica por parte de la corporación extranjera. Además, la línea ferroviaria —cuyos rieles y *switches* están cubiertos por el agua del río— es un verdadero espacio de peligro para los obreros como Pancho Ortega, quien se ha lesionado la rodilla al “levantar y acomodar el carro en la vía que debe tomar” (129). No obstante, puesto que el peón está “en la punta de la cola de los valores que allí se cuentan”, este accidente no tiene ninguna importancia para la compañía, cuya lógica es nuevamente cuestionada por el narrador: “¿A qué pensar en eso? ¿Acaso vale más su rodilla que el banano de la “United Banana Co.”” (Ibid.).

Asimismo, mientras Estefanía —al enamorarse del hijo del dueño de la finca en donde trabajaba de cocinera— no permite que el varón “se perdiera un cinco en el comisariato, ni que

⁵⁷ Este fenómeno se observa en el trabajo Bourgois (2016: 33): “los vestigios de puentes, de líneas de ferrocarril y aún de los túneles, pueden verse todavía deteriorándose en la selva, en territorios indígenas tan remotos como la boca del río Cricamola o las partes altas del valle de Talamanca”.

se extraviara un huevo, ni se llevaran un palo de leña” (124), las ganancias sirven para que “la señora que tenía juanetes y callos no se bajara del automóvil” y su hija “fuera cada año a Europa y a los Estados Unidos” (124-125). Por su parte, lejos de viajar en vagones cargados de mercancías, la oligarquía —cuando no toma el avión para ir a Europa— transita por las vías bananeras en automóviles privados de gran confort. Como Lyra recuerda con su habitual ironía, dicho transporte de lujo se obtiene gracias a la labor de los peones de la plantación, cuya explotación enriquece a los favorecidos. Además, estos vehículos reflejan los valores superficiales y el consumo ostentoso de la élite.

A modo de recordatorio, en Nueva York, Mr. Sweentums (*Assistant Manager* de la compañía) regala a su amante un *Rolls Royce* con “carrocería diseñada especialmente, calefacción, luz eléctrica, orquídeas y no sé cuántas novedades más” (132). Frente a la “despiadada humedad” de las bananeras y la “luz aceitosa de una lámpara de petróleo” (130) del rancho inundado, el coche dispone de calefacción y luz eléctrica. Además, sus amigas llegan en *limousine* y en *Packard* (“regalo del padre”), vehículos considerados entre los más costosos de América en la época. Esta mirada crítica hacia las infraestructuras implantadas por la transnacional y el modo de vivir desmesurado de la élite urbana vuelve a aparecer en las páginas de *Mamita Yunai*, como se analizará a continuación.

5.3 Carlos Luis Fallas: el descenso al infierno bananero

5.3.1 Estructura narrativa y espacial

Mamita Yunai se estructura en tres bloques temporales y temáticos, y se organiza como un relato de viaje que transporta al lector a lo largo de la costa atlántica, transitando por la provincia de Limón, hasta desembocar en el cantón indígena de Talamanca.

En el primer capítulo, “Politiquería en el Tisingal⁵⁸ de la leyenda” —el más extenso—, la voz del autor-narrador irrumpe en el *incipit* para proporcionar un retrato de Sibaja en el tren local de La Estrella con una precisión cronológica característica del realismo testimonial de la obra: “El jueves 8 de febrero, a las seis de la mañana, [...]” (11). A través de este viaje inicial,

⁵⁸ En el glosario de su obra, Fallas define el Tisingal como el “nombre de unas fantásticas minas de esmeraldas que inútilmente buscaron los conquistadores españoles en la región de Talamanca” (239). Este sustantivo aparece dos veces en el texto. En la primera ocasión, el autor menciona las misteriosas “Minas de Tisingal” de los “codiciosos buscadores [...] (que) no encontraron las fantásticas esmeraldas que anhelaban [...]” (72) para evocar a los conquistadores españoles en busca de minerales preciosos. En la segunda, el eco colonial español reaparece bajo el dominio neocolonial de los “yanquis”, quienes “no llegaron en pos del legendario Tisingal” porque “querían tierra y hombres-bestias que la trabajaran” (Ibid.).

el autor no solo plantea el escenario de un medio de transporte neocolonial “repleto de pasajeros que se apiñaban hasta en los balcones de los carros” (Ibid.), sino que introduce la trama y la cartografía del espacio geopolítico, económico y racial del Atlántico bananero costarricense dominado por la “Yunai”. El carácter extrovertido de Sibajita se manifiesta desde su primera interacción con un vendedor de “tiliches”, a quien informa de su misión política “como fiscal del Bloque de Obreros y Campesinos en la mesa electoral de Amure” (12). Este fragmento introduce al lector en lo que el protagonista atestiguará en el tercer subcapítulo. En fin, Sibaja termina su largo día acomodado sobre una “sábana mugrienta” en un campamento abandonado de la línea de Oliva.

En el siguiente subcapítulo, el protagonista se dirige hacia Chasse, lugar desde donde “en la brisa fresca llegaba el rumor de las cercanas aguas del Sixaola” (24). Esta frase sirve como introducción a su travesía en cayuco por los ríos hacia Talamanca, puesto que, una vez que se adentra en el entrado territorio caribeño “el único medio de moverse [...] es el de los botes y cayucos y éstos serían controlados por el Agente de Policía para impedir la llegada nuestra, sin contar con las dificultades para la comida y el alojamiento” (15). Tras superar los obstáculos y relatar los engaños del gobierno —el cual intenta retrasarlo o despistarlo antes de las votaciones—, el narrador llega finalmente a los centros de votación, cuya lógica fraudulenta es expuesta a través del tercer subapartado.

En dicha sección, Fallas describe el ambiente “en que se iban a efectuar las famosas elecciones de Talamanca” (45). El autor narra el fraude y la corrupción que los partidos políticos y los terratenientes locales organizaban en la remota zona de Tisingal, sumergiéndolo al lector en el universo perverso de los altos cargos, los funcionarios y los políticos, tanto de la zona como de la “Frutera”. Así, se expone la manipulación de los indígenas analfabetos por parte de los caciques locales y agentes de policía, como Leví Montealegre.

En el cuarto subcapítulo, el narrador se aventura en las lejanas tierras indígenas, donde es testigo de las condiciones extremas en las que viven los bribris y otros pueblos nativos, cuyos cuerpos han sido violentados y sus tierras, acaparadas por la compañía. A esto se suma el episodio del cadáver —el de Meléndez, antiguo compañero de Sibaja— relatado por Leví, quien lo encontró en la poza del Tuntún. Tras este cuento de terror, el lector accede luego a los pensamientos de Sibaja, quien reconstruye los hechos a partir de su propia lógica: “Y mientras Leví me relataba la espeluznante confesión del indio, yo, con los ojos cerrados, iba reconstruyendo en la imaginación todas las escenas del monstruoso asesinato” (83). Este relato

dentro del relato destaca la violencia sistemática contra los indígenas y la función del orden natural frente a los muertos.

Antes de introducir el segundo capítulo “A la sombra del banano”, el narrador regresa de su viaje y narra, a través de la trágica historia del peón Eulogio Ramírez, cómo el sistema electivo resulta ser un total engaño para controlar a la gente. Ramírez es un símbolo del trabajador bananero rebelde: aunque no se explican las razones por las cuales mató al administrador gringo de la finca, *mister* Charles Rid, se entiende que los gerentes de la *United Fruit* maltrataban y humillaban a los peones. El final deja un sabor amargo: Leví lo captura a pesar de su sueño de marcharse con su mujer a Guanacaste y, según sus palabras, vivir tranquilo “sino machos que (lo) jodan” (96).

Antes del inicio de la segunda sección titulada “A la sombra del banano”, el joven Sibajita acaba de reencontrarse con Herminio, un querido amigo de la época en que trabajaron juntos en las bananeras. Esta escena conmovedora lo transporta a sus recuerdos lejanos a través de imágenes que desfilan ante sus ojos como en una película: aquellos de sus diecinueve años pasados en las plantaciones del Atlántico:

A la evocación de las cosas y de los amigos lejanos iban pasando por mi mente, con la velocidad del vértigo, como una loca fantasmagoría cinematográfica, todos los amargos días de mi juventud vividos a la par de ese hombre, que más que amigo fue un hermano para mí (p.115).

Antes de incorporar el discurso pronunciado en 1955 sobre la Gran Huelga, esta sección reúne las historias compartidas por los dos amigos. A través de este diálogo melancólico y fraternal, Herminio y Sibaja cuentan sus respectivas aventuras tras su separación.

5.3.2 Geopoética y geocrítica del viaje ferroviario

Gélinas-Lemaire declara en su ensayo que, tal como la cartografía, la poética literaria “define el escenario mediante puntos de referencia, trazados, escalas y colores [...]”, una construcción que “suele ocupar un lugar preponderante en los *incipits* de las novelas, al menos cuando la narración pretende delimitar los primeros territorios de la historia” (7; trad. propia). Es justamente lo que hace Fallas cuando plasma el universo ferroviario bajo una mirada particularmente realista, como si el lector viera a través de sus ojos. Bajo la óptica de la geocrítica, este comienzo cumple una función no solo descriptiva, sino representativa: visibiliza cómo el espacio vivido es configurado y fragmentado por las vías ferroviarias.

En efecto, el tren constituye un elemento fundamental en la obra, puesto que funciona como un microcosmos del sistema bananero al conducir a un grupo pluriétnico compuesto por trabajadores, comerciantes y familias de enfermos. Así, el vagón se convierte en lo que Edward Soja define como un tercer espacio: “vivido como el espacio experiencial, empírico [...] relacionado con la historia [...] equivalente, en su alcance y complejidad, con el tiempo vivido” (1997: 75). Este cosmos saturado no transporta turistas —como se evidencia en las “arrancadas, brascas [...] de todo tren de la United” (12)— sino que, mediante la metáfora visual del humo de la locomotora dejando una “estela negra” en el aire, anticipa el destino de un narrador que se dirige hacia el infierno bananero: un lugar de destrucción ecológica, ontológica y ética.

Bajo una óptica racial y de género, el tren de la *United Fruit* está compuesto mayoritariamente por una presencia afrodescendiente, presentada mediante enunciados como “elementos jóvenes de la raza de color” (11) o “*madamas* de grandes sombreros y carnes exuberantes” (12). Respecto a la teoría de Gélinas-Lemaire, la poética literaria de Fallas se manifiesta mediante un escenario colorido y figurativo descrito con precisión: dos “guapas negritas” visten “traje de hombre: pantalón “balloon” y saquitos de tela blanca, bien engomados y aplanchados [...], zapatos blancos de tacón bajo, [...] camisas de cuello abierto, de seda roja la una y azul la otra, y [...] diminutos sombrerillos de fieltro” (11). Si en Lyra los sujetos marginados siguen el curso fluvial, en Fallas, el movimiento del tren es predominante; permite trazar el recorrido geográfico y el vaivén de los pasajeros de forma documental y realista:

En medio de un maremagnum de inglés y español comenzó el desfile de las estacioncillas: Beverley, La Bomba, Bananito... En todas el mismo trajín de carga y descarga de mercadería y de bajar y subir de pasajeros. Gentes que se acercaban a ofrecer a los comerciantes que viajaban en el tren, cerdos, gallinas, verduras y frutas. Tratos hechos a la carrera y que quedaban para finalizar en la tarde, con el regreso del tren (p.12).

El narrador comparte con el lector no solo el ambiente plurilingüe y las diversas paradas que forman parte del itinerario ferroviario, sino también la economía de subsistencia de los viajeros locales, quienes se ganan la vida como vendedores de cerdos, gallinas, verduras y frutas. Estos personajes representan a la comunidad precaria de la zona que intenta sobrevivir a través de sus periplos cotidianos. Como otra estrategia estética de Fallas, a medida que el tren se acerca a la remota zona bananera, el paisaje se degrada: “más puebluchos. Negros a la orilla de la línea. Comisariatos de la Compañía atestados de borrachos” (Ibid.). Como formulado en la recopilación de White et. al, “la geopoética sitúa en primer plano de sus preocupaciones la exploración física de los lugares, *in situ*, la interacción concreta con el entorno [...], la

percepción íntima de los paisajes y el recorrido singular de un individuo inmerso en el mundo” (26; trad. propia).

Asimismo, el protagonista no solo exhibe su percepción subjetiva del grupo subalterno del ferrocarril, sino que, a través de dicha experiencia, revela al lector parte de su propia identidad: el equipaje del joven explorador está casi vacío, pues lleva dieciocho colones para todo el viaje, y su ropa humilde consiste en “un pantalón viejo, unos zapatos *turrialba* reforzados con buena media suela y un sombrero de paja [...]” (Ibid.). Dentro de este universo en continuo movimiento, Sibaja se sumerge en un mundo precario concreto y se hace uno con él, compartiendo con el lector sus olores, imágenes vívidas y sonidos; una dimensión sensorial que se profundizará más adelante.

Seguidamente, con el fin de profundizar en el eje geocrítico del tren, el Ramal de Línea Vieja —vía férrea real y clave en la historia del Ferrocarril al Atlántico— figura como un escenario fundamental para denunciar la explotación económica de los peones. Esta infraestructura no solo destaca la espacialidad neocolonial, sino también la lógica corporativa que configura el territorio. Como testimonia Fallas, en esta zona pudo observar el sistema del pago por “racimo recibido”, mecanismo que permitía a la compañía no retribuir la extenuante labor de los trabajadores cuando la fruta era rechazada⁵⁹. En cuanto a la crítica de la Modernidad, el siguiente pasaje señala cómo la presencia extranjera y el ideal de progreso de la *United* reconfiguraron la región y bestializaron a los peones: “entró la locomotora y sacó millones y millones de frutas para los gringos. Y mientras en la capital de la República los criollos imbéciles o pillos aplaudían la obra “civilizadora” del “Pulpo”, en Talamanca corría el guaro y el sudor y la sangre también” (73)⁶⁰.

Este fragmento hace eco con el planteamiento de la geopoética, la cual sostiene que este enfoque “manifiesta una resistencia frente a la ideología dominante, que concibe la relación con

⁵⁹ Fallas denuncia este modelo de explotación de forma más completa y detallada: “Y todas esas labores de la “corta” las pagaban los finqueros a tantos centavos por racimo recibido (ojo, compañeros: por racimo re-ci-bi-do). Esto quiere decir que los trabajadores de aquella pequeña plantación del Ramal de Línea Vieja, que se habían sudado y desvelado para poner en la plataforma mil quinientos racimos de banano, sólo percibieron en esa ocasión el pago sobre los doscientos veinticinco racimos recibidos por la *United*; la “corta” y el acarreo de los otros mil doscientos setenta y cinco racimos rechazados resultó para esos trabajadores esfuerzo inútil, trabajo y sudor botados” (211).

⁶⁰ Este fenómeno también se evidencia en el discurso coloquial entre el cabo Lencho y el narrador protagonista: “aquí ya tienen hechos los ferrocarriles y hay ramales por todas partes y con unos cuantos pesos habilitan cualquier nueva plantación; y tienen sus muelles y sus edificios. [...] En cambio, allá tuvieron que hacerlo todo: muelles, ferrocarriles, edificios, enormes cañerías p’al veneno y otras p’al agua. ¿Qué le parece? ¡Tubos por todos los bananales pa’regar el banano!” (111).

los lugares únicamente en función de su uso y su rentabilidad, sin tener en cuenta los vínculos que se establecen entre el ser humano y la Tierra” (White: 56; trad. propia). En la novela, la *United Fruit* reduce la zona caribeña a un mero recurso de producción y comercialización. Frente a esto, la resistencia contra el poder hegemónico se desarrolla en las páginas de *Mamita Yunai* como una cartografía que busca visibilizar las tierras y los sujetos borrados por el progreso neocolonial. De este modo, la novela de Fallas denuncia este “olvido deliberado y pernicioso de la presencia humana en estos lugares” (White: 58; trad. propia).

Para enfrentar este olvido, el relato cartografía así el “infierno de las bananeras” —en alusión al subtítulo de la novela—, un escenario caribeño hostil regido por el modelo de la plantación que constituye el eje del análisis geocrítico. La representación de las diversas regiones costarricenses y ciertos lugares específicos se articula en la novela a través del realismo social y el criollismo. Para el lector que desconoce la geografía de Costa Rica, este texto, caracterizado tanto por la ficción como el realismo, requiere una lectura reflexiva. Aunque el propio autor recorrió diversas localidades, el campamento Andrómeda constituye el entorno ficticio central y sirve para detallar las miserias cotidianas de los trabajadores. Si bien Fallas ubica este “lugar solitario y triste” (119) en la terminal del ferrocarril de La Estrella —en referencia al Valle La Estrella en Limón—, este campamento no aparece en los mapas oficiales. En esta frontera entre lo real y lo ficticio se encuentran otros emplazamientos regionales cuyos nombres fueron modificados sutilmente por el autor: Penshurt pasa a ser Pensorth; Chase, Chasse; Amubri, Amure; Hone Creek, Home Creek —aunque se transforma coloquialmente en “Joncrique”— y el río Coen, Cohen. Por el contrario, Veintiséis Millas, Pandora, Olivia, Sixaola y los ríos Reventazón y Yorquín son localidades reales de la provincia de Limón.

Por un lado, esta poética del lugar se manifiesta en Fallas mediante lo que Gélinas-Lemaire llama el “consenso homotópico” —la coexistencia de la ficción y el mundo real mediante rasgos verosímiles— (2019: 59), al ubicar su relato en el Limón auténtico (Sixaola, Reventazón); de este modo, fortalece el carácter realista de su obra mediante la dimensión testimonial y verídica de la historia.

Por otro lado, el autor genera un “*brouillage* heterotópico” mediante localidades como Andrómeda, Pensorth o Amure, las cuales sirven como un trampolín para la libertad creativa y la alteración literaria del espacio. Gélinas-Lemaire teoriza dicha configuración espacial de la siguiente manera: “si, por un lado, el ‘consenso homotópico’ representa la compatibilidad entre la ficción y nuestro mundo y, por lo tanto, un esfuerzo por lograr verosimilitud, por otro, los ‘*brouillages* heterotópicos’ surgen cuando se desvía el contenido de un topónimo” (59; trad.

propia). Este método narrativo corresponde con el de Fallas al inventar el campamento *Andrómeda* dentro de una zona real (el Valle de La Estrella) o al cambiar *Penshurt* por *Pensorth*. El lugar existe en el mapa, pero la ficción altera su realidad onomástica.

Este distanciamiento con la realidad se evidencia con un tono crítico en el último capítulo de la obra, donde Fallas precisa que la presencia de un dispensario en Andrómeda es, en realidad, una invención literaria. Esto se debe a que, en aquel periodo, la región estaba desprovista de servicios médicos, obligando a los trabajadores a detraer de su propio y miserable salario el costo de las medicinas. Así, el dispensario imaginario sirve para resaltar una realidad chocante: en una región controlada por el imperio bananero, los peones carecían totalmente de asistencia médica. En paralelo, mientras *Bananos y hombres* menciona el hospital de San José para criticar el poder religioso y las precarias condiciones de salud de mujeres, niños y trabajadores, en *Mamita Yunai* la referencia a este edificio es recurrente desde otra óptica. Por ejemplo, el narrador utiliza la metáfora del “matadero” para referirse al “Hospital de la Compañía” y denunciar sus costos altos: “pensar que todas las quincenas hay qui’aflojar la plata pa’ese famoso hospital. ¡Cuántos miles de dólares no s’echará a la bolsa la Compañía!” (197).

Además de esta explotación económica que aprovechaba la enfermedad de los oprimidos, los “comisariatos” de la *United* vendían productos de pésima calidad a precios exorbitantes. Naturalmente, su connivencia con el Estado les permitía evitar costos fiscales (208). En zonas como la Línea Vieja, el control ejercido por la “Gerencia” constituía uno de los numerosos métodos abusivos: la multinacional imponía a cada finquero el reporte sistemático de la cantidad de racimos disponible para conocer de antemano el número total de fruta que sería cortada. Por ejemplo, si la compañía sabía que había 80. 000 racimos listos, pero que el mercado extranjero (Boston) requería solo la mitad, el “recibidor” rechazaba el 50 % de la fruta con un mero gesto de la mano y sin discusión, puesto que se consideraba “árbitro absoluto” (209). Pero eso no era todo: cuando otra firma quiso comprar esta fruta rechazada a los finqueros, estos se vieron obligados a machetearla. Fue una orden de la “Yunai” para que ninguna otra empresa pudiera hacerle la competencia (210). De este modo, la explotación residía en el sistema de pago “por racimo recibido” y, al no remunerar el trabajo agotador de corte y acarreo, la empresa aprovechaba la mano de obra gratuita.

5.3.3 Geopoética y geocrítica del espacio fluvial y marítimo

A continuación, tal como se ha visto anteriormente, el tren no es el único medio de transporte en el enclave. El espacio fluvial y marítimo —representado por ríos como el Sixaola, Yorquín, Cohen, La Estrella y Reventazón, así como por el pantano, suampo o pocerón, y el mar como alegoría de la muerte— es predominante en la obra. En efecto, este espacio es una construcción deliberada del autor para representar la soberanía neocolonial, la explotación indígena y la impotencia del ser humano frente a las fuerzas naturales. Tal como ocurre con el tren y la lancha en la obra de Lyra, es en este espacio vivido donde los sujetos subalternos y los miembros del poder se cruzan, generando una geopoética de denuncia social.

En primer lugar, aunque Fallas inicia su relato (y su viaje) sobre los rieles y el humo de la locomotora, el río Sixaola se plasma de forma predominante en la primera parte de la novela. Si en *Bananos y hombres* el maquinista transporta libremente a un grupo proletario y enfermo en lancha, en *Mamita Yunai*, los botes y cayucos son instrumentos de control por parte de la policía local, pues, como atestigua el narrador, son “controlados por el Agente de Policía para impedir la llegada nuestra” (16). Esta frase prepara al lector para la dimensión geocrítica intrínseca a dicho espacio, el cual se entiende, así, como un régimen de poder neocolonial donde las aguas se han convertido en una propiedad.

Mediante las descripciones verosímiles del autor —que recuerdan el *soundscape* y *smellscape* de Rodaway—, su obra se inscribe sin dudas en la novela regionalista, también llamada novela de la tierra. El agua y sus entornos son fuerzas vivas y poderosas que derrotan tanto a los más débiles como a los enemigos. El lenguaje minucioso y fidedigno del autor enriquece la experiencia narrativa del lector, quien no solo accede a las imágenes del paisaje salvaje, sino también a su dimensión táctil, a sus sonidos y a sus olores:

Volvimos al cayuco. Avanzaba el sol por entre nubes amenazantes que ensombrecían los montes abruptos y las aguas tumultuosas del inmenso río. Soledad. Silencio profundo interrumpido apenas, de vez en cuando, por los chillidos de las aves asustadas por nuestro paso y por el acompasado chasquido de las palancas al rastrillar en el fondo pedregoso del Sixaola (p.28).

Aquí, la geopoética se despliega como la capacidad de Fallas para, mediante su pluma, hacer sentir el calor del sol y la amenaza de las nubes, ver el relieve abrupto y la fuerza de la corriente, e incluso oír el silencio profundo, el chillido de las aves y el roce de las palancas en el fondo del río Sixaola. A pesar de ser un espacio libre donde los personajes se dirigen para nadar, pescar, remontarlo, cruzarlo y atravesarlo, también exponen su cuerpo —a veces

desnudo— a la peligrosidad del agua. Así, el “revuelto y espumoso pocerón formado por los dos ríos al encontrarse” (90) o “se oía a lo lejos bramar el revuelto torrente” (179) convierten el río bananero en un espacio hostil que dibuja la frágil frontera entre la vida y la muerte:

Leví remaba vigorosamente, empleando la palanca como canaleta. Embestimos contra el rugiente remolino partiendo en dos sus turbulentas aguas; yo vi el murallón venírse nos encima y, cuando ya creía inevitable el pavoroso choque, el bote viró a un violento canaletazo del cholo, que reforzó Leví apoyando la palanca en el paredón para amortiguar la violencia del viraje (p.90).

A nivel metafórico, el espacio de la muerte más simbólico es el mar, el cual se introduce a través del canto de Calero, fiel compañero de Sibaja. Este poema intercalado en cursivas hace eco de las dinámicas del enclave bananero, las cuales se distinguen del mar negro mencionado en los versos: “no eran negras las ondas de ese horrible mar. Eran verdes y hediondas [...] Miles de hermanos se habían hundido en él y sus ondas acababan de tragarse también a Calero” (188). Este mar simboliza la condición de los trabajadores, perdidos tanto en un océano verde (el bananal) como en el horrible mar negro de la miseria. En paralelo, en *Bananos y hombres*, la cruz negra frente a la inmensidad azul simboliza la muerte de una mujer de destino trágico — como Calero y otros peones de las bananeras— que “el mar había llevado hasta allí” (Lyra, 123). Bajo esta lógica, el mar se convierte no solo en un escenario de muerte, sino también en una vía de escape donde peones como Sibaja se refugian para llorar en silencio: “yo salí huyendo hacia el río, a torturarme el cerebro y a amargarme la vida donde nadie me viera” (186).

Sin embargo, en el plano empírico, es el río el que figura vinculado con la muerte en el enclave, al convertirse en el lugar que devuelve los cuerpos, como ocurre con el cadáver de Meléndez. La necropolítica de Mbembe resuena en dicho episodio, específicamente cuando los criminales “manearon al muerto y lo lastraron con los rieles y el rifle y luego continuaron aguas abajo hasta el Tuntún [...] desembarcaron en la playa y trazaron una cruz en la arena, sobre la que tendieron al muerto” (87). Es simbólico que las vías del tranvía, abandonadas por la *United Fruit Company*, sirvan aquí como herramientas para hundir el cuerpo, y que el cayuco funcione como un vehículo de la muerte. La ausencia de investigaciones oficiales para encontrar el cuerpo opera como si Meléndez hubiese sido borrado por la miseria del enclave. Asimismo, es en este mismo río donde Calero se lava con jabón para “lograr blanquear así su pellejo achocolatado”, al punto que “parecía una montaña de espuma con ojos” (168). Como se ha señalado anteriormente, la interpretación de este deseo de blanqueamiento subraya la hegemonía colonial y la influencia del hombre blanco sobre los sujetos del territorio explotado.

Al ser considerada una “novela de la tierra”, *Mamita Yunai* representa asimismo el modo de vivir indígena mediante su embarcación tradicional, como aparece en este pasaje:

El indio en su cayuco navega aguas abajo por horas y horas, fatigosamente, sorteando las revueltas correntadas, hasta llegar a Chasse. Y allí le quitan lo que lleva por cualquier piltrafa. Y lo que compra lo paga a peso de oro: el azúcar es oro en polvo para el indio; y la sal también (p.75).

Este fragmento destaca la desigualdad del sistema de intercambio mediante el cual el indio baja con sus productos y, en cambio, sube con casi nada. La imagen geopoética del indígena que regresa difícilmente contra la corriente, abatido, para volver “a hundir en su rancho miserable, a seguir hartándose de maíz y de bananos sancochados hasta morir aniquilado por la tos, la diarrea, el paludismo o por una mordedura de serpiente” (75), es impactante. Si la lancha aliena al sujeto oprimido del enclave en la obra de Lyra, aquí, la necropolítica regida por el poder corporativo opera también en la vida autóctona.

Además, la furia de la corriente también constituye una amenaza para las poblaciones nativas, a pesar de que manejan las palancas con sorprendente habilidad (91). Esto se refleja en un diálogo entre Sibajita y un indígena, quien le advierte del peligro: “—Hombre camina bien en el río... río mucho peligro. —Yo indio también —les dije riendo y enseñándoles mi melena, lacia y abundante como la de ellos—. Yo vive mucho tiempo en Cohen” (41). A pesar de representar un espacio peligroso, el curso fluvial también constituye un lugar de encuentro e intercambio entre los indígenas y los peones de la zona. Siguiendo con esta línea de benevolencia, Fallas nos relata cómo, gracias al lazo solidario que lo une a sus compañeros, estos logran desafiar dicho peligro: “el río estaba crecido, y a pesar de que el brazo era un brazo sin vida, de agua muerta, también se había hinchado, inundando los bajos. Los dos, con el agua al cuello y cogidos de la mano, fuimos pasando, uno por uno, todos los bultos” (180).

En definitiva, Carlos Luis Fallas logra denunciar impecablemente cómo las tierras del caribe costarricense han sido configuradas por la corporación, no solo para la agricultura intensiva, sino también mediante la implantación de infraestructuras como el ferrocarril. No obstante, al constituir un espacio natural dinámico, el río —como se evidencia en el episodio del cadáver y de las aguas embravecidas— resiste frente a la soberanía corporativa. Al igual que los peones de la zona, la naturaleza manifiesta sus propias formas de resistencia frente a dicha supremacía neocolonial, un fenómeno que se constata en dicho fragmento:

La Compañía necesitaba abrir una trocha inmensa, a través de la montaña, rompiendo rocas a la orilla del río, haciendo rellenos y tendiendo puentes, para llevar un tranvía hasta la selva virgen

y pantanosa, buena para el cultivo del banano, y habilitar de paso unas plantaciones abandonadas hacía algunos años, cuando el río arrastró el antiguo tranvía (p.119).

Como se constata, la naturaleza está dotada de una fuerza indómita ante la cual los agentes de poder retroceden. Al igual que en *Bananos y hombres*, el entorno natural aliena y acoge de forma simultánea a la clase trabajadora. En este sentido, la geopoética de Fallas constituye un eje fundamental para profundizar en dicha dimensión ambivalente.

5.3.4 El *locus horribilis* en Fallas: el infierno verde

Tal como se ha visto, a lo largo de su novela, Fallas describe el medioambiente como una potencia natural indómita que debilita a los campesinos frente a la fuerza del agua, del viento, de los árboles, así como de las especies salvajes que habitan la selva. El siguiente fragmento ilustra este mundo selvático a través de la descripción detallada del autor:

Su llegada al valle fue saludada por los relámpagos que iluminaban momentáneamente la cerrada vegetación trazando lenguas de fuego en el cielo ennegrecido, y por el ronco mugido del trueno que parecía rajar las nubes y estremecer la tierra. Aullaron los congos furiosamente anunciando el vendaval, sopló el viento con fuerza y un mundo de agua se descolgó de pronto inundando los bajos pantanosos (p.100).

A diferencia de Lyra, Fallas no se demora en la descripción del mundo burgués: prefiere pormenorizar el *locus horribilis* que caracteriza a lo que denomina el “infierno bananero”. Para este fin, al igual que en el relato de Lyra —cuyos personajes chapalean agua y barro—, Fallas utiliza una geopoética del fango que pone de manifiesto la degradación física del trabajador en términos corporales y sensoriales: el peón avanza “chapaleando agua y barro, resbalando en los rieles y en los astillones” y se sumerge en la selva inmensa y en una oscuridad nocturna donde los congos aúllan “en un coro infernal” (179). Su labor agobiante en la costa caribeña evidencia cómo la explotación se inscribe en la carne de los obreros, quienes regresan del trabajo “acalambrados”, con las manos arrugadas y “de un blanco azulejo” por la humedad. Al volver con el barro “a media pierna” y la “ropa empapada” (146), se constata la alineación de los sujetos ante este entorno inhóspito.

Asimismo, el río no es el único espacio hostil para los habitantes de la zona bananera. En la montaña, los peones enfrentan constantemente los obstáculos naturales al resbalar “en las retorcidas raíces” y saltar por encima de “los grandes troncos recién derribados” (121), o al recorrer la “multitud de tortuosas picadas, profundas, estrechas y resbaladizas (21). Desde el pie de la “empinada loma” hasta su “difícil ascensión”, los peones enfrentan elementos

selváticos a los que el autor dota de un carácter monstruoso y de una “inexpugnable fortaleza” (Ibid.): “árboles enormes con largas trenzas de bejucos, humedad y sombras por todas partes. Ni una brisa, ni un rumor en la naturaleza; sólo lograba percibir, de vez en cuando, el ronco jadear de los que venían más cerca” (20).

Asimismo, en línea con su geocrítica del agua, Fallas ilustra cómo la soberanía de la naturaleza se anula frente al sistema extractivista de la *United Fruit*, corporación que abandona inmediatamente los suelos tras haberlos explotado: “se iba a transformar el jugo de la tierra en bananos y en cacao que luego cambiarían por oro legítimo en los mercados extranjeros [...] Pero al poco tiempo la tierra se cansó de dar bananos y ya el cacao no significó nada para los yanquis” (73).

No obstante, la naturaleza se entiende como el binomio solidario del ser humano frente al dominio de la “Yunai”, puesto que ambos padecen la misma tragedia. Por un lado, la relación que mantienen es ambigua: si bien contribuyen a su explotación mutua —dado que el hombre explota el medioambiente del mismo modo que la naturaleza lo aliena—, actúan como cómplices frente a la compañía. Por otro lado, el entorno natural sirve como único refugio para el individuo, un espacio donde puede alejarse del alcohol, la prostitución, la violencia y la presencia controladora de la élite. Así se observa en *Mamita Yunai*, cuando el protagonista llora de amargura a la luz de la luna, deseando sentir “la tibia caricia del viento abrialeño” en su tierra nativa (184-185).

Sin embargo, este refugio es ambiguo, pues la atmósfera sigue siendo fúnebre, poblada por “casuchas miserables que parecían acurrucarse en el frío de la mañana gris y lluviosa; cacahuitales oscuros y pantanosos en el fondo sombrío [...]” (23). Las entidades naturales actúan como agentes y, junto con los trabajadores, forman “un conjunto impresionante y macabro, semejando un desfile de fantasmas fugitivos” (22). Junto con la geopoética del fango y la monstruosidad de la selva, dicha geografía macabra refleja el proyecto neocolonial que violenta los cuerpos y el entorno natural de forma simultánea.

El análisis comparativo de *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai* permite contrastar su representación del enclave bananero costarricense como un espacio de deshumanización y alienación mediante estrategias narrativas y estilísticas distintas. A través de la geopoética y la geocrítica, se ha demostrado que el espacio no tiene funciones puramente estéticas, sino que, al representar las relaciones de poder y la violencia neocolonial ejercida sobre los sujetos subalternos, constituye el eje estructural de dichos textos de denuncia.

Tanto Lyra como Fallas visibilizan la zona bananera como un *locus horribilis* que degrada los cuerpos a través del fango, el agua, la montaña y la vegetación selvática indomable. Sin embargo, sus *modus operandi* se distinguen claramente. Por su parte, Lyra busca destacar cómo el entorno contribuye a la degradación del proletariado, contrastándolo con el tipo social burgués, quien ocupa altos puestos dentro de la *United Fruit Company*. Con respecto a Fallas, al modificar deliberadamente los topónimos de la región, su novela de la tierra sitúa la violencia neocolonial del “infierno bananero” en un mapa parcialmente ficcional. Aunque ambos relatos cumplen funciones particulares respecto al espacio, también comparten ciertas características.

En efecto, tanto Lyra como Fallas adoptan un tono lírico (más prominente en Fallas), alegórico y metafórico, así como una geopoética sensorial y corporal que fortalece el realismo de su obra. Si bien se diferencian por su representación espacial, la dimensión geocrítica que atraviesa los textos coincide: la compañía aparece como un agente que transforma el paisaje, borra la vida del sujeto subalterno y somete los cuerpos. Asimismo, los escenarios del enclave bananero evidencian cómo el banano prevalece en detrimento de la vida humana.

Asimismo, la estética del paisaje como *locus horribilis* y *locus privilegiado*, la geopoética del viaje ferroviario y fluvial, y el enfoque biopolítico y necropolítico del espacio bananero permiten establecer una conclusión: la región caribeña de la primera mitad del siglo XX fue un territorio donde la vida humana de los desfavorecidos (peones, mujeres y niños) valía menos que un racimo de bananos. Así, ambas obras resultan esenciales en la denuncia de dicho fenómeno, razón por la cual se enmarcan indudablemente en la historia y la literatura de Centroamérica.

Conclusión

Esta investigación partió del postulado de que la plantación bananera, tal como se representa en *Bananos y Hombres* de Carmen Lyra y *Mamita Yunai* de Carlos Luis Fallas, funciona como un espacio neocolonial multidimensional que organiza la explotación económica, la dominación racial y de género, y la degradación medioambiental. El análisis de ambas obras realizado a través de los marcos teóricos del Capitaloceno, el Plantacionoceno, el Negroceno, la biopolítica/necropolítica y la Contraplantación permitió confirmar esta hipótesis inicial, precisando sus límites y tensiones.

La primera pregunta de investigación —¿cómo se representa la relación intrínseca entre la explotación del ser humano y de la naturaleza?— ha encontrado su respuesta en la reducción de lo vivo —humano y no humano— a objeto explotable: un principio del Plantacionoceno y la “Naturaleza Barata” postulada por Moore. Tal proceso aparece en el relato de Lyra, quien enuncia explícitamente dicha lógica: “en las fincas de banano se le guardan más consideraciones a una mata de banano que a un peón” y, de forma aún más directa; “en las zonas bananeras tiene más valor un racimo de bananos que un hombre”. Estas dos hipérboles no tienen un propósito solamente estético, sino que constituyen el pilar de su denuncia: en la escala de valor, no hay diferencia entre lo humano y la mercancía. Esta indistinción se refuerza con el proceso de producción y distribución: racimos recibidos y depositados “con todo mimo” y “con el mayor cuidado”, rechazados cuando no tienen “el grado pedido” o por “exceso de fruta en los mercados de los Estados Unidos”. Del lado del monocultivo bananero, no obstante, los habitantes de la zona son tratados como fruta podrida que se desecha si no genera ningún beneficio.

Tal como lo documenta Bourgois, la precariedad sanitaria e higiénica y la segregación racial del enclave refuerzan la discriminación entre trabajadores blancos y negros: estos últimos son las principales víctimas de la necropolítica ejercida por el imperio bananero extranjero. Tales condiciones de vida son descritas en el mismo capítulo de Lyra: niños con ojos “duros como guijarros”, infestados “de niguas y piojos”, “verdosos”, comparados con “animales entre esas soledades”, junto con la mujer —descrita como una “rama desgajada”— y el peón melancólico, palúdico y alcohólico, “retorcido como retuerce el fuego una rama verde”. Esta reducción del ser humano al orden de la naturaleza también aparece en *Mamita Yunai*, donde las ondas del “horrible mar” que tragan el cuerpo de Calero lo convirtieron en uno de los desechos más de la plantación, y la propia tierra —explotada hasta el agotamiento

y luego abandonada— “se cansó de dar bananos”, tratada de la misma manera que el peón por la *United Fruit Company*. En este contexto, Capitaloceno, Plantacionoceno y Negroceno se inscriben en un fenómeno que ambos autores documentan y denuncian: el banano como mercancía que decide del valor y la importancia de las vidas humanas.

Con respecto al Negroceno, esta dimensión racializada es más desarrollada en Fallas que en Lyra. Entre los fragmentos que evidencian la continuidad entre la esclavitud y la plantación colonial, el autor-narrador recuerda la historia de los que “huyeron a la jungla africana de los cazadores de esclavos” y su repetición en el destino trágico de los “pobres negros costarricenses” en la época de la expansión bananera en la región. En *Bananos y hombres*, en cambio, el Negroceno se manifiesta al atribuir la raza exclusivamente a los personajes afrodescendientes; en la descripción de un “carro lleno de negros”, del “negro de Luis” que se emborracha o del piloto negro de la lancha. De forma complementaria, el “Criador” —un hombre negro utilizado por la policía para provocar conflictos con los peones y cobrarles dinero— ilustra una de las estrategias de la corporación para impedir la solidaridad interracial entre los trabajadores. De este modo, se evidencia la segregación racial como parte del modelo corporativo neocolonial, confirmando que dicha división no siempre opera de manera evidente, sino que debe leerse entre líneas, silencios e implícitos.

No obstante, en cuanto a la dimensión de la biopolítica y la necropolítica, ambas obras coinciden. Efectivamente, tanto Lyra como Fallas representan los servicios de salud como otra estrategia lucrativa por parte de la corporación que, nuevamente, prioriza el dinero ante la vida humana. En la obra de Lyra, el hospital de San José designa la degradación del cuerpo humano al igual que el suampo, el barro y la lluvia lo deterioran. Además, la autora dirige su crítica a la autoridad religiosa: la “Virgen” del hospital no curará “los domingos ni días de fiesta religiosa” las mujeres que sufren de sífilis o de enfermedades venéreas “por tratarse de enfermedades relacionadas con el pecado”. Al decidir cuándo y a quiénes curar, la necropolítica aparece también a través de la moral religiosa. En *Mamita Yunai*, el episodio de Pedro Jiménez revela cómo el poder local y extranjero gestiona la muerte, y la del indígena de Talamanca “aniquilado por la tos, la diarrea, el paludismo” —debido a los precios exorbitantes de las medicinas sin las cuales debe sobrevivir— ejemplifica lo que Mbembe nombra la necropolítica.

La segunda pregunta —¿de qué manera se desarrolla la literatura de denuncia a partir de los recursos estéticos y narrativos? — se responde a través de dos formas de denuncia diferentes, cada una con su propio *modus operandi* respecto a la colonialidad del ser. La

denuncia de Fallas es testimonial y militante; atraviesa la obra mediante la voz del narrador autodiegético Sibaja y el sujeto colectivo de la peonada, pero también la agencia de los personajes en su protesta colectiva, la heteroglosia y el discurso de 1955 que concluye la novela. El efecto documentalista se nutre, además, del criollismo: corriente que enfatiza el realismo social de la obra al retratar auténticamente las costumbres, el habla popular y el sociolecto pluriétnico. En Lyra, en cambio, la denuncia no se manifiesta a través de las acciones, sino en una perspectiva que visibiliza los métodos de dominación del poder. En efecto, el narrador heterodiegético no actúa, sino que observa y comenta, utilizando la ironía y la polifonía para desacreditar el discurso del poder neocolonial. Estos recursos estilísticos aparecen, por ejemplo, en el empleo de un léxico adaptado especialmente para describir los racimos de banano tratados cuidadosamente, lo cual contrasta con la indolencia del poder frente a los cuerpos enfermos. Esta contra-agencia discursiva desarticula la pretendida neutralidad del discurso hegemónico, estableciéndose, al igual que la crítica de Fallas, como una forma de Contraplantación. Mientras que la primera se basa en la experiencia colectiva y política, la segunda se cimenta en una mirada crítica que articula el feminismo, el género y los derechos de la niñez, permitiendo exponer la deshumanización de los sujetos subalternos por parte de la transnacional.

En cuanto a la tercera pregunta sobre las convergencias y divergencias de ambas obras en su representación del enclave, el sujeto subalterno y la resistencia, coinciden en señalar la “dominación doble” —sobre el ser humano y la naturaleza— que caracteriza al espacio bananero. De igual modo, la representación de los sujetos invisibilizados por el poder y la historia ocupa un lugar central en ambos relatos, los cuales visibilizan mayoritariamente a las comunidades indígenas y afrodescendientes, a las mujeres y a la niñez. Las obras divergen, en cambio, en su articulación de la resistencia. En primer lugar, la Gran Huelga organizada por el cuerpo obrero en 1934 —la cual logró paralizar más de 90% de los monocultivos bananeros y reunir a 10 000 huelguistas— destaca el éxito de Fallas al unificar a trabajadores negros y blancos, un fenómeno que rompió con las estrategias separatistas de la corporación. El segundo caso es la resistencia pasiva del sujeto indígena, quien se opone a las autoridades simulando no entender el español; aunque no constituye un acto directo ni organizado, forma parte de las estrategias de quienes se niegan a someterse al dominio del poder. El tercer ejemplo analizado es el discurso de la Contraplantación en Lyra, el cual no opera mediante acciones concretas, sino desde una mirada externa y una voz irónica. Estefanía, por ejemplo, no se rebela como lo hacen los huelguistas de Fallas: es la voz narrativa la que se apropia de

su lucha. La última forma de Contraplantación es más sutil y evidencia la agencia de las fuerzas naturales: el río, por ejemplo, degrada el tranvía de la compañía, obligándola a reconstruir sus infraestructuras. De esta manera, el entorno ejerce una forma de resistencia frente al Plantacionoceno que reconfigura los ecosistemas. Así, en ambas obras, la resistencia —sea política o ecológica— opera mediante distintas estrategias y responde a diferentes dimensiones ontológicas.

En definitiva, los marcos teóricos que resultaron más efectivos para el análisis literario fueron la biopolítica y la necropolítica, puesto que permiten analizar el cuerpo —joven y viejo, sexual, enfermo y muerto— como un objeto sobre el cual se ejerce la violencia del enclave. La administración de la vida y la muerte de los cuerpos oprimidos, sexualizados, animalizados y deshumanizados constituye un eje predominante a lo largo de los capítulos III, IV y V. Esta vertiente se manifiesta en el Capitaloceno, el Plantacionoceno y el Negroceno. Los dos primeros, junto con la Contraplantación, permitieron repensar la estructura del enclave como sistema económico y ecocida, así como la resistencia frente a este modelo hegemónico. Sin embargo, como se señala en esta misma conclusión, estas nociones del capítulo II se profundizan y adquieren coherencia en relación con ambas obras; un vínculo que se concreta a través del análisis discursivo y de la representación tanto de los sujetos como del espacio. En cuanto al Negroceno, este se estableció como un concepto indispensable para diferenciar la historia colonial de la explotación racializada, apuntando a fenómenos que van más allá de la mera “explotación laboral”. En su conjunto, estos marcos teóricos se complementan: los primeros (biopolítica y necropolítica) examinan los sujetos y su condición de vida y muerte, la cual está subordinada a la organización del poder; los segundos (Capitaloceno, Plantacionoceno, Negroceno y Contraplantación) buscan comprender los pilares económicos, políticos y antiecológicos que rigen el sistema neocolonial de la *United Fruit Co.* y que repercuten en la vida humana, así como las fuerzas humanas y no humanas que se le oponen.

Finalmente, la denuncia en *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai* se cimenta en tres problemáticas principales: el monocultivo intensivo, la degradación ambiental del territorio caribeño costarricense mediante el uso de químicos, y la reducción de la vida humana a una simple mercancía, utilizada para los fines extractivos y económicos de la UFCo. Cabe precisar que esta realidad no es exclusiva de Costa Rica, sino que se extiende por América Central y, más ampliamente, por América Latina. Bajo esta premisa, la producción literaria de la región demuestra que la violencia neocolonial del enclave se aplica a todo el continente y atraviesa el

pasado, el cual repite las lógicas de dominación de la historia colonial en el siglo XX. En efecto, el Plantacionoceno sigue operando como una estructura de explotación contemporánea mediante el uso intensivo de agroquímicos y la precarización de la mano de obra. En este sentido, *Bananos y hombres* y *Mamita Yunai* superan la literatura histórica: al criticar y documentar el modelo del enclave bananero del siglo XX, se enmarcan en una literatura de denuncia que, un siglo después, encuentra eco en los conflictos éticos, sociopolíticos, económicos y ecológicos del presente.

Bibliografía

Acuña Ortega, Víctor Hugo. *Mamita Yunai: Un cuarto de siglo después. Comunicación*, vol. 18, 2009, pp.39-46.

Agamben, Giorgio. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Stanford University Press, 1998.

Amaya Amador, Ramón. *Prisión verde*. Editorial Ramón Amaya Amador, 2003 [1950].

Ariza Trinidad, Eva. *Híbrido. Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales (DETLI)*, dirigido por Miguel Ángel Garrido Gallardo, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), 2015, pp.1-9.

Asociación Nacional de Empleados Públicos y Privados. “Carmen Lyra”. *ANEP*, s.f., <https://anep.cr/carmen-lyra/>. Consultado el 19 ene. 2026.

Asturias, Miguel Ángel. *Hombres de maíz*. Editorial Losada, 1949.

——— *Trilogía bananera: Viento fuerte; El papa verde; Los ojos de los enterrados*. Editorial Losada, 1950-1960.

Ávalos Rodríguez, Ángela. *Más rostros de mujeres en billetes, ¿qué le parece?* *La Nación*, 10 mar. 2022, <https://www.nacion.com/el-pais/servicios/mas-rostros-de-mujeres-en-billetes-que-le-parece/JMJP5G7Q5FHDRAOPFFBLKDMPEI/story/>. Consultado el 20 ene. 2026.

Beckford, George. *Persistent Poverty: Underdevelopment in Plantation Economies of the Third World*. Oxford UP, 1972.

Beleño, Joaquín. *Flor de banana*. Ministerio de Educación, 1970 [1966].

——— *Luna verde*. Autoridad del Canal de Panamá, 1999.

Bikialo, Stéphane. *Est-ce bien sérieux ? Dialogisme et modalisation pseudo-objective*. *Lingue française*. Armand Colin, no. 163, 2009, pp. 137-56.

Bogantes, Lorena. *El legado de Carmen Lyra más allá de sus cuentos para niños*. *Radio Columbia*, 2023, <https://columbia.co.cr/el-legado-de-carmen-lyra-mas-alla-de-sus-cuentos-para-ninos>. Consultado el 19 ene. 2026

Bogantes-Zamora, Claudio. *La narrativa socialrealista en Costa Rica (1900-1950)*. Aarhus University Press, 1990.

Bogantes-Zamora, Claudio y Kuhlmann, Ursula. *El surgimiento del realismo social en Centroamérica (1930-1970)*. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol.9, no. 17, 1983, pp.39-64.

Bourgois, Philippe. *Banano, Etnia y Lucha social en Centroamérica*. DEI, 2016.

Caracciolo, Marco. *Experientiality*. En Hühn, Peter et al., *The Living Handbook of Narratology*, 2013, <http://www.lhn.uni-hamburg.de/article/experientiality>

Carías Reyes, Marco. *Trópico*. Casasola Editores, 2001 [1971].

"Carmen Lyra". *People of Costa Rica*, peopleofcostarica.com/es/2025/08/02/carmen-lyra/. Consultado el 19 ene. 2026.

"Carmen Naranjo". *People of Costa Rica*, <https://peopleofcostarica.com/2025/07/05/carmen-naranjo-an-essential-voice-of-costa-rican-and-latin-american-literature/>. Consultado el 24 ene. 2026.

Carvajal, Guillermo y Driori, Israel. *La diversidad étnico-cultural en la región atlántica y los problemas de integración socio-espacial al contexto regional costarricense*. *Revista Geográfica*, no.106, 1987, pp.19-67.

Casimir, Jean. *The Caribbean: One and Divisible*. CEPAL, 1992.

Castro-Gómez, Santiago, y Grosfoguel, Ramón, editores. *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre, 2007.

Collot, Michel. *Pour une géographie littéraire*. Corti, 2014.

Cruz Rodríguez, Edwin. *Identidad y alteridad en el Facundo de Sarmiento y los 7 ensayos de Mariátegui*. *Quaestiones Disputatae*, no.14, 2014, pp.167-185.

De Oto, Alejandro, y Quintana, María Marta. *Biopolítica y colonialidad: una lectura crítica de Homo sacer*. *Revista de Filosofía y Teoría Política*, no. 44, 2013, pp.41-62.

Díaz Lozano, Argentina. *Aquel año rojo*. Costa-Amic, 1973.

Dobles, Fabian. *El sitio de las abras*. Ministerio de Educación Pública, 1950.

Donoso-Miranda, Paz Valentina. *Pensamiento decolonial en Walter Mignolo: América Latina: ¿transformación de la geopolítica del conocimiento?* *Temas de Nuestra América*, vol. 30, no. 56, 2014.

Dri, Rubén. *Ethos, ética y sociedad*. Biblos, 2020.

Duncan, Quince. *Visión panorámica de la narrativa costarricense*. *Revista Iberoamericana*, 1987.

Duncan, Quince y Meléndez, Carlos. *El negro en Costa Rica*. ECR, 1981.

Dussel, Enrique. *1492: El encubrimiento del Otro*. Docencia, 2012.

———. *Filosofía de la Liberación*. Docencia, 2013.

Eagleton, Terry. *Literary Theory: An Introduction*. 2.^a ed., University of Minnesota Press, 1996 [1983].

Estrada Torres, José Víctor. *Cosmovisión y cosmogonía de los pueblos indígenas costarricenses*. Ministerio de Educación Pública, 2012.

Fallas Sibaja, Carlos Luis. *La Gran Huelga Bananera del Atlántico de 1934*. CLACSO, 2019 [1955], pp.267-284.

———*Mamita Yunai*, Librería, imprenta y litografía Lehmann S.A, 1941.

Fanon, Frantz. *Les damnés de la terre*. Maspero, 1961.

Ferdinand, Malcolm. *Une écologie décoloniale : Penser l'écologie depuis le monde caribéen*. Seuil, 2019.

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*. Siglo XXI, 1976.

———*Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica, 2002.

———*Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica, 2006.

———*Nacimiento de la biopolítica*. Fondo de Cultura Económica, 2007.

García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Sudamericana, 1967.

Gélinas-Lemaire, Vincent. *Le récit architecte. Cinq aspects de l'espace*. Classiques Garnier, 2019.

Gólcher, Erika. *Reflexiones en torno a la identidad nacional costarricense*. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, vol.19, no.2, 1993, pp.91-99.

González, Damián Gálvez, y López Nájera, Verónica, editores. "Introducción". *Estudios poscoloniales: genealogías latinoamericanas*. Pléyade, no.21, 2018, pp. 17-21.

González García, Mónica. *Plantación, contraplantación y plantacionoceno: Tecnologías y tensiones del cimarrón como héroe de los nuevos cines latinoamericanos*. Universidad de La Habana, CLACSO & Colección Dársena, 2021.

Grinberg Pla, Valeria, y Mackenbach, Werner. *Banana Novel Revis(it)ed: Etnia, género y espacio en la novela bananera centroamericana. El caso de Mamita Yunai*. *Iberoamericana*, vol. 6, no.23, 2006, pp.161-176.

———*Representación política y estética en crisis: el proyecto de la nación mestiza en la narrativa bananera y canalera centroamericana*, F&G, 2009.

Grosfoguel, Ramón. *¿Qué es la teoría decolonial?* Youtube, subido por Itacat Ràdio, 2019.

Guenneec, Mariannick. *Carlos Luis Fallas : les relations conflictuelles entre politique et roman*. OpenEdition Books, pp.221-234, s.f, <https://books.openedition.org/pur/39262?lang=en>. Consultado el 21 ene. 2026.

Gutiérrez M., Joaquín. *Puerto Limón*. Editorial Costa Rica, 1978 [1950].

Haraway, Donna, et al. *Anthropologists Are Talking- About The Anthropocene*. *Ethnos*, vol. 81, no.3, 2016, pp.535-564.

Hernández Cruz, Omar. *Culturas y dinámica regional en el Caribe costarricense*. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, vol.24, no.1/2, 1998, pp.129-162.

Herrera Guillén, Carlos Alberto. *Le réalisme créateur de Carlos Luis Fallas*. Presses Universitaires du Midi, no.35, 1980, pp.248-250.

Herrscher, Roberto. *Historia de la literatura bananera*. *La Vanguardia*, 2012.

Ivanov, Vyacheslav. Heteroglossia. *Journal of Linguistic Anthropology*, vol.9, no.1/2, 1999, pp. 100-102.

Jones, W.O. *Plantations*. *International Encyclopedia of the Social Sciences*, editado por David L. Sills, vol. 12, 1968.

Koeppel, Dan. *Banana: The Fate of the Fruit That Changed the World*. Hudson Street Press, 2007.

“La Tribuna: diario político”. *Portal de Bibliotecas Digitales (SINABI)*, s.f., www.sinabi.go.cr/biblioteca%20digital/periodicos/La%20Tribuna%20diario%20politico.aspx, Consultado el 19 ene. 2026.

Leigh Sharman, Russell. *Red, White, and Black: Communist Literature and Black Migrant Labor in Costa Rica*. *Afro-Hispanic Review*, vol.24, no.2, 2005, pp. 137-149.

Lepe-Carrión, Patricio. *Civilización y barbarie. La instauración de la "diferencia colonial" durante los debates del siglo XVI y su encubrimiento como "diferencia cultural"*. *Andamios: Revista de Investigación Social*, vol. 9, no. 20, sept.-dic. 2012, pp. 63-88.

Llaguno Thomas, José J. *Disputas territoriales en el Caribe Sur de Costa Rica, apuntes conceptuales desde la cuestión agraria (1960-2012)*. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, vol. 42, 2016, pp.385-409.

Lyra, Carmen. *Bananos y hombres*. En *Narrativa de Carmen Lyra*. Editorial Costa Rica, 1931.

———*En una silla de ruedas*. 1ª ed., Imprenta Nacional, 2012 [1917].

Masacre de las Bananeras: 97 años de un hito histórico. *Señal Colombia*, 2025. <https://www.senalcolombia.tv/masacre-de-las-bananeras-97-anos>. Consultado el 23 ene. 2026.

Mbembe, Achille. *Necropolitics*. Duke UP, 2019.

Mignolo, Walter D. *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Akal Ediciones, 2000.

——— *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Gedisa, 2005.

——— *Walter Mignolo: la colonialidad en cuestión*. Entrevista por Norma Fernández. *Prometeo. Revista Sociedad*, n.º 28, 2010, pp. 16-28.

Molina Jiménez, Iván. *Carlos Luis Fallas: difusión, comercialización y estudio de sus obras. Una contribución documental*. *Revista de Ciencias Sociales*, 2011, pp. 179-205.

——— *Catolicismo y comunismo en Costa Rica (1931-1940)*. *Desacatos*, no. 22, 2005.

——— *Partidos comunistas y producción literaria en América Latina. El caso de Costa Rica en las décadas de 1930 y 1940*. *Revista de Historia de América*, no.146, 2012, pp.61-97.

Montero Mora, Andrea. *Entre la frontera nacional y transnacional. La expansión del banano en Costa Rica en el contexto de su comoditización (1899-1930)*. HAAL, 2024.

Moore, Jason W. *The Value of Everything? Work, Capital, and Historical Nature in the Capitalist World-Ecology*. *Review (Fernand Braudel Center)*, vol. 37, no. 3-4, 2014, pp. 245-92.

——— *Capitalism in the Web of Life. Ecology and the Accumulation of Capital*. Verso, 2015.

——— *Comment notre monde est devenu cheap. Une histoire inquiète de l'humanité*. Terrestres, 2019. <https://www.terrestres.org/2019/05/26/comment-notre-monde-est-devenu-cheap/>. Consultado el 30 mar. 2026.

Mora Valverde, Manuel. *Discursos 1934-1979*. Imprenta Nacional, 2013.

Mosby, Dorothy. *Quince Duncan: Writing Afro-Costa Rican and Caribbean Identity*. University of Alabama Press, 2014.

Navas de Miralda, Paca. *Barro*. Guaymuras, 1998 [1951].

Neruda, Pablo. *Canto general*. Archivo Chile, 1950.

Ortiz, María Salvadora. *La novela de plantación bananera centroamericana: espacio de reconstrucción de la memoria*. En Patrick Collard y Rita de Maeseneer (eds.), *Murales, figuras, fronteras. Narrativa e historia en el Caribe y Centroamérica*, 2003, pp. 41-63.

Pacheco Hernández, Daniel. *La identidad costarricense ante los dilemas de la migración, diversidad cultural y desigualdad socioeconómica*. *Reflexiones*, vol.92, no.2, 2013, pp.23-33.

Pérez Weisenberg, Johana. *El enclave bananero en las novelas centroamericanas de Miguel Ángel Asturias, Ramón Amaya Amador y Carlos Luis Fallas*. Universidad de Kentucky, 2019.

Pietras, Vanessa. *Mamita Yunai: la literatura del comunismo costarricense como parte de una vanguardia política*. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, vol.42, 2016, pp.327-355.

Putnam, Lara. *Género, poder y migración en el Caribe costarricense 1870-1960*. INAMU, no.4, 2013.

Quesada Soto, Álvaro. *Uno y los otros: identidad y literatura en Costa Rica 1890-1940*. Universidad de Costa Rica, 2002.

Quijano, Aníbal. *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. CLACSO, 2014 [1993].

Quintana, Emilio. *Bananos. La vida de los peones en la Yunai*. Distribuidora Cultural, 2004 [1942].

Quirós Vargas, Claudia y Bolaños Arquín, Margarita. *Una reinterpretación del origen de la dominación colonial española en Costa Rica: 1510-1569*. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, vol.15, no. 1, 1989, pp.29-48.

Real Academia Española. *República bananera*. *Diccionario de la lengua española*, edición del Tricentenario, actualización 2023, <https://www.rae.es/diccionario-estudiante/bananero>

Rivera, Gineth Tatiana, y Cordero, José Enrique. *Mundos antagónicos en “Bananos y hombres” de Carmen Lyra*. *Revista Letras*, no.69, Universidad Nacional de Costa Rica, 2021.

Robert, Jaime. *Mamita Yunai: una exploración poscolonial*. Universidad de Costa Rica, 2005.

Robleto, Hernán. *Sangre en el trópico*. Cenit, 1930.

Rojas, Margarita y Ovares, Flora. *Cien años de literatura costarricense*. FARBEN, 1995.

Rojas, Raquel Rivas. *Del criollismo al regionalismo: Enunciación y representación en el siglo XIX venezolano*. *Latin American Research Review*, vol.37, no.3, 2002, pp.101-128.

Román, José. *Cosmapa*. Universidad Centroamericana, 1971 [1944].

Rosero, Luis. *Perfil demográfico de Costa Rica*. *Revista Médica del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Saenz Herrera*, vol. 20, no.2, 1985, pp. 189-198.

Royo, Antoni. *Crisis de dependencia en la zona sur*. EUCR, 2009.

Sánchez Corrales, Víctor Manuel. *Independencia, identidad y letras costarricenses: el afloramiento de una conciencia nacional*. *Revista del Archivo Nacional de Costa Rica*, vol. 85, 2021. <https://www.dgan.go.cr/ran/index.php/RAN/article/view/524/430>. Consultado el 27 feb. 2026.

Schaeffer, Jean-Marie. *Fictional vs. Factual Narration*. En Hühn, Peter, et al., editores, *The Living Handbook of Narratology*, 2012, <http://www.lhn.uni-hamburg.de/article/fictional-vs-factual-narration>

Schmid, Wolf. *Implied Author*. En Hühn, Peter, et al., editores, *The Living Handbook of Narratology*, 2013, <https://www-archiv.fdm.uni-hamburg.de/lhn/node/58.html>

Schoentjes, Pierre. *Poétique de l'ironie*. Seuil, 2001.

Sepúlveda, Juan Ginés de. *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*. FCE, 1987.

Shepherd, David. "Dialogism". En Hühn, Peter, et al., editores, *The Living Handbook of Narratology*, 2011. <https://www-archiv.fdm.uni-hamburg.de/lhn/node/67.html>

Sica, Alan. *Dependency in the World Economy*. Reseña de *Unequal Development: An Essay on the Social Formations of Peripheral Capitalism*. *American Journal of Sociology*, vol. 84, no.3, 1978, pp. 728-739.

Smart, Ian. *Central American Writers of West Indian Origin: A New Hispanic Literature*. Three Continents Press, 1984.

Soja, Edward. *El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica*. *Geographikós*, no. 8, 1997.

Solera, Rodrigo. *Carlos Luis Fallas: El Novelista de su Propia Vida*. *Hispania*, vol.53, no.3, 1970, pp. 403-410.

Solórzano Fonseca, Juan Carlos. *La población indígena de Costa Rica en el siglo XVI al momento del contacto con los europeos*. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 2017.

Tjupa, Valerij. "Heteroglossia". En Hühn, Peter, et al., editores, *The Living Handbook of Narratology*, 2012.

Todorov, Tzvetan. *Mikhaïl Bakhtine : Le principe dialogique*. Seuil, 1981.

Torres, Ana. *Bananos y Hombres: Carmen Lyra y la influencia aprista y materiaguista*. *Revista de Investigaciones Literarias*, vol. 3, no.5, 2023, pp.29-42.

Torres, Vicente Francisco. *Novelística del banano*. *Repositorio Institucional Zaloamati*, 2014, pp. 147-161.

Ugalde Fajardo, Diego. "Literatura Costarricense e Identidad Nacional". *Primera Radiotutoría*. Youtube, subido por Onda UNED, 22 sept. 2025, <https://www.youtube.com/live/ZTrZ0ysXpkc>

Vay de Vaya, Conde. *The Banana Called a Weapon of Conquest; Count Von Vaya, Famous Hungarian Traveler, Says United States Is Absorbing Central America Through This Fruit. The New York Times*, 1916.

Viales, Ronny. *Después del Enclave, 1927-1950*. EUCR, 1998.

Walsh, Catherine. *Interculturalidad y (de)colonialidad: Perspectivas críticas y políticas. Visão Global*, vol.15, no.1-2, 2012, pp.61-74.

——— “Raza”, *mestizaje y poder: horizontes coloniales pasados y presentes. Revista Crítica y Emancipación*, vol.3, no.3, 2010.

Watt Albuquerque, Stewart. *Keith and Costa Rica. A Biographical Study of Minor Cooper Keith*. New Mexico Press, 1964.

White, Kenneth, Victor Segalen, y J.-M.G. Le Clézio. *Vers une approche géopoétique*. Presses de l'Université du Québec, 2015.

Yang, Ming. *Variación lingüística en Mamita Yunai, de Carlos Luis Fallas. Letras*, no. 58, 2015, pp. 119-39.

UNIVERSITÉ CATHOLIQUE DE LOUVAIN
Faculté de philosophie, arts et lettres

Place Blaise Pascal, 1 bte L3.03.11, 1348 Louvain-la-Neuve, Belgique | www.uclouvain.be/fial